



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POSGRADO EN FILOSOFÍA

Entidad Académica

**EL ENCUENTRO DEL SENTIDO DE LA VIDA A
TRAVÉS DE LA SOLEDAD EN MIGUEL DE
UNAMUNO**

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRO(A) EN FILOSOFÍA

P R E S E N T A

MARÍA VIRGINIA FABIÁN DEL CONDE

TUTOR(A) PRINCIPAL DE TESIS: DRA. PAULINA RIVERO WEBER

COTUTOR(A) DE TESIS: DRA. REBECA MALDONADO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CIUDAD DE MÉXICO.

MARZO, 2017.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL ENCUENTRO DEL SENTIDO DE LA VIDA A TRAVÉS DE LA SOLEDAD EN

MIGUEL DE UNAMUNO

INDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1.- BREVE PANORAMA HISTÓRICO

CAPÍTULO 2.- LA SOLEDAD COMO CAMINO PARA EL ENCUENTRO DE UNO MISMO Y DE LA TRASCENDENCIA

La soledad: vía para el encuentro de uno mismo

2.1 Mundo contemporáneo

2.1.1 Sociedad y enajenación

2.1.2 La angustia ante la soledad y el círculo vicioso de la búsqueda del otro

2.2 Modos de la soledad

2.2.1 La razón de la angustia: soledad como aislamiento

2.2.2 La soledad interior

2.2.3 El diálogo como un encuentro interior y el dolor como medio para el autoconocimiento

2.3 Soledad para la autenticidad

2.3.1 La necesidad de los otros

2.3.2 La necesidad de los otros y la propia autenticidad

2.3.3 El secreto de la vida

La soledad: vía para la trascendencia

2.4 Significado de la muerte

2.4.1 Vida auténtica y vida trivial

2.4.2 Personalidad e inmortalidad

2.4.3 La fe como salida desesperada

CAPÍTULO 3.- LA TRASCENDENCIA QUE LLEVA A DIOS

- 3.1 El sentimiento de Dios
- 3.2 La fe, la soledad y el encuentro de Dios
- 3.3 El Dios del Cristianismo
 - 3.3.1 El Dios sufriente
 - 3.3.2 El Dios padre
- 3.4 Las pruebas de la existencia de Dios
- 3.5 Algunas reflexiones sobre el cristianismo de Unamuno

CONCLUSIONES

ANEXOS

- ANEXO 1.- UNAMUNO EL HOMBRE
- ANEXO 2.- UNAMUNO EL FILÓSOFO
- ANEXO 3.- DEL SENTIMIENTO TRÁGICO AL SENTIMIENTO CÓMICO DE LA VIDA

INTRODUCCIÓN

"Es detestable esa avaricia espiritual que tienen los que sabiendo algo, no procuran la transmisión de esos conocimientos."

Miguel de Unamuno

A pesar de la riqueza intelectual del orden literario, poético y específicamente filosófico de la obra de Miguel de Unamuno, considero que este autor no ha sido reconocido en este último género en su plena magnitud, aún cuando, su postura filosófica es de gran interés, no sólo para los estudiosos en el tema ontológico, sino también para todos aquellos que se han preguntado sobre el sentido de la vida.

Una vez que uno comprende su obra "Del sentimiento Trágico de la Vida", puede extraer el este tema en toda su obra, desde la *Tía Tula*, *Niebla*, *El Cristo de Velázquez* y muchas otras más, por lo que entonces, resulta muy sencillo comprender su postura filosófica ante la vida.

Unamuno, no sólo fue un filósofo, ni tampoco escribió sobre filosofía, sino que toda su vida la vivió cuestionándose el sentido de las cosas, observando y buscando explicaciones en la cotidianidad, en aquello que todos vivimos, y es por ello, que no deja de referirse "a ti, hombre de carne y hueso". Sin embargo, en la decadencia de su vida, pareciera ser que se burla de si mismo encontrándole un sentido cómico a la vida como se manifiesta en su obra "Un pobre hombre rico o el Sentimiento cómico de la Vida".

Es por estas razones que abordo a Unamuno, porque su manera de relacionarse con su filosofía, de hacer filosofía, me remite en mucho a mi manera de encontrar, descubrir y vivir la filosofía. Mi enfrentamiento profundo con la soledad y con la finitud de mi existencia, la pregunta sobre la realidad y necesidad de Dios, la relación con los seres humanos, la cuestión de nuestra naturaleza y destino.

Considero que en la obra de Unamuno, el tema que permanece como una constante es la conciencia del "yo" destinado a la muerte y por consecuencia la búsqueda del sentido de la vida, que están presentes en todos sus escritos. El horror a la nada, al "abismo pascaliano", ambos temas se convierten en el tema central, de tal magnitud es su preocupación en torno a él, que en él se arraigan todos los demás, vivos y vigentes hasta nuestros días; la religión, el paisaje, la misión de Castilla y su relación con otros pueblos de España, la soledad, la trascendencia, el concepto de Dios, el concepto de filosofía y de poesía.

Al problema que consideró esencial en todo ser humano lo llamó "el sentimiento trágico de la vida", es decir, la muerte, la angustia ante la pérdida inevitable del yo consciente, al no trascender. Ante el mundo fue siempre un inconforme. Y mantiene como una constante, al parecer siempre en una búsqueda constante de respuestas a preguntas existenciales que quizás todos nos hacemos pero que pocos indagan tan profundamente como lo hizo nuestro autor.

Su obra fue abundante y variada: verso, teatro, cuento, novela, crónica, ensayo, memorias, crítica literaria, estudios filológicos, discursos políticos, epistolarios, diarios íntimos; en ella predomina un afán didáctico y un tono reflexivo y polémico, su sustrato básico es subjetivo y sentimental, es decir, poético aunque siempre se alcanza a observar su preocupación por el sentido a la vida: Sentimiento e idea, filosofía y poesía eran para él una misma cosa.

"Cúmplenos decir, ante todo, que la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia. Cuantos sistemas filosóficos se han fraguado como suprema concinación de los resultados finales de las ciencias particulares, en un periodo cualquiera, han tenido mucha menos consistencia y menos vida que aquellos otros que representaban el anhelo integral del espíritu de su autor."¹

¹ Miguel de Unamuno, Del sentimiento Trágico de la vida, página 79

Despertó mi interés en llevar a cabo esta tesis porque, con el respeto que me merece al autor, me identifico en su postura inconforme de cuestionamiento ante la vida. Me denominan como crítica, pesimista porque percibo un aspecto diferente con relación a las posturas de los demás lo que me ha generado aislarme y me ha orillado a seguir buscando respuestas. No me conformo, lucho incansablemente por encontrar un sentido absolutamente a todo y en especial a todo aquello que no se planeó, a aquello que representó un aparente obstáculo de la vida. Aprendí a crecer en la derrota y en el fracaso, obteniendo siempre una ventaja de aquello que parecía totalmente obscuro. Los retos, los “no preguntes” o “para qué te cuestionas”, representaron para mí una especie de imán que me atraían a la indagación, a la constante búsqueda de respuestas. Y éstas han resultado únicamente una satisfacción temporal, ya que no son más que el punto de partida para las siguientes preguntas e indagaciones. Y en eso se me va la vida en observar, cuestionar, indagar, encontrar y seguir cuestionando. Pero ¿no es esa precisamente la tarea que nuestro autor asigna a todo ser humano, a toda persona que se jacte de ser tal?

Es por ello, que después de tanto tiempo de espera se plasma en estas páginas el estudio que he querido hacer, no sólo para terminar de entender la tremenda preocupación de Unamuno sobre la forma de trascender después de la muerte, sino que, considero importante que si alguna vez alguien tiene en sus manos este estudio se cuestione por lo útil o inútil que uno mismo puede hacer que sea su vida, dependiendo del enfoque que se le dé, dependiendo del valor que se tenga para hacerse cargo de aquello a lo que se enfrenta, venciendo todos aquellos aspectos que pueden llegar a arrastrarlo a uno a la comodidad de “no hacerse cargo” y finalmente no encontrar un sentido pleno a la propia existencia.

Es difícil, lo sé, sin embargo, al final del camino, vale la pena atreverse a ser uno mismo. Esto es una apuesta por la dignidad de uno mismo.

Es mucho lo que se puede decir de este tema, Unamuno lo trata en su poesía con el *Cristo de Velázquez*, en su novela con *Niebla* o la *Tía Tula*, en su teatro como *La Esfinge* o *Fedra*, en sus escritos autobiográficos como en *Recuerdos de mi niñez* o *Monodialogos* y en su obra filosófica como en *Del Sentimiento Trágico de la Vida* o *Vida de Don Quijote y Sancho*, en fin siendo tan basta su obra sería difícil pretender abarcarla toda, por lo que en este estudio me concentraré exclusivamente al tema del sentido de la vida.

En Unamuno es difícil separar su obra filosófica de su vida personal, van siempre totalmente unidas, ya que cada experiencia o acontecimiento que vive el autor, se convierte en un pretexto para analizar, profundizar, investigar y encontrar un acercamiento a la filosofía; por ello, al final de este estudio se presentan unos anexos en los que se narran algunos acontecimientos de su vida, lo que nos permite poder entender más fácilmente al filósofo.

A continuación, haré una breve explicación de la manera en la que se ha llevado a cabo este trabajo, en qué consiste y cuáles son sus alcances y limitaciones. El tema central de esta investigación es sustentar que el sentido de la vida únicamente se encuentra cuando uno se encuentra en la soledad, esto es consigo mismo; pero debido a la singularidad de Unamuno como pensador sin un sistema filosófico, no puedo abordar un solo aspecto pues dejaría débil el contenido de mi estudio, por lo que es necesario "apuntalar" por varios lados esta investigación.

Quiero dejar claro que en esta obra siempre me estaré refiriendo al mismo hombre al que se refiere Unamuno, ese hombre de carne y hueso, el hombre real, concreto, vivo y sobretodo finito, limitado, mortal. Un hombre que por todo esto vive en constante preocupación sobre la forma en la que pueda trascender aún después de su muerte; pero una muerte que no representa la nada, sino la posibilidad de otra vida después de ésta y que además le permita llegar a Dios, ese ser tan polemizado por nuestro autor.

Con respecto a la idea del hombre antropológico al que se refiere Unamuno, insiste en no querer que todo se acabe cuando éste se acaba, por ello, su constante preocupación por la trascendencia, por quedar presente aún estando ausente y por ello, tiene que verse en soledad para poderse entender. El hombre, a diferencia de los animales, plantas o minerales, siente lo que piensa, recuerda lo que vive, desarrolla su vida en virtud de lo que quiere, pero esto es precisamente lo que lo puede destruir, porque no encuentra la felicidad en lo que hace y no acaba de entenderlo.

Por ello, estamos en una búsqueda constante de una justificación de nuestra existencia, de nuestra vida y de nuestra finalidad.

En el primer capítulo hago una breve reseña del marco histórico político social en el que se encuentra envuelto Unamuno. Desde pequeño vivió intensamente la historia y ese fue quizás uno de los principales detonadores que lo llevaron a cuestionarse sobre la existencia y el sentido del hombre. Su marcada lucha entre la formación que recibió y el contraste con la realidad que vivía en esa época generaron en el autor tantos cuestionamientos que lo hicieron que se mantuviera una lucha constante entre la razón y los sentimientos y eso lo vamos a ver reflejado a lo largo de toda su obra, tanto literaria (poesía, teatro) como filosófica.

La intención del segundo capítulo es explicar, desde lo que es el mundo contemporáneo, que la soledad representa el camino para el encuentro de uno mismo, y de qué manera la sociedad puede llegar a representar una enajenación en la que el ser humano se pierde, ya sea como una forma de huir de su propia realidad, ya sea que ni siquiera ha podido tener acceso a esa realidad, a ese cuestionamiento de sí mismo. Es interesante la forma en la que nos menciona cómo el amor hacia los demás crece con la distancia, una vez que uno mismo se ha encontrado a sí mismo. A lo largo de este capítulo se hace una clara diferenciación entre el concepto de soledad y el de aislamiento, ya que en el primero, no necesariamente se requiere estar separado de los demás, simplemente

se puede estar consigo mismo, mientras que en el aislamiento más bien es una huida de uno mismo. Existen diversos modos de soledad que nos explica Unamuno y que depende de éstos cuando se pueden considerar útiles o inútiles. Explico cómo Unamuno nos habla de una soledad que puede generar angustia y el por qué. Hablo de la soledad interior como un camino para dar una respuesta a la pregunta por lo que habrá “después de la muerte”. Es clara la explicación que nos brinda Unamuno respecto a la necesidad de diálogo para no perder la propia identidad, aunque este diálogo duela y en ocasiones exista la tentación de abandonarlo, ya que es la única forma de lograr la autenticidad y por ello nos explica la necesidad que tenemos de los demás, dentro del proceso de la búsqueda de uno mismo, a fin de ratificar la propia autenticidad. Unamuno nos habla del secreto de la vida como ese algo que tiene cada quien que lo hace ser diferente al resto de las personas. En este capítulo, se expone el significado de la muerte desde la perspectiva de Unamuno para de esa forma podernos adentrar en lo que Unamuno llama la vida auténtica y la vida trivial, en donde el propio autor nos menciona de las vidas que “vale la pena vivirlas, y las que no”. Por ello, hace mucho énfasis en la diferencia entre personalidad e inmortalidad, ya que jamás se va a referir al ser humano como especie, sino como individuo pues es el individuo el que representa los verdaderos límites de cada quien. Finalmente, en este capítulo, comienzo a plantear la necesidad de la fe como una salida desesperada, ya que, en la búsqueda de esta identidad propia, en estos recorridos de soledad a los que se tiene que enfrentar el ser humano, el individuo sufre de una auténtica agonía en donde sólo la fe podrá ayudar al ser humano a salir de esa agonía.

No será sino hasta el tercer capítulo, en donde expongo la trascendencia que lleva a Dios, mostrando que es el mundo el que ya incluye la necesidad de permanencia del ser humano y una vez más, utiliza la soledad para demostrar la existencia de Dios a partir de la desesperación sentimental, que es en el momento en el que crece la fe convirtiendo a Dios en la “tabla” que salvará a aquel que tiene fe. Explica que a través de una vía afectiva es como se podrá llegar a Dios. Nos aclara la diferencia entre la doctrina y el culto al Dios-hombre, que es el que

verdaderamente transmite la lucha a sus creyentes con ese ejemplo de lucha. Nos presenta al Cristo consolador dentro de la agonía de la soledad que será quien recurra al auxilio de aquel que se encuentra en la oscuridad. Para ello, nos narra su propia experiencia en la niñez que es en donde encuentra la relación del hombre con Dios, con ese Dios Padre que sólo se revela en el contexto de la muerte y el ansia de sobrevivencia. Un punto relevante en este capítulo es que para Unamuno, la creencia significa duda, pero a ésta la ve como la esperanza de ser feliz. Por ello, el ser humano será quien cree la imagen de Dios según sus propias conveniencias, lo que hace que lo convierta en un Dios subjetivo. Para terminar este capítulo, expongo el conflicto al que se enfrenta Unamuno ya que no ve al cristianismo como una doctrina a seguir sino como un valor del espíritu en la individualidad humana. En donde una vez más, nos presenta la dialéctica entre la razón y la fe de la que habla a lo largo de toda su obra, concluyendo por defender un cristianismo social.

El punto final de esta investigación, consistente en concluir que son precisamente las experiencias a las que se enfrenta el ser humano, las que marcan el sentido de la vida de cada quien y entre más experimente uno y menos se abstenga de hacerlo, más rápido sentirá que valió la pena vivir su propia vida.

La metodología utilizada en este trabajo de investigación ha sido de análisis y síntesis. Es decir, los conceptos que Unamuno maneja, los retomo con la intención de encontrar la relación entre éstos para comprender la idea o tesis central de su pensamiento y posteriormente llegar a una conclusión

Agradecimientos

Este estudio no sería lo que es sin ti, mi más grande inspirador, mi guía, a quien tanta veces no he atendido como quisiera y quien sin embargo siempre me ha

dado la fuerza para levantarme en todos los obstáculos; aspectos que la vida me ha presentado y que con su luz ha podido iluminar mi mente para que encuentre un sentido a mi vida. Gracias por darme la vida y por ayudarme a que la haga más grande y para que al final del camino sepa que valió la pena vivirla plenamente.

Gracias a mis padres que me dieron la vida y me enseñaron a vivirla con toda la intensidad y plenitud, a disfrutar y a sufrir como una sola forma de vivir, como esos contrastes en los que si no existiera la oscuridad, jamás podría ver el resplandor de la luz.

Gracias a todos mis maestros que a través de todos estos años me tuvieron la paciencia para aclarar tantas dudas y explicar tantas preguntas que mi mente incansable jamás dejó de cuestionar, pero especialmente gracias, muchas gracias Paulina por esa gran amistad que me brindaste, por el apoyo y orientación, por las indicaciones que cariñosamente me hacías con esa forma tan sencilla y profunda que tienes de hacer las cosas.

Paulina: gracias por tu gran guía, no sólo en este proceso de titulación, sino a lo largo de mi experiencia como estudiante en Filosofía, ya que, además de que has sido un gran ejemplo de profesionalismo, conocimiento, experiencia y lo más importante de sencillez y humanismo, has representado una fuente de motivación para llevar a cabo este proyecto.

Gracias Juan Carlos por atreverte a guiar a una ciega que no conocía nada y que poco a poco me fuiste adentrando como si fuera un manantial que de pronto te atrapa en el mundo de nuestro hoy muy querido Unamuno.

Gracias a mis hijos, que me apoyaron llevándome a la universidad, entregando trabajos, recogiendo libros cuando yo, por cargas de trabajo no podía hacerlo.

Gracias a aquellos que llegaron a mi vida de forma intempestiva y violenta y que hicieron que yo aprendiera a valorar más todo lo que soy y todo lo que tengo y sobre todo que, sin proponérselo, me ayudaron a seguir luchando por lo que quiero, sin permitir que esos obstáculos lo impidieran, y teniendo que sacrificar hasta el dolor tantas cosas.

Capítulo 1

BREVE PANORAMA HISTÓRICO

El que tiene fe en sí mismo no necesita que los demás crean en él.

Una de las ventajas de no ser feliz es que se puede desear la felicidad.

Miguel de Unamuno

Uno de los fenómenos más importantes de la época en que nació Unamuno (Bilbao, 1864), -particularmente en España-, fue el conflicto entre la tradición católica y las nuevas corrientes que provenían del exterior: positivismo, socialismo, marxismo. Al parecer el filósofo entró en contacto con estas corrientes tanto en sus incursiones en el ambiente académico de Madrid, como a través de sus lecturas personales. En esos años predominaba una importante tensión vital alrededor de tales temas. 2

Se ha comentado que en su formación intervinieron elementos derivados de estas ideologías en conflicto y también los emanados de los problemas internos de España, como la lucha entre liberales y tradicionalistas, la República, las autonomías –en particular la vasca-, la desigualdad social prevaleciente, la reforma agraria, entre otros. Se sabe de la influencia de las ideas socialistas en su pensamiento, pero también del denominado “krausismo”. Probablemente su lucha central desarrollada entre la razón y la fe, tiene, sin embargo, orígenes aún más hondos y antiguos; sus lecturas de religión –tanto católica como protestante-, y su crianza en un ambiente de estricto catolicismo, como el que predominaba en los hogares vascongados de la época.

El llamado “desastre del 98” (España perdió guerra y colonias frente a los estados Unidos), produjo en los españoles una gama de actitudes, entre otras: la oficial, el gobierno culpó de la derrota a la superioridad industrial y militar de los EU y su

expansionismo; la popular, que oscilaba entre la patriotería y el fatalismo; y la intelectual, de la minoría y con la que se identificó Unamuno, que hizo un fuerte examen de la conciencia nacional en la historia del país. La más profunda crisis desde finales del siglo XVII. 3

En 1898, el decadente imperialismo español comienza a ser sustituido por el de los Estados Unidos, lo que genera un pesimismo intelectual generalizado. A este fenómeno se le conoce como Regeneracionismo: se trata de un pesimismo ideológico ante el cual se rebelan precisamente los pensadores conocidos como la Generación del 98, quienes deslindan al pueblo del gobierno en la derrota. Lo ocurrido este año echó por tierra las expectativas de la Restauración (intento por revivir las glorias de la corona española), y puso de manifiesto la crisis social, económica y política y la frustración de las clases medias y populares de ese país.

Las condiciones de España y la actividad de los dirigentes obreros hacen que el movimiento socialista se desarrolle considerablemente, con el apoyo de intelectuales prestigiosos. Miguel de Unamuno, entre ellos, escribe entonces con frecuencia en el periódico *La lucha de clases* de Bilbao, la tierra donde nació.

Entre 1890 y 1900, coincidiendo con un momento clave en cuanto a lo económico y a conflictos sociales, aparece este grupo de intelectuales jóvenes, antagónicos al sistema dominante. Los hombres del 98, dice el académico Carlos Blanco Aguinaga: "...están a caballo entre dos siglos, entre dos tiempos: podría decirse que cierran el siglo XIX español, en cuanto que el siglo XIX termina en el mundo con el final de la Primera Guerra Mundial; también, sin embargo, abren el siglo XX español, sobre cuya vida cultural influyeron de manera decisiva." 4

A pesar del profundo humanismo individualista de nuestro autor, Unamuno no se puede entender fuera de su circunstancia histórica y cultural, en términos de su

² Unamuno, *Antología poética*, México, Porrúa, 1987. Prólogo de Arturo Souto Alabarce. Serie Sepan cuantos

³ Op. Cit, p. XX

⁴ Blanco Aguinaga, Carlos et al, *Historia social de la literatura española*, pp 230-231

generación, su tierra y su paisaje. Se forma como escritor (literaria y poéticamente) en el clima del romanticismo declinante de fines del XIX. Es un tanto modernista en su afán de renovación en cuanto al lenguaje, pero no en la tendencia de ver el escrito como objeto de arte en sí mismo, tampoco en la sobrevaloración de la musicalidad. Reivindica la profundidad de los sentimientos, pero no renuncia a la razón; se dice que pensaba su sentimiento. "Aunque es mayormente conocido por sus obras de carácter filosófico y ensayístico, combate la idea del pensador como un ser distante; insiste en los valores de la vida, la tierra, la carne..."⁵

De acuerdo con Serrano Poncela⁶, la Generación del 98 es una generación historicista que se preocupa por España desde sus orígenes. Unamuno lo hace patente en su conocida expresión: "Me duele España". El presente inmediato presiona al grupo para ubicarse en esta perspectiva: como hemos visto, 1898 es el año de la guerra con los Estados Unidos y cuando España pierde sus últimas colonias. Este hecho produce una sacudida ya inevitable en la vida española de fines del XIX, caracterizada por una excesiva frivolidad, y un cierto letargo intelectual. Serrano Poncela menciona las características que Unamuno asignaba a esta época: orgullo basado en glorias pasadas, exceso de individualidad, espíritu fatalista, pobreza e ignorancia. "Azorín", conocido integrante de esta generación, decía que prácticamente la historia los había atrapado; buscaban una España diferente.

De acuerdo con el historiador español García López⁷, la actitud espiritual de los escritores de esta generación –Unamuno, José Martínez Ruiz "Azorín", Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Antonio Machado, Ramón Menéndez Pidal- coincide más con la actitud de Europa que con la Restauración española. El alma de la patria y el sentido de la vida parecen ser sus preocupaciones fundamentales. El paisaje español, en particular el de Castilla con su sobriedad, les interesa no tanto de una

⁵ Unamuno, *Antología poética*, p. XXI

⁶ S. Serrano Poncela, *El pensamiento de Unamuno*, Breviarios del FCE, No. 76, México, 1953, segunda reimpresión, 1978

⁷ García López, J., *Historia de la literatura española*, Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1973

manera realista sino como una percepción subjetiva e idealista, en la que se trata de captar, por así decirlo, el alma de esa tierra.

La generación del 98 –continúa Serrano Poncela-, no se restringe a su aspecto literario, sino que puede ser vista como: "...un cuerpo social íntegro, compuesto por masas y minorías, constituido sobre una identidad de tiempo cronológico, histórico y vital con arreglo a unas constantes determinadas de problemática (filosófica, sociológica, psicológica, lingüística e histórica) cuyos integrantes poseen un caudal común de formas de ser, vivir y convivir que partiendo de la personalísima experiencia se articulan, a la vez, hacia adentro y hacia fuera." ⁸

Y a pesar de que el mismo Unamuno se resiente de ser posicionado en este grupo, es quien traza algunos de sus lineamientos: preocupaciones históricas, sensibilidad telúrica y vivencia constante del paisaje, que en nuestro pensador se convierte en temática filosófica sobre todo cuando se vincula con el arquetipo de Don Quijote. Bilbao, Madrid y Salamanca son escenarios constantes en la obra unamuniana.

Como parte de estas preocupaciones, Unamuno distingue dos conceptos fundamentales: historia e intra-historia. La primera se refiere a una cadena de sucesos de la civilización general, mientras que la intra-historia tendría que ver con la expresión de hechos más relacionados con los valores culturales de los pueblos, hechos "sub-históricos", más permanentes y más característicos de la particularidad. Dichas reflexiones se exponen en su ensayo de 1985 titulado En torno al casticismo. Para él, la historia auténtica es la intrahistoria, lo cotidiano de la vida, la tierra y el paisaje. En ese mismo ensayo aboga por una "...regeneración del país basada en la apertura a Europa y en el abandono de toda adhesión a las realidades concretas de la casta histórica".⁹ En 1897 una crisis religiosa aguda determina el comienzo de la evolución que le llevará a afirmar la primacía del espíritu español frente al europeo.

⁸ Serrano Poncela, Op Cit, p. 29

⁹ Citado por García López, Op Cit, p. 552

En toda la variada obra de Unamuno late una preocupación filosófica; expresión directa de estos pensamientos son sus ensayos, donde aborda temas filológicos, literarios, religiosos, filosóficos, patrióticos.

Como parte de sus vínculos generacionales, Unamuno mantuvo una relación importante también con José Ortega y Gasset, filósofo español contemporáneo suyo, aunque más joven. Ortega rechaza de principio la postura intuitiva del autor y considera que carece de un método riguroso de pensamiento, aunque lo valora como interlocutor. Ortega se acerca más a las corrientes racionalistas germánicas de pensamiento y critica a Unamuno su defensa de la mística española, y ambos se separan gradualmente. Sin embargo, cuando Unamuno muere Ortega hace un reconocimiento público y explícito de su saber y de la valentía de su voz. Serrano Poncela considera que las diferencias entre ambos fueron más aparentes que sustanciales.

Unamuno y su generación propiciaron las relaciones entre España y Europa. El declive del catolicismo en Europa desde el Renacimiento y luego con la Reforma, contribuyó a desintegrar la unidad religiosa formal y la vitalidad de la colectividad cristiana, y su sustitución por una actitud racionalista. Renacimiento y la Revolución sustituyen el ideal de la vida eterna por el del progreso, la ciencia y la razón.

En el curso de tres siglos el humano se hace terrenal y se desatan cierto desaliento, pesimismo y crisis. Pero en este contexto Unamuno deslinda a España del resto de Europa; que Europa se dedique a la ciencia y España a entender y rescatar la inmortalidad de Dios. El "quijotismo" es para él un intento de solucionar "...su gran contradicción religiosa, la duda racional y la desesperación sentimental." ¹⁰ Eso se explorará más adelante.

¹⁰ Serrano Poncela, Op Cit, p. 251

Entre los pensadores cercanos y "agonistas cómplices" de Unamuno, el estudioso menciona a los siguientes filósofos: Pascal, Descartes, Spinoza, Hume, Berkeley, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Spencer, Stuart Mill, Nietzsche, Schopenhauer, Kierkegaard, James, Bergson y Croce. Lo vincula también con pensadores contemporáneos que influyeron a generaciones posteriores como Husserl, Scheler y Heidegger. Y como poetas y literatos a: Ibsen, Carducci, Leopardi, Senancourt, Antero de Quental, Carlyle; en resumen, de alguna manera, todos han sido unos preocupados por el dilema vida-muerte.

La postura política de rebeldía de nuestro autor se expresa fuertemente, por ejemplo, en el libro *Romancero del destierro*, donde encontramos sátiras dirigidas contra el dictador, el general Primo de Rivera, por quien fue exilado durante los siete años de su mandato, en la Isla de Fuerteventura desde donde Unamuno huyó a París. 1927 es un año crítico en la historia política y cultural de España. La dictadura estimula a los españoles a politizarse.

Unamuno recibe la educación positivista característica del siglo XIX; rompe con esta tradición y busca destruir la razón positivista por medio de la intuición no racional: su obra es resultado del conflicto entre corazón y razón. Para él, la poesía "...es conocimiento existencial, intuición de lo inefable metafísico"¹¹ También la novela es un instrumento filosófico, un método de conocimiento. Fue precursor del método empleado por escritores y filósofos existencialistas. Serrano Poncela lo cita en su obra *Amor y pedagogía*:

"¿Qué importan las ideas, las ideas intelectuales? El sentimiento, no la concepción racional de la vida y del Universo, se refleja mejor que en un sistema filosófico en un poema en prosa o en verso, en una leyenda, en una novela, aunque todo y sobre todo la filosofía es, en rigor, novela o leyenda."¹²

¹¹ Ibidem, p. 65

¹² Ibidem, p. 67

El estudioso de Unamuno afirma que "...toda su obra resulta una meditación trascendente que apunta a la constitución de una metafísica."¹³ Aunque reconoce que dentro de la perspectiva del llamado "filosofar técnico", una historia de la filosofía rigurosa en términos tradicionales, quizás no lo incluiría. Pero continúa: "...el filosofar técnico no es más que una forma de filosofar, tan sometida a la historia del pensamiento como cualquier otra, y claramente acotada en un sector de la cultura occidental.¹⁴ Cita a Julián Marías cuando afirma que nuestro autor: "... aborda de un modo extrafilosófico, o si se quiere prefilosófico el problema mismo de la filosofía." ¹⁵

Esto lo constataremos en los siguientes capítulos, específicamente en relación con el tema de la soledad, su relación con la trascendencia y la concepción de Dios.

¹³ Ibidem p. 71

¹⁴ Ibidem, p. 7

¹⁵ Idem

CAPÍTULO 2

*El hombre es un producto social
y la sociedad debe impedir que se pierda para ella.*
Miguel de Unamuno

*Los seres empiezan a vivir de veras cuando quieren ser otros que los que son
y seguir al mismo tiempo siendo los mismos.*
Miguel de Unamuno

LA SOLEDAD COMO CAMINO AL ENCUENTRO DE UNO MISMO Y VÍA PARA LA TRASCENDENCIA

La soledad: vía para el encuentro de uno mismo

2.1 Mundo contemporáneo

Sal de ahí y aíslate por primera providencia, vete al campo y en la soledad conversa con el universo si quieres, habla a la congregación de las cosas todas. ¿Qué se pierda tu voz? Más te vale que se pierdan tus palabras en el cielo inmenso a no que resuenen entre las cuatro paredes de un corral de vecindad, sobre la cháchara de las comadres. Vale más ser ola pasajera en el océano que charco muerto en hondonada.¹⁶

La condición del hombre contemporáneo, habitante de los conglomerados humanos, es la incomunicación, el aislamiento, el anonimato, lo que Unamuno denomina, "la falta de compañía". No por el hecho de que el ser humano esté solo, consigo mismo, quiere decir que no quiera convivir con los demás; más bien esto representa poder seguir siendo él mismo dentro de un mundo con el que quizás, en algunas ocasiones, está de acuerdo y, en otras no, pero puede manifestarlo y, lo que es más importante, puede saber que se distingue de ese entorno. Pero para

¹⁶ Unamuno, M. *Vida de Don Quijote y Sancho*, Espasa-Calpe, México, 1985, p.32

poder lograr ese conocimiento de sí mismo, es necesario separarse, como invita Unamuno en su consideración sobre la soledad.

Esto representa un desafío al mundo contemporáneo. El ser humano pierde algo importante si no se permite aunque sea por un momento retraerse de este mundo para ser él mismo, y no hundirse en esa multitud que cada vez lo pierde más. Cuando busca tranquilidad en la muchedumbre, sólo encuentra inquietud. Y es precisamente esa falta de quietud, la que lo puede llevar a buscar una respuesta en su interior, y no en ese mundo del cual no puede deslindarse, prefiriendo vivir la vida de los otros para no encontrarse con la propia.

La soledad a la que nos convoca Unamuno, puede cultivarse, o puede encontrarse cuando se enfrenta a una situación en la que no hay respuesta fuera de uno mismo, ni se tiene a quién recurrir. Así, con Unamuno, a partir de la soledad el ser humano puede aprender a conocerse a sí mismo; sin embargo, pareciera que en el mundo contemporáneo no desea enfrentar ese hecho, huye y anda siempre a la búsqueda del otro. No se da cuenta de que en el encuentro consigo mismo, puede hallar a un ser capaz de aportar, de enriquecer, no sólo a sí mismo, sino a su entorno.

2.1.1 Sociedad y enajenación

La sociedad a la que Unamuno se refiere y que rechaza, no es la interacción que cotidianamente establecen los seres humanos a través del amor o en el trabajo, sino un conglomerado "masificante y alienante". Sólo cuando el aislamiento se traduce en soledad, adquiere sentido como oportunidad para que la persona se encuentre consigo misma y con los demás, y trascender su propio aislamiento, porque:

Para cada uno de nosotros el centro está en sí mismo,
pero no puede obrar si no lo polariza, si no se descentra.

Y ¿a dónde ha de descentrarse sino tendiendo a otros como él.¹⁷

La carencia de un auténtico diálogo dentro de la masa, se ve superada por la profundidad en la comunicación que crea esta nueva soledad:

No hay más diálogo verdadero que el diálogo que entablas contigo mismo y este diálogo sólo puedes entablarlo estando a solas. En la soledad y sólo en la soledad, puedes conocerte a ti mismo como a prójimo; y mientras no te conozcas a ti mismo como a prójimo no podrás llegar a ver en tus prójimos otros yos. Si quieres aprender a amar a los otros, recógete en ti mismo.¹⁸

Unamuno considera que el puro aislamiento, en tanto separación física de los demás, no es suficiente por sí mismo para que el hombre pueda encontrar sentido a su vida; es necesario que cada uno conozca la verdadera soledad para abrirse realmente a los demás. Para él la vida en sociedad pareciera implicar un falso pudor, que ocultara la verdad de uno mismo; sólo ubicándose en la soledad puede entonces el ser humano encontrar a sus verdaderos hermanos, esto es, a aquellos con los que existe una identidad de raíces.

Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos.¹⁹

De esta manera, el amor hacia los demás crece con la distancia; esto significa que cuando las almas se acercan puede haber mayor identificación, sin que los cuerpos deban necesariamente estar juntos. Quizás, por el contrario, cuando solamente son los cuerpos los que se acercan, ocurre un mayor distanciamiento de los otros, aislamiento que impide, además, que se pueda vivir en soledad, la intimidad con uno mismo.

¹⁷ Ibidem, p. 90

¹⁸ Unamuno, M., *Soledad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1957, p. 32.)

¹⁹ Idem

El amor, cuando es puro y noble, crece con la distancia.
Su alma está más cerca de mí cuanto más de mí se aleje
su cuerpo.²⁰

Al reunirse los cuerpos, sin que lo hagan las almas, -se atreve a decir-, se agota el acercamiento, ya que los ojos, la risa, la figura que percibimos exclusivamente con los sentidos, puede ocasionar un engaño y por lo tanto, un alejamiento de dichas almas. Únicamente a través de la soledad puede escucharse la verdad de los otros. Cada ser humano es una persona distinta, sólo cuando se da cuenta de ello en soledad, podrá luego integrarse a una sociedad en la que cada alma subsista como tal y enriquezca a la otra, a diferencia de las muchedumbres, en donde lo único que existe es la masa informe.

2.1.2 La angustia ante la soledad y el círculo vicioso de la búsqueda del otro.

Es fácil confundir el concepto de soledad con el de aislamiento, porque se podría llegar a considerar que ambos consisten en la separación de los demás; en Unamuno, sin embargo, las personas pueden vivir su soledad independientemente de que estén en relación con los demás. En otras palabras, la soledad conduce al encuentro de sí mismo, mientras que el aislamiento es la huida de sí mismo. El aislamiento lleva al ser humano a vivir con seres totalmente ajenos entre sí, lo que genera ansiedad, tristeza y miedo. Tanto la soledad como el aislamiento pueden darse estando con la gente o lejos de ella. Por ello, dice, la realidad es que el ser humano está solo:

Sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos,
encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en
soledad.²¹

²⁰ Ibidem, p. 31

²¹ Unamuno citado en: Serrano Poncela, S., *El pensamiento de Unamuno*, Breviarios del FCE No. 76, México, segunda reimpresión 1978, p. 174, p. 174.

Cuando ocurre esta revelación, afirma, el hombre corre el riesgo de perderse en una huída de la realidad, con lo que no logra la trascendencia, objetivo central de la vida, para el autor. A pesar de que algunas personas han tocado esta problemática de su existencia –saber que nos encontramos irremediablemente solos-, no han podido encontrar, en el fondo de sí mismos, incentivos para su propia vida, hecho que constituye su tragedia. Peor aún, al temer ahondar en su alma, pueden llegar a destruir su vida, y buscan ante esto un aparente descanso:

Y es tal y tan triste el aislamiento en que vivimos, que hay espíritu que ha llegado a figurarse que está solo en el mundo y que todos los hombres con quienes vive no son más que dermoesqueletos vacíos, que por extraña magia se mueven, hablan, obran y viven como si estuviesen llenos de vida y de espíritu.²²

Únicamente a través de la soledad, y como consecuencia de ella, la persona se encuentra con los otros, y alcanza la realización de la existencia, ya que ambos se complementan. Pero siempre, insiste el autor, tiende a prevalecer la soledad, ya que en la vida social los seres humanos buscan fuera de ellos mismos lo que solamente pueden encontrar en su interior. Se llegan a conformar con una imitación de sociedad, en vez de buscar un verdadero encuentro, una comunicación de almas con los otros seres, y creen evitar así la soledad. Sin embargo, como bien lo marca Unamuno, el mero amontonamiento no impide la soledad, sino incluso la puede multiplicar, al alejar a las personas de sí mismas, como ya se vio más arriba. El engaño se confirma al creer que hay un acercamiento con los demás:

Llegaste a lo más terrible, a lo más desolador, llegaste al borde del precipicio de tu perdición: llegaste a dudar de tu soledad, llegaste a creerte en compañía.²³

2.2 Modos de la soledad

²² *Soledad*, p. 42

²³ Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Alianza Editorial, p. 18

Unamuno distingue formas de soledad: una, la soledad positiva, fecunda, que lleva al encuentro de sí mismo y a la salvación; experiencia, vivencia del sí mismo. Y por otro lado, una soledad negativa, casi patológica, que implica el aislamiento y la renuncia a la única esperanza de salvación personal. Respecto a la primera, el autor opina que los límites del tiempo y del espacio, además de permitir que los hombres se distingan unos de otros, también permiten que se reafirme la propia y auténtica soledad.

Frente a la soledad, entonces, se puede llegar a adoptar varias actitudes; sentimientos de pobreza o riqueza, de carencia o plenitud. Y es la conciencia la que permite que uno pueda, a la vez, sentirse distinto de los demás, y llegar a la comprensión del otro ser humano, de la miseria humana; cuando la persona se recoge, es cuando puede percibir la voz de los otros en su propio interior. La auténtica soledad es una suerte de silencio interior, en contraposición al lenguaje, producto social y por tanto masificante, limitado, incapaz de expresar lo inefable, y que impide que afloren los sentimientos más profundos:

El lenguaje de que me sirvo para vestir mis sentimientos es el lenguaje de la sociedad en que vivo, es el lenguaje de aquellos a quienes me dirijo; las imágenes mismas, los conceptos en que me vierto, son las imágenes y conceptos de quienes me oyen, pero la savia vivificante que sube desde mis raíces, esa savia que no se ve, esa es mía.²⁴

Esta soledad no constituye una mera separación física, sino una dimensión ontológica de la persona que saca a la luz su propia intimidad, sin que implique un retraimiento, ni necesariamente una ausencia de palabras; se trata de una actitud más íntima:

²⁴ S. Serrano Poncela, *El Pensamiento de Unamuno*, Breviarios del FCE, No 76, México, 1953, segunda reimpresión, 1978, p. 176

Pero no ya el silencio ambiente, el que a uno le hacen los demás, sino el silencio íntimo, el que uno le hace a los otros. No es el silencio pasivo, sino el activo. ¡Poder callarse!²⁵

Para poder entender aquello que motiva al ser humano a hacer las cosas, y evitar la trivialización, es necesaria la soledad, insiste Unamuno. Pero el silencio derivado de esta soledad –como hemos estado constatando-, no significa un forzoso alejamiento de las multitudes, sino un tomar distancia para encontrar al otro y así acceder a una existencia auténtica. Esto se logra a través del diálogo con ese otro, precedido por un distanciamiento consciente de la masa mediante el cual se pueda experimentar la soledad como interioridad; y entonces recibir, conocer y transmitir la verdad, la realidad del uno y del otro, ya sin máscaras.

2.2.1 La razón de la angustia: soledad como aislamiento

La experiencia de la soledad permite sentir la dificultad de la existencia, lo que la hace amenazante; en ella se identifica el intenso afán de inmortalidad que existe en el ser humano, y lo confronta, ratificando la propia pequeñez. Llegar al fondo del abismo, como dice Unamuno, puede resultar contraproducente, pues aunque es ahí donde está la fuente de incentivos de vida, también puede acercar al suicidio corporal o espiritual: en ese profundo abismo, lejos de todo ser humano aparte de el propio ser, es donde se enfrenta la dualidad, básica para el autor, entre Dios o la nada. El que se aísla, continúa, es un “no ser” para los otros; si permanece aislado puede acercarse a la inmortalidad pero sin alcanzarla, por no haber sabido renunciar al yo ficticio y abstracto de la razón, ese que no permite aflorar al verdadero yo, el yo trascendente.

Unamuno considera que la soledad puede brindar la ocasión de salir del aislamiento, porque cuando uno se siente solo, es cuando se experimenta la

²⁵ Unamuno, M., *Monodialogos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972, p. 141

necesidad de luchar por la propia salvación, en vez de esperar a que venga de afuera, a través de otros, que ni siquiera son conocidos verdaderamente.

Hay personas que se consumen a sí mismas en soledad porque se sienten amenazadas por los demás; buscan el aislamiento físico como solución a su existencia y desprecian a sus semejantes, sin llegar a encontrarse a sí mismos en realidad. Están aislados, solos, únicamente en apariencia. Aquí se ve la soledad como una huida. Ahora bien, esta huida no sería negativa si fuera un preludio al crecimiento espiritual (parafraseando al autor, si no existe vida interior, no puede haber vida exterior); una separación física que precediera al encuentro con el yo verdadero: "... sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo..."²⁶

Es muy triste esto de que tengamos que comunicarnos no más que en un toque, a lo sumo en roce, y a través de los duros caparazones que nos aíslan a los unos de los otros. Y estoy convencido de que ese caparazón se adelgaza y debilita en la soledad hasta convertirse en tenuísima membrana, que permite la ósmosis y exósmosis espiritual.²⁷

Unamuno propone la búsqueda de uno mismo a través del conocimiento propio. En ocasiones el aislamiento viene a ser un aspecto de la soledad que puede adoptar diferentes formas: como una situación física buscada como oportunidad para alejarse de la muchedumbre y poder ser uno mismo; o, independientemente de la situación física, como la negativa a entrar en uno mismo para después conectarse con los demás. Esto último es lo que generaría angustia: "Ese sentimiento de sentirse aislado y solo en el mundo, puede llegar a producir terribles estragos en el alma y aún ponerla al borde de la locura".²⁸

²⁶ Unamuno, M. *Soledad*, Colección Austral, Primera Edición 1946, tercera edición 1957, Madrid, p. 32. Así se toma la distancia corporal necesaria para encontrarse espiritualmente consigo mismo.

²⁷ *Ibidem* p. 40

²⁸ *Ibidem*, p.42

El miedo que puede surgir por enfrentar la realidad, puede llevar al ser humano a refugiarse en la masa. Por lo contrario, dice el autor, este miedo es el que se aminora gracias a la soledad, ya que en ella se palpa que esa miseria que nos aterra, es inherente a todos, al género humano; así se hace más fácil la aceptación de uno mismo tal y como es, incluyendo las fallas propias, lo cual, a su vez, puede despertar la piedad de unos hacia otros. En otras palabras, todo aquel que se atreve a estar solo, consigo mismo, enfrenta ese miedo, y es precisamente entonces cuando se da el paso hacia la introspección.

Los hombres se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros en el silencio de las cosas a través de la soledad. Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos y al encontrarnos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos.²⁹

2.2.2 La soledad interior

La soledad, dice Unamuno, es el único camino para dar respuesta a la principal preocupación humana; saber qué será del ser, después de la muerte:

... es la cuestión de saber qué habrá de ser de mi conciencia y de la tuya, de la del otro después de que cada uno de nosotros muera. Todo lo que no sea encarar esto, es meter ruido para no oírnos. Y he aquí por qué tememos tanto a la soledad y buscamos los unos la compañía de los otros.³⁰

Para él la soledad interior es lo único que hace verdaderamente sociable y humana a la persona: "Los grandes solitarios, son, en efecto, los que más han derramado

²⁹ Ibidem, p.32

sus espíritus entre los hombres..."³¹ Son los que descubren que integran en sí mismos a la sociedad entera, ya sea que se encuentren solos, o en medio de la multitud.

El solitario lleva una sociedad entera dentro de sí: el solitario es legión. Y de aquí deriva su sociedad. Nadie tiene más acusada personalidad que aquél que atesora más generalidad en sí, el que lleva en su interior más de los otros.³²

La soledad exterior no lleva al ser humano a conocerse cabalmente, como lo hace la soledad que nos impulsa a emprender el camino de la interiorización, no como huída, según ya se vio antes, sino como el inicio de una toma de conciencia individual. Es el amor hacia sus semejantes lo que induce al verdadero solitario a separarse de las muchedumbres; al tiempo, las va buscando dentro de sí descubriendo lo que tienen en común, pues solamente así se logra la verdadera comunicación. Se trata de una situación concreta en la que el solitario se retira de la multitud para poder trascender su individualismo e integrarse a la humanidad.

Unamuno exalta y promueve la soledad consigo mismo porque es el momento en el que cada persona se encuentra frente a su verdadero yo, como vimos arriba; cuando se ve a sí mismo y dialoga consigo mismo, y renuncia al yo abstracto de la vida superflua, en la cual: "...no se juntan ni conversan sino sombras vanas, miserables espectros de hombres."³³

Es esa soledad la que permite que el ser humano esté en medio de la sociedad sin ser absorbido por ella, sin perder su personalidad; es la única manera en la que puede ver en los demás "yos" y respetarlos en su propia soledad, tal como son. Por ello es necesario fundirse, a partir de uno mismo, con los otros y alcanzar a ver al espíritu comunitario que surge del diálogo silencioso, constante, con ellos;

³⁰ Ibidem, p. 34

³¹ Ibidem, p. 49

³² Idem

³³ Ibidem, p. 34

este diálogo con la humanidad no se da únicamente a través del intercambio de contenidos espirituales, sino de la fusión del alma, del espíritu y del sentimiento. Empero, el verdadero diálogo es el que se entabla con uno mismo, ya que a partir del recuerdo, el diálogo con el otro se queda dentro de uno como un monólogo con algunas interrupciones del interlocutor.

Casi todos los que pasan por diálogos, cuando son vivos y nos dejan algún recuerdo imperecedero, no son sino monólogos entreverados; interrumpes de cuando en cuando tu monólogo para que tu interlocutor reanude el suyo; y cuando él, de vez en cuando interrumpe el suyo, reanudas el tuyo tú. Así es y así debe ser". "Lo mejor sería que no hiciéramos sino monologar, que es dialogar con Dios..."³⁴

Así, para Unamuno la forma más efectiva de conocer al prójimo, es conocerse primero a uno mismo; y como piensa que sólo puede vivir la vida verdadera en comunión con los otros, primero es deber conocerse a sí mismo en soledad, después es cuando uno podrá abrirse y dar a los demás. Considera que el deber de todo ser humano es conocerse, y que sin este conocimiento no puede amar al prójimo. No se trata solamente de abrirse para darse a conocer a los demás, sino para que, a su vez, los otros puedan abrirse de la misma manera. Cuando las personas huyen de la soledad, huyen de ellas mismas, y eluden su conocimiento y por tanto el auténtico acercamiento a los demás; no habrá entonces nada que una los unos con los otros, no habrá mutuo conocimiento. En cambio, cuando se acepta la soledad, uno se acerca a sí mismo y puede aceptarse tal cual es; por consiguiente, será más fácil aceptar al otro, y más aún, comprender su dolor. Uno ya conoce el propio, y lo comprende también.

2.2.3 El diálogo como un encuentro interior y el dolor como un medio para el autoconocimiento.

³⁴ Ibidem, p. 33

Como ya se mencionó, el aislamiento puede obedecer al temor de los seres humanos a encontrarse consigo mismos, lo cual los conduce a vivir enajenados, propiciando el empobrecimiento de los valores personales. Al no tener experiencias sociales afectivas, y sin la capacidad de incidir en el medio social en que se desarrollan, la persona puede sufrir un deterioro o disminución en dos sentidos: no identificarse de ninguna manera con los demás, o bien enajenarse, y abandonarse en ellos.

Más que separado, el ser humano está aislado cuando, como enuncia Unamuno: "quedó solo y no conoció su soledad"³⁵

Las personas viven separadas, como dentro de sus propias costras y sin poder romperlas, debido a su carencia de interioridad. De ahí que cuando la persona se aísla, y carece de compañía, diálogo y comprensión, no cuenta con elementos que permitan analizar las relaciones con sus semejantes, y en consecuencia, su yo queda desplazado, sometido a lo que para todos es común. Dice el autor: "...ellos, los muy crustáceos, no se confían a nadie, y hasta he llegado a dudar si es que tienen cosa alguna que confiar."³⁶

Para Unamuno la clave de la salvación personal está en el sentimiento, de ahí que defina al hombre como "animal sentimental"; por eso no puede encontrarse cabalmente en el aislamiento. Por eso también, la verdadera soledad es productiva y provechosa; es la de quien, además de alejarse de las muchedumbres, aprovecha esa distancia para encontrarse a sí mismo, encuentro que contribuirá posteriormente a poder encontrarse de una mejor manera con aquellos de los que en un principio se aisló.

De acuerdo con él, la toma de conciencia de sí mismo, se da mediante el dolor.

El dolor es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí...la conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia

³⁵ Unamuno, Obras Completas T.II, *El espejo de la muerte*, p. 48. Biblioteca Castro, Turner

³⁶ *Soledad*, p.44

limitación. Me siento yo mismo al sentirme que no soy los demás.³⁷

El dolor, porque conduce a la conciencia de sí mismo, impulsa el deseo de conocer todo lo demás; al ser consciente se puede reconocer a los otros yos: en palabras del autor: "... el hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el Universo..."³⁸ Sin embargo, sólo al ensimismarse el ser humano se vuelca hacia sí mismo y vuelve a ser él en el dolor. Si logra asumir la propia soledad por dolorosa que sea, logra asumir su incompletud y está en condiciones de trascender su aislamiento; consecuentemente, puede responder a su exigencia de plenitud, de comunicación y de encuentro con el otro. Por ello, Unamuno dice que la soledad viene a ser el vacío que anuncia la plenitud:

Los hombres encendidos en su ardiente claridad hacia sus prójimos, es porque llegaron al fondo de su propia miseria, de su propia aparentialidad, de su nadería, y volviendo luego sus ojos, así abiertos hacia sus semejantes, los vieron también miserables, aparentiables, anonadados, y los compadecieron y los amaron.³⁹

Por eso considera que hay una vida que pareciera que enseña su riqueza de manera ininterrumpida y que la vida personal estuviera ligada de cierta manera al impulso de esa vida secreta. Y es sobre este secreto que Unamuno establece los valores del silencio y de la soledad, en donde se haya un sentimiento de intimidad que expresa la alegría de vivir; "cuanto más sincera es un alma, tanto más celosamente resguarda y abriga los misterios de su vida."⁴⁰

Pareciera que todos los seres humanos tienen un secreto que los motiva a vivir, y que si lo revelan no sólo deja de ser secreto, sino que se acrecienta ese motivo, ya que ninguna forma externa puede alcanzar su intimidad. Dice el autor: "Los junta

³⁷ Unamuno, M. *Del sentimiento trágico de la vida*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, pp. 169-170

³⁸ Unamuno, Obras Completas T.II, *El espejo de la muerte*, p. 32. Biblioteca Castro, Turner

³⁹ Unamuno, M. *Del sentimiento trágico de la vida*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999 p. 124

⁴⁰ Unamuno. *El secreto de la vida*.p.925.*Ensayos*. Obras Completas VIII, Bibliotecas Castro. Madrid

un secreto, y ambos se lo callan, porque es la mejor manera de que los junte.”⁴¹. Para Unamuno la esencia de todos los secretos del ser humano, puede ser común a todos, y no es importante que se revele el secreto, que puede ser diferente; lo importante es que cuando se siente la miseria propia, se revela también la miseria universal.

2.3. Soledad para la autenticidad

Una vez estando fortalecido y preparado por haberse encontrado a sí mismo, el solitario querrá volver a encontrarse con la sociedad y ayudarla, para “...empezar a descargar mazazos sobre estos pobres crustáceos a ver si descachadas sus costras, se les ven las carnes al descubierto”⁴²; para ver si descubren su propio interior, donde reside el único camino para la salvación, y se liberan de esas conchas que los aíslan tanto de sí mismos, como de los demás.

Como ya se ha visto arriba, el autor considera que cuando se está en una masa que ha perdido su personalidad, es cuando más solo se encuentra el ser humano; no se es uno mismo, no se es, tampoco, el otro. Se trata de una existencia ficticia. Para poder ver en los prójimos otros yos, es necesario descubrirse en uno como esos prójimos; de lo contrario no se forma con los demás una auténtica sociedad de personas y consecuentemente no se puede aspirar a vivir una verdadera vida.

Una vez más el autor propone que para poder trascender el aislamiento propiciado por la trivialidad y que lo separa a uno de los demás, es necesario retirarse de la masa despersonalizadora, y oír así las voces de todos los hombres. Para Unamuno:

“Nuestra conversación interior es un diálogo, y no ya sólo entre dos, sino entre muchos. La sociedad nos impone silencio y una conversación ficticia. Porque la verdadera conversación es la que mantenemos en nuestro interior”.⁴³

⁴¹ *El espejo de la muerte*, p. 35

⁴² *Soledad*, p. 45

⁴³ Unamuno, *Soliloquios*, Ediciones Renacimiento. Primera Edición, Madrid, 1911, p. 17

Y una vez habiéndose conocido cada uno como prójimos a través de la conversación interior, se puede conocer las almas de los otros, promoviendo que surja la sociedad auténtica mediante la comunicación fecunda que enriquece a todos. La soledad de la vida íntima hace verdaderamente sociables y humanas a las personas al revelarse en ella lo original y común a todos, pero sólo gracias a la interioridad, ya que las palabras que provienen desde fuera sólo son engañosas e impiden que se escuche el yo interno: “los hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros en el silencio de las cosas y a través de su soledad”.⁴⁴

Si se desea alcanzar la intimidad del ser personal, y llegar a lo fundamental de los otros seres, es preciso encontrar una vida interior para la cual resulte insuficiente la vida social con su lenguaje exterior y su compañía aparente. Para llegar a las raíces del propio yo, sintiendo la existencia de los demás a pesar de todos los caparazones que lo aíslan a uno, habrá que esforzarse crítica y activamente y así tratar de penetrar bajo la superficie de apariencia de la sociedad, ya que estos caparazones se debilitan a través de la soledad. La realidad ontológica de nuestro ser personal trasciende los datos puramente objetivos y se alcanza a través de la soledad; en ella se descubre a los demás hombres como otras realidades a las que se puede sentir atraído, pero sin llegar a depender de ellos.

2.3.1. La necesidad de los otros

Una vez determinado que el motor de todas las cosas es el afán de permanecer, y de satisfacer la necesidad de infinitud e inmortalidad, es a todas luces insuficiente el aislarse simplemente; “el hombre en su estado de individuo aislado, no ve, ni oye, ni toca, ni gusta ni huele más que lo que necesita para vivir y conservarse”.⁴⁵ Vivir y conservarse no es suficiente; esto solamente logra una inmortalidad de apariencia; la tragedia estriba en que se necesita de los demás para alcanzar una

⁴⁴ *Soledad*, p. 32

⁴⁵ *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 127

inmortalidad personal. Es así y son ellos quienes lo ayudan a uno a trascender, es decir, son ellos quienes se encargan de acompañarlo a uno a que trascienda.

Únicamente saliendo de uno mismo, trascendiendo los límites se puede alcanzar esa inmortalidad; y si no se hace, ya sea por egoísmo o por miedo, se estará renunciado al afán eterno. Es natural que se genere desesperación y angustia, pero sólo así se está en el camino de la salvación, que Unamuno extiende hacia la compasión y el amor. Por eso dice:

Según te adentras en ti mismo y en ti mismo ahondas, vas descubriendo tu propia inanidad, que no eres todo lo que eres, que no eres lo que quieres ser, que no eres, en fin, más que nónada. Y al tocar tu propia nadería, al no sentir tu fondo permanente, al no llegar a tu propia infinidad, ni menos a tu propia eternidad, te compadeces de todo corazón de ti propio y te enciendes de doloroso amor en ti mismo, matando lo que se llama amor propio y no es sino una especie de delectación sensual de ti mismo, algo como un gozarse a si mismo la carne de tu alma.⁴⁶

Y ahí, afirma Unamuno, queda confirmada la propia nadería y necesidad de padecer con los demás. Esto significa que cada quien es distinto a los otros:

la conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentir que no soy los demás, saber y sentir hasta donde soy es saber donde acabo de ser, desde donde no soy⁴⁷.

Ahora bien, existe el riesgo de abandonarse en los otros y no permitir que aflore el verdadero yo para no enfrentarse a las diferencias con los demás; esto provocaría el aniquilamiento del yo que se convertiría en el "no ser absoluto", al no querer salir de uno mismo e impidiendo así la trascendencia individual.

El sentimiento de solidaridad surge naturalmente en cada persona, pues es necesario que todo ser se pueda proyectar a los demás. Pero si en lugar de asumir

⁴⁶ Ibidem, p. 125

esa soledad se le quiere anular, no se podrá establecer un contacto de almas con el prójimo como otro yo, lo que puede llevar, dice Unamuno, a la perdición de uno mismo; no se puede encarar el llamado a la eternidad con el bullicio de la vida social.

La persona está en condiciones de escuchar a los demás cuando se rompen las barreras que separan, y sólo en la profunda intimidad. Por ello, cuando Unamuno siente que nadie atiende sus advertencias, dice lleno de desesperación: “ve a la soledad, te lo ruego, aíslate, querido amigo, aíslate, porque deseo, hace mucho tiempo ya, hablar contigo a solas” 48

Solamente los hombres concretos, los que se atreven, llegan a realizar su personalidad; pero para ello es necesario que conserven su individualidad, sin masificarse. Si lo hicieran, la existencia se trivializaría y la intimidad se perdería en el bullicio y superficialidad. La necesidad que el ser humano tiene del otro, no significa perder sus propias raíces, sino poder identificarse en sus originalidades, que los acercan y los edifican. Unamuno alerta, como ya hemos visto al inicio de este capítulo, que la vida social puede separar a las personas, pues las obliga a querer ocultar sus carencias, sus miedos, impidiéndoles sostener su identidad y con ello, sostener la lucha por la trascendencia.

A la masificación, donde los seres humanos pierden su individualidad, Unamuno opone la humanidad, como destino de los seres; en ella se conserva la intimidad personal de cada quien, su sentido y la búsqueda de la inmortalidad del alma. En la masificación, cada individuo pareciera ser una célula de una especie de animal colectivo. La única condición para que esa humanidad exista, es, como se vio arriba, que se rompan o se adelgacen las costras y que los contenidos espirituales se viertan en las otras almas:

⁴⁷ Ibidem, p. 127

⁴⁸ Soledad p. 35

y se funden las ideas de los tontos con las de los sabios y los afectos de los malvados con los virtuosos, y los sentimientos de todos, cree que saldrá algo grande y puro. Porque hoy apenas conocemos sino las mezclas, no las fusiones de ideas y sentimientos 49

En una masa de personas estas se mezclan sin salir cada una de si misma, sin alcanzar a llegar a los demás; en cambio, en una verdadera sociedad la hermandad de todas las conciencias se funde, a pesar de que se identifiquen las diferencias de cada quien.

Cuando la conciencia de una persona toca su fondo esencial, toca también la esencia de todo ser humano; esto significa que cada uno se experimenta en su propia individualidad, con la responsabilidad que eso implica. Esta experiencia es la que Unamuno propone como condición de posibilidad del encuentro con los demás:

Sólo en la soledad, rota por ella la espesa costra del pudor que nos aísla a los unos de los otros y de Dios a todos, no tenemos secretos para Dios; sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo; sólo en la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema 50

Se puede amar y compadecer a los semejantes, únicamente cuando se llega al fondo de la propia miseria, se vuelve los ojos a ellos semejantes y se les ve con los mismos dolores y sufrimiento que los propios. El solitario considera que lo mejor que le ocurre a la persona es lo que le ocurre estando sola, porque es algo que no se confiesa ni siquiera a uno mismo y de esa manera se queda en el puro pensamiento. Por ello establece que se puede vivir sin las costras que propician un aislamiento de los otros, cuando más bien, el alma no debería de tener secretos y

⁴⁹ *Soledad*, p. 41

⁵⁰ *Soledad*, p. 32

debería poder andar sin falsos pudores. Como hemos venido constatando, la sociedad que propone Unamuno está basada en una interacción vital de los hombres en el amor, en oposición a la sociedad masificadora y alienante en que los seres se pierden entre la muchedumbre.

Cuando todos los seres humanos se sinceren y permitan que su intimidad se manifieste, no habrá ningún asunto que pueda causar vergüenza, ya que todos los seres tienen sus cosas buenas y malas. Por eso es importante que todos se coloquen en la soledad. Debido a la originalidad de cada quien, es necesario que siempre se diga lo que se piensa y en lo que se cree, sin pretender cambiarlo o falsificarlo, tratando de disimular o de ocultar aquello que no le gusta de uno mismo. La sinceridad consiste en manifestarse tal y como se es cada quien, lo que representa que también se guarde silencio: "No se trata de que nos llamen a cada quien ni sabio, ni pensador, ni original; ni esos ni otros mote. Ningún mote, nada sino el santo silencio. ¡Oír y callar!" 51

Para que haya una verdadera comunicación entre los hombres, es necesario que exista una conciencia mínima del "nosotros", lo que exige un conocimiento, aunque sea breve, de la comunidad de origen ya que

...bajo nuestros espíritus se extiende un solo y mismo tenebroso Yo, un inmenso común Yo, que es un Nosotros. Y es más fácil llegar a nuestros prójimos por debajo de la tierra, por el Yo común, que penetrar en ellos por encima del cielo, por Dios 52

Como hemos visto antes, Unamuno considera que existe una corriente de dolor que empuja a los hombres entre sí, haciéndolos que se amen y que a través de la

⁵¹ *Ibidem*, p. 36

⁵² *Monodialogos*, p. 23

miseria propia puedan entender la miseria universal; y que esto a su vez provoca que se manifieste la existencia del otro que se lleva dentro de uno mismo.

2.3.2. La necesidad de los otros y la propia autenticidad

La angustia de ser uno mismo, y no ser todo lo demás, es lo que lo mueve a uno a trascender, a saltar del *yo* hacia el otro pero siendo *yo*. El autor compara esto con el deseo de liberación y a la vez, el miedo a liberarse. Pero aunque el *yo* desee salir fuera de uno mismo, no podrá hacerlo sin que se le ayude desde fuera: "...hemos de vivir separados los unos de los otros, dentro de su costra cada uno y sin poder romperla, pues es lo triste que esas costras se rompen desde fuera y no desde dentro".⁵³ Por ello la necesidad imperiosa de alguien rompa desde fuera para ayudar a las personas a salir, tomando en cuenta que el primer paso consiste en que cada quien asuma en lo individual su finitud y contingencia; en segundo lugar, se requiere del otro para que lo ayude a uno a salir, y finalmente debe establecerse una relación de mutuo reconocimiento.

La dura tarea de la comunicación que trasciende el aislamiento, tiene que ver con la penetración en la intimidad más profunda de cada quien, implicando una posible pérdida de la seguridad, además de la toma de conciencia de la realidad del ser personal. Unamuno explica que las personas anhelan encontrarse, anhelan la trascendencia, pero –como ya se ha visto-, al mismo tiempo el miedo las obstaculiza para atreverse a exponerse abiertamente en la propia esencia, y comenta:

Los más de los gemidos que atravesando la costra de tu prójimo y tu propia costra, te llegan al oído, no son más que lamentos de tu hermano porque se encuentra preso y no puede salirse de sí. Pero si vas a él y compadecido, empiezas a golpearle para romperle la costra y libertarle, como lo primero que siente es el golpe y el aturdimiento de la sacudida, arrecia a gemir y se queja más fuerte, y hasta la rechaza. No espera su liberación.⁵⁴

⁵³ *Soledad*, p. 40

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 41-42

El verdadero espíritu o alma de la humanidad, se fragua con ese rompimiento de la costra, con esa sacudida de las masas. Pero no basta con que otros vengan desde fuera a ayudar a cada quien a romper las costras, sino que también es indispensable un trabajo desde dentro, desde el interior de cada quien, de lo contrario, jamás se logrará:

Les oyes arañar el muro de su prisión y empiezas a golpear en él desde fuera, trabajando en una misma obra. Y es lo más consolador que mientras golpeas en su costra, como lo haces en la tuya, tanto trabajas por romper la de él como por romper la tuya propia, y él a su vez mientras golpea en la suya, da golpes en la tuya, y así toda redención es mutua.⁵⁵

De esta manera el autor deja en claro que en la medida en la que uno encuentre su propio yo, puede ayudar a otros a que lo hagan consigo mismos. En las entrañas de cada quien y no fuera de ellas, es donde están lo eterno y lo infinito; es el instinto de perpetuación del individuo el que permite que exista la sociedad. Sin embargo, como ya se ha dicho con insistencia, en el momento en el que el ser humano cree estar en compañía, puede llegar a perderse sin cuestionar sobre su destino después de la muerte. Por ello, todo lo que haga que no sea enfrentar esa conciencia personal, provoca no poder ver dentro de sí mismo. Como se ha apuntado, para Unamuno, el deseo de trascendencia y de buscar la inmortalidad es propio de toda la humanidad y para eso, insiste, es necesario afrontar la soledad, ya que la vida social enmascara lo que la soledad revela.

Para poder formar esa sociedad verdaderamente humana que propone el autor, es necesario entonces, recogerse en uno mismo y poder llegar a trascender el aislamiento que provoca la masificación de la vida social. De ahí que el yo sólo

⁵⁵ Ibidem, p.45

adquirirá sentido si se despega de esa vida social como conjunto indiferenciado para comunicarse con el alma personal de cada uno, en lugar de hacerlo con la colectividad: "el mundo y la sociedad son para mí, pero yo soy sociedad y mundo, dentro de mí son los demás y viven todos. La sociedad es una en todos y toda en cada uno". 56

En la perspectiva del autor, las personas son una especie de unidad individual-social, en la que no se pueden aislar los aspectos de mundo y sociedad sin dañar la estructura personal, que está inacabada y por lo tanto con tendencia a la comunicación, a la trascendencia y a la plenitud. La soledad es algo elemental, que está muy dentro de uno mismo; es la que hace posible la comunicación, a pesar de la angustia que pudiera causar. Como podemos afirmar por lo revisado hasta ahora, Unamuno no se refiere a la soledad como una situación física o un mero sentimiento psicológico, sino como un estado ontológico del ser humano.

Los hombres somos soledad –dice Unamuno- ya que no somos plenitud, sino carencias puras y además con conciencia de ello. Por eso, el único momento auténtico que tiene la persona es cuando está sola; cuando está consigo misma y además, consciente de estarlo. Compara esto con una especie de nostalgia en la que se percibe una contradicción en la propia existencia, generada por el anhelo de inmortalidad e infinitud; considera que todo ser creado tiende a perpetuarse, y aún más, a invadir a los otros, a ser los otros, pero jamás dejando de ser él.

La fusión del alma surge dentro de esa soledad, de ese silencio interior. Por eso, Unamuno reconoce en los solitarios –los que ya vivieron el silencio interior- a quienes mejor comprenden a los demás. Son ellos quienes pueden conducir a las comunidades ya que "...son los que se retiraron al desierto a oír levantarse en sus corazones el plañido desgarrador de los pobres rebaños humanos perdidos, sin

⁵⁶ Unamuno, *De la dignidad humana*, Espasa-Calpe, Colección Austral, Primera Edición 1944, Séptima edición. Madrid, 1977 p. 46

pastor ni perro, en los desolados yermos de la vida".⁵⁷ Pero para guiarlos les bastará con el ejemplo; es como si se llevara a la humanidad con uno mismo, tal cual ya se ha señalado. Cuando no se huye de la muchedumbre sino que solamente se toma distancia, surge el verdadero encuentro espiritual.

Y es ello natural, porque el solitario lleva dentro una sociedad entera dentro de sí: el solitario es legión. Y de ahí deriva su sociedad. Nadie tiene más acusada personalidad que aquel que atesora más generalidad en sí, el que lleva en su interior más de los otros⁵⁸

2.3.3 El secreto de la vida

Unamuno considera que cada persona tiene algo que la hace ser diferente y es como un secreto que no puede compartir con nadie, ni siquiera se puede verbalizar ya que dejaría de ser secreto y haría que se perdiera la esencia de cada quien; es decir, es aquello de donde surge el verdadero yo de la persona:

Nada une más a los hombres que el secreto. El que te adivine tu secreto no tiene más que mirarte, y habrás de hacerlo amigo de él. Y en él buscarás refugio. Y será a quien más cuidadosamente le celes tu secreto ¿Por qué revelárselo si te lo ha adivinado? Y al que no te lo adivine es inútil que se lo reveles, porque no te lo entenderá a derechas, y sobre todo, no te lo creará tal cual es.⁵⁹

La soledad es la que hace que se preserve la existencia de cada quien, y cuando ese secreto vital se comparte, es como si esa existencia fuera violada por los otros. Esto es a lo que Unamuno llama "el secreto de la vida". Las diferentes formas de ser de cada quien, derivadas del "secreto-raíz", son las que determinan la personalidad de cada individuo:

⁵⁷ *Soledad*, p. 37

⁵⁸ *Ibidem*, p. 49

⁵⁹ *El secreto de la vida*, p. 252

...que el secreto-raíz de que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, es el furioso e insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser uno mismo, de adueñarse del universo entero, sin que el universo se adueñe de nosotros y nos absorba, es el deseo de ser otros sin dejar de ser yo y seguir siendo yo, a la vez otro, en una palabra, el apetito de la divinidad, el hambre de Dios.⁶⁰

Esto ratifica que el ser humano es una criatura consciente de su limitación, por lo que está en la busca constante de una existencia auténtica.

Por ello, cuando finalmente se cobra conciencia de este secreto de vida, se encuentra la autenticidad; es en ese momento en el que uno se puede abrir al otro sin perder su propia identidad, pero además, pudiendo identificarse con el otro a través de ese misterio común. Esto permite la unión de los hombres sin que tengan que revelarse entre ellos ese secreto. El ansia de más vida, el anhelo de ser todo sin dejar de ser uno mismo, como dice el autor, es la raíz común a los secretos de todos los hombres. La sustancia es la misma, aunque toma distintas formas en cada alma. Y la existencia de cada quien será inauténtica mientras este secreto no se revele ante la conciencia, pero la revelación no se realizará por algún esfuerzo particular; en toda existencia hay un instante cuando el secreto aflora a través de las acciones y los sentimientos, provocando la desaparición de la angustia. Es por ello que cuando uno ha logrado identificar ese secreto dentro de sí mismo ya no se siente cómodo con otros que aún viven en la masificación. Dice Unamuno:

El misterio parece estar en nosotros a veces como dormido o entumecido, no lo sentimos; pero de pronto, y sin que siempre podamos determinar el por qué, se nos despierta, parece que se nos irrita y nos duele, y hasta nos enfebrecer y espolea al galope a nuestro pobre corazón.⁶¹

⁶⁰ Ibidem, p. 253

⁶¹ Ibidem, p. 244

Esta es la toma de conciencia del ser humano, lo que representa el salto ontológico en los individuos, precisamente el momento en el que como una luz, se nos revela ese secreto y nos compromete, en ocasiones de forma dolorosa, a tener una existencia auténtica. Sin embargo, Unamuno insiste en que no se puede dejar de atender a la comunicación y a la trascendencia. De hecho, aunque el deseo de cada quien por comunicarse sea muy fuerte, no puede lograrse hasta que algo o alguien derribe los muros que impiden establecer una comunicación espiritual con otros, tal y como vimos más arriba.

Unamuno señala también que la intimidad más esencial es incomunicable; sacar la intimidad a la superficie para él, representaría trivializar la raíz de vida de cada quien. Argumenta que: "...es deber de la sinceridad el que nos manda velar y recatar las entrañas de nuestra alma, porque si las pusiéramos al descubierto, las verían los demás como no son ellas, y así mentiríamos". 62

Entre más sincera sea un alma, insiste, más se va a refugiar en la soledad para de esta manera proteger su secreto y no trivializarlo, y para que no se provoque una confusión en los demás. En el momento en el que surge el ansia de comunicación es en el momento en el que aparece el nosotros; esto ocurre cuando la soledad genera una necesidad del otro. Así se inicia el círculo de encuentro, repelencia, fecundación y nuevo encuentro, estableciendo la dinámica de ir y venir del yo al nosotros, del nosotros al yo de nuevo, y del yo al otro para constituir el nosotros nuevamente. Una vez más observamos al autor sosteniendo que en la soledad es donde las personas son capaces de abrirse al diálogo con los otros:

...como no puedo oír la verdad a un hombre cuando habla con otro hombre, ni le puede oír cuando me habla, voy a la soledad, me refugio en ella, y ahí a solas, prestando oídos a mi corazón, oigo decir la verdad a todos. Tus secretos los sé porque me los has dicho a solas, cuando ni

⁶² Ibidem, p. 246

yo te veía ni te oía, ni me veías ni oías tú, me lo has dicho en el eco apagado y lejano de aquellas palabras de mentira que vertiste en mi corazón. Su mentira se disipó con el grosero vibrar del arte material, que me las metió en el oído de la carne; su verdad se desnudó al alejarte tu de mi presencia.⁶³

Por eso, para que se pueda dar de manera auténtica la comunicación, se han de trascender los datos puramente objetivos del prójimo y referirse a lo inexplicable e incomunicable de cada quien; lo propio de la comunicación atañe a la realidad ontológica más profunda de la persona.

Solamente si no se violenta a éste mundo con palabras, podrán aflorar en la intimidad de cada quien esos secretos y así se escucharán en su propia alma los secretos de los demás. "Y si no es así-agrega Unamuno- ¿cómo te explicas tantas misteriosas voces de silencio que nos vienen de debajo del alma, del más allá de sus raíces?"⁶⁴

Pero este encuentro profundo entre los seres humanos, únicamente surge cuando se hace contacto con la propia intimidad que se encuentra en el ser y se experimenta como la existencia.

La soledad: vía para la trascendencia

Recapitulando: Unamuno parte del hecho de que las personas se encuentran en el mundo entre el anhelo de inmortalidad y la necesidad de una explicación racional para el misterio de la muerte. Considera que este, precisamente, constituye el fondo común que existe en cada uno, y nos une a todos; es lo que hace posible las verdaderas relaciones interpersonales. Gracias a ese fondo común es posible trascender los límites individuales. Establece además que, para que las personas se

⁶³ *Soledad*, p. 36

⁶⁴ *El secreto de la vida*, p.251

puedan desarrollar como tales, es necesario no sólo descubrir ese centro virtual que somos cada uno -completamente diferenciado de los demás-, sino trascenderlo. De no ser así, la conciencia de la separación de los demás podría conducir a las personas al aislamiento total.

Ahora bien, cuando se trasciende la individualidad, es porque el abandono que siente cada persona ante la propia muerte, se vuelve común a todos. Se convierte en la más grande y fuerte angustia para todo ser humano, pues implica una amenaza para la supervivencia de la conciencia personal. Se trata del anhelo de la conciencia por mantenerse en el ser, un ser cuya naturaleza misma plantea como necesarias a la infinitud y a la eternidad, y al que la muerte le resulta absurda pues contradice su dinamismo esencial.

El eterno afán de inmortalidad del que habla Unamuno, no es sino la percepción de una carencia en el ser, que sólo puede satisfacerse con algo que garantice la exigencia personal de continuidad; de no ser así, se genera angustia, pues la experiencia se vive como abandono, como una pérdida de sentido, en medio de una soledad absoluta. Lo vimos en la primera sección de este capítulo, cada uno se experimenta como una persona abandonada en la existencia, que vive una *incompletud* que sólo cobra sentido cuando existe la posibilidad de completarse; es decir, cuando desde la propia insuficiencia personal se postula la trascendencia no como huida de la situación concreta presente, sino como el anhelo de inmortalidad. Esa inmortalidad –dice Unamuno–, se intuye: “de lo totalmente desconocido no cabe anhelo, por aquello de *nihilvolitum quin praecognitum*, no cabe querer sino lo de antes conocido”⁶⁵. Este conocimiento no se da por vía racional, sino por vía sentimental, o intuitiva. Lo anterior implica que hay un fundamento en algo fuera de la conciencia, puesto que su existencia es revelada como necesaria. Sin embargo, lo temporal no es suficiente para satisfacer las exigencias de la conciencia personal; se hace necesaria la trascendencia hacia la eternidad y el infinito, es decir, hacia el absoluto, para que la existencia tenga su

⁶⁵ Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 94

verdadero sentido y la vida de cada quien adquiera el carácter de autenticidad que le corresponde. De lo contrario esta vida se perdería en el vacío absoluto.

El ser humano anhela la inmortalidad porque lleva dentro de sí su germen, -como vimos en la primera parte de este capítulo-, descubierto a través de la soledad. Ese anhelo no es sino una manifestación de la propia estructura ontológica, cuya naturaleza dinámica se manifiesta bajo la modalidad de impulsos y tendencias, instintos y apetitos; esta estructura ontológica se mueve hacia su propia finalidad.

Para Unamuno, la persona es como es porque tiene un sentido de vida autoconciente y diferenciado de los demás, pero con raíces sociales. Como vimos, esto se descubre en la soledad y tal descubrimiento conduce a la persona a anhelar que la propia existencia no sea absurda, sino que tenga una finalidad. El autor plantea que cada individuo debe abrirse hacia la trascendencia, lo que implica la búsqueda de una verdad y un compromiso personal con esa verdad. No es posible hallar un sentido a la existencia desde afuera de uno mismo; cada quien debe recorrer su propio camino para descubrir el sentido y finalidad de su existencia.

Nuestro autor explica que la conciencia por sí sola no basta para garantizar la supervivencia, y por otro lado, la soledad revela al ser humano la existencia en su interior de un estrato diferente al de la conciencia, y con ello se muestra como un camino hacia la superación de la muerte como aniquilación total. En consecuencia, la soledad puede llevar al ser humano hacia la trascendencia.

2.4 El significado de la muerte

La gran tragedia de la vida consiste en que, tarde o temprano, ésta es alcanzada por la muerte. Este hallazgo reduce la vida a algo totalmente desconocido; lo único que se conoce de ella, realmente, es que tiene un final. La angustia humana surge

de sentir amenazada la propia existencia. Unamuno considera el problema de la muerte en función del anhelo de inmortalidad; la muerte aparece como aquello que impediría la propia evolución, y en consecuencia contradice la esencia del ser.

El autor expone la paradoja de que a la vez, la muerte aparece como el destino inevitable de los seres humanos, y como lo más contradictorio a la esencia del propio ser. Destino e imposibilidad. La muerte viene a ser lo mismo que la aniquilación: la negación del ser. Pero la muerte como aniquilación, no sólo resulta absurda, sino que haría absurdos a los seres humanos, pues su propia finalidad, vendría a ser la nada. Por otra parte, lo único que la razón puede constatar en pro de la inmortalidad del alma, es que el alma humana es lo mismo que la conciencia, es decir, una sucesión de actos que permanecen y se extinguen constantemente, y que cesan como actividad con la muerte natural. De ahí que si lo único sustancial es la conciencia, y la actividad que sostiene su ser discontinuo cesa al morir, la muerte sería lo opuesto a la vida.

Unamuno se esfuerza porque el ser humano sienta en carne propia lo que esto significaría, y dice:

Recógete lector, en ti mismo y figúrate un lento deshacerte de ti mismo en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas, y no te den sonido, envolviéndote en silencio; se te derriten entre las manos los objetos asideros, se te escurra debajo de los pies el piso, se te desvanezcan como un desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y disipándote también tu, y ni aún la conciencia de la nada te quede siquiera como fantástico agarradero de una sombra⁶⁶

La evidencia del absurdo al término de la vida, genera el cuestionamiento sobre su finalidad, y sobre la validez de la razón, ya que es difícil resignarse a la falta de sentido de la propia existencia. Este cuestionamiento y su respuesta dependen, en

⁶⁶ Ibidem pp. 42-43

gran medida, de lo que habrá de suceder después de la muerte, a lo que la razón no puede contestar; por ello, habrá que recurrir a la fe. Porque aquellos que no se conforman, que no se resignan al absurdo de la nada, luchan por su vida: “contra la muerte y también contra la verdad, contra la verdad de la muerte”⁶⁷, que pone en cuestión la propia existencia. Sólo los que luchan por su inmortalidad –sostiene Unamuno– mantienen la conciencia y merecen no morir del todo, aunque para ello deban renunciar a la razón. Porque vivir es actuar y la conciencia es una serie de actos. Por eso el autor también señala que al afirmar la conciencia, se afirma el propio ser y se entra en contacto con la propia intimidad; esta intimidad es la única capaz de llevarlo a uno al contacto supremo con Dios.

La conciencia de la muerte, entonces, conduce a la lucha por vencerla. Con ello la persona se afirma, pues como dice el autor, luchar es vivir, y vivir es ser conciente. El momento preciso de la muerte viene a ser el último combate por la propia inmortalidad; en él se alcanza la realización definitiva en el tránsito hacia esa realidad desconocida que ha de revelar la verdad de la finalidad y sentido del individuo. Esto se manifiesta también en la muerte de los demás, ni siquiera en la idea abstracta, sino en la experiencia concreta de la muerte, supremo trance en el que finaliza el mundo individual. “Porque los hombres vivimos juntos pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad.”⁶⁸

Sólo la muerte puede aquietar el alma; la experiencia de ella, no su explicación racional. Sólo después de la muerte se podrá conocer la verdad y podrá llegar a su fin la propia agonía. No obstante, mientras se siga vivo, la muerte sigue siendo para cada quien un misterio y una paradoja, cuya impresión deja en cada alma una huella indeleble. Porque la muerte “es una revelación tremenda, es una fuente de serenidad para la vida”.⁶⁹ Unamuno contempla a la muerte desde el anhelo fundamental del hombre concreto por la permanencia del ser. Mientras el sentimiento dice que la existencia es el destino único e inevitable del ser humano,

⁶⁷ Unamuno, *La agonía del Cristianismo*, Editorial Losada, Buenos Aires, séptima edición, 1984, pp. 17-18

⁶⁸ *Ibidem*, p. 33

⁶⁹ *El espejo de la muerte*, p. 128

la razón afirma que esto no debe ser así. De ahí que la tarea en la existencia vendría a ser la de integrar la muerte a la vida, de manera que la vida venza a la muerte para conquistar la inmortalidad. Pero la solución que satisface a la razón no satisface al sentimiento y viceversa; únicamente la fe, que como hemos visto, solamente se encuentra en la soledad, es capaz de dar la respuesta, al crear, por sí misma, al Dios inmortalizador.

No cabe ninguna duda de que la preocupación fundamental de Unamuno fue la pregunta por el ser, formulada con indignación y desesperación ante lo absurdo e injusto de la realidad mortal, frente a nuestro anhelo de inmortalidad como seres humanos. La aparición de la muerte dentro del panorama humano resulta profundamente desconcertante para nuestro autor, quien la considera de dos maneras: a) negativamente, como la aniquilación total del ser de los hombres, según el testimonio de la razón; y b) positivamente, como tránsito hacia la verdad y esperanza de supervivencia eterna, de acuerdo con el anhelo de la afectividad de cada quien.

¿Por qué quiero saber de dónde vengo y a dónde voy, de dónde viene y adónde va lo que me rodea y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero ¿qué será de mí? Y si muero ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: a) o se que me muero del todo y entonces la desesperación irremediable, b) se que no me muero del todo y entonces la resignación, c) no puedo saber ni una ni otra cosa y entonces la resignación en la desesperación, o ésta en aquella, una resignación desesperada o una desesperación resignada y la lucha⁷⁰

Unamuno descubre que la mortalidad es esencial a nosotros, y enfoca a la muerte como el problema fundamental de la propia existencia, la forma más radical de soledad. Cada quien conoce su propio existir gracias a la conciencia de sí mismo, pero si esta conciencia ha de desaparecer como la muerte, arrastrará consigo toda

⁷⁰ *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 99-100

la existencia concreta. De donde la muerte es como la nada, debido a la pérdida de la conciencia y de la determinación propia.

Y el fin de la vida es hacerse un alma, un alma inmortal un alma que es la propia obra.(...) Esto cuando se ha vivido, se ha luchado con la vida que pasa por la vida que se queda.⁷¹

No obstante, en el momento en el que la muerte le revela a uno la propia soledad, puede conducirlo a dar el salto de la fe para crear a Dios, y al creer en Él, confiar en su amor personalizador y por ello inmortalizador.

La muerte, continúa filosofando Unamuno, pone en cuestionamiento la vida, pues los humanos sólo existen viviendo. De la interpretación de la muerte depende la concepción personal del mundo y de la vida, es decir, su autenticidad o falta de ella. En otras palabras, la opción por la eternidad o el vacío. Morir significa la propia supresión en cuanto a sujetos, pues lo aísla a uno de su propio ser concreto; pero para este autor, ser sujetos no se agota en la idea de la posibilidad, puesto que el final de la vida no es algo ajeno y extrínseco a ella. Antes bien, la muerte, al limitar la vida, la define y le confiere, por así decirlo, su verdadero ser. Así se muere y no solamente se deja de vivir, porque la muerte es algo que también se vive, y ese ser vivo es lo que constituye al ser del viviente.

2.4.1 La vida auténtica y la vida trivial.

Según Unamuno, la muerte da lugar a dos alternativas radicales por parte del sujeto: la vida trivial o aparental que se encuentra perdida en el mundo, y la vida auténtica o sustancial, que es aquella que se cuestiona de a si misma para ser vivida desde su radicalidad. Parte de este asunto se exploró en la primera parte de este capítulo. La vida auténtica o sustancial, es el hacer de cada individuo en la circunstancia en la que le ha tocado realizarse, y ser, temporalmente. La vida trivial no es la vida cotidiana, sino la vida de quienes se desentienden de su existencia.

...no la de resolver el problema económico social, el de la pobreza y la riqueza, el del reparto de la tierra; y esto aunque lo que redima al pobre de la pobreza, redimirá de su riqueza al rico, lo mismo que redima al esclavo redimirá al tirano⁷²

Así escapan a la angustia y se refugian en la vida social o el aislamiento, lo hemos visto antes. Como no viven desde su propio fondo de soledad, son insustanciales y su realidad es tan sólo aparental. Por el contrario, los individuos que se preocupan por su ser, que tienen el anhelo de perduración, son reales, sustanciales y viven una vida auténtica, son los verdaderos seres humanos. Lo trivial es el comienzo del "no ser"; mientras que el verdadero ser consiste primeramente en la propia capacidad de angustia, que es la vuelta sobre uno mismo en la soledad para conocerse como ser finito, que aspira necesariamente a lo infinito y a lo eterno.

Porque en efecto, ensimismarse es meterse uno en si mismo y enajenarse es irse a lo ajeno, salirse de si, y en más corriente sentido, volverse loco...(...) Y darse a si mismo es desnudarse el alma, poniendo a la luz la intimidad de sus entrañas.⁷³

Se puede ser más o menos auténtico o trivial, lo que afecta a la propia existencia, con lo que el problema de la vida humana remite necesariamente al de la personalidad. Aún la vida cotidiana puede ser auténtica si se hace personal, si se asume la propia condición solitaria, y se siente la angustia vital del propio ser. Reconocer y asumir esta angustia, constituye la vida auténtica y personal. Esto puede ocurrir dentro del reposo normal de cada día; basta la expectación de la vida eterna para mantenernos afianzados a la raíz, defendidos de la trivialidad y del vacío gracias a la soledad, y dueños, por ende, de la propia personalidad.

⁷¹ *La agonía del Cristianismo*, p. 17

⁷² *Ibidem*, p. 79

⁷³ *Monodialogos*, p. 21

Pues hay gentes que sienten la necesidad de pensar, no de recibir el pensamiento ajeno, de formular con expresión y sentido propio los tópicos generales y corrientes del sentido común... (en cambio) Hay quienes no sienten la necesidad de pensar... y a quienes les basta que piensen otros. Adoptan las ideas ajenas. (...) Su sentido común no necesita de más.⁷⁴

Cuando la muerte no es un mero *dejar de existir*, es porque se enfrenta a la autenticidad de la vida, aunque la haga problemática. La soledad de la muerte y la necesidad de supervivir (inmortalizarse), están en la base de la autenticidad del propio vivir, aunque éste sea el de todos los días. No se existe auténticamente si no se existe angustiado por el deseo de ser, y por la sospecha de que se puede dejar de ser; sólo en la lucha por existir se alcanza la mayor realidad, que es en lo que consiste la propia intimidad más radical.

Los auténticos seres humanos, son los que se revelan, cada uno a si mismo, en toda su contradicción, puesto que la realidad nunca es pasividad. La conciencia viene a ser el medio de reconocer que sólo lo que se niega a dejar de ser, es realmente; los hechos dolorosos, ineludibles, deben significar para ella la revelación de su temporalidad.

He renunciado a aquel yo ficticio y abstracto que me sumía en la soledad de mi propio vacío. Pero he vuelto a mí mismo, al pobre mortal que sufre y espera, que goza y cree, a aquel a quien despiertan los sobresaltos...⁷⁵

Unamuno afirma que se posee una unidad temporal la cual puede descubrirse al prescindir de la vida trivial, y llegar al fondo de la personalidad; para ello es menester un mundo interior, humano, existencial, cuya dimensión propia es la soledad, pues se trata de la necesidad del ser personal de cada individuo. Las cosas tienen un ser fijo, y aunque su esencia individual es inaccesible, se le puede pensar como íntegramente conocida. Los seres humanos, en cambio, se hacen,

⁷⁴ Ibidem, pp. 34-35

⁷⁵ *El espejo de la muerte*, p. 131

están afectados por la temporalidad y es esencialmente imposible aprehender la totalidad de la propia existencia individual. La propia realidad es individual en un alto grado, porque para los individuos *ser es ser uno mismo en cada quien*, lo que constituye a la propia vida, esencialmente, propia.

Más, más y cada vez más; quiero ser yo, y sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme a la totalidad de las cosas visibles e invisibles..... Y ser yo es ser todos los demás. ¡O todo o nada!⁷⁶

Cada persona es distinta de su propia vida, pues la persona no es únicamente la vida, sino un ingrediente suyo junto con las cosas; el propio yo es más que las circunstancias, que es el estar en torno al yo, al que le da su carácter unitario y vital; porque el yo de cada quien es capaz de entrar en uno mismo ya que se es persona; el propio yo no es sólo el que vive con la circunstancia, sino quien hace su vida con ella. Del hecho de ser persona, -además de que se es un yo propio y de ser los sujetos de los propios actos vitales-, se concluye el que se pueda tomar posición frente a la propia vida para poseerla o para perderla, para hacer de ella una vida auténtica o inauténtica.

2.4.2 Personalidad e inmortalidad

Unamuno no habla de la especie sino del individuo, que viene a ser como el contenedor espiritual de la persona, y ésta, a su vez, el contenedor del yo que piensa, quiere y siente, y que no es sino el cuerpo vivo con todos los estados de conciencia que soporta en si mismo. La individualidad representa los límites de cada quien hacia fuera, la propia finitud; mientras que la personalidad representa los propios límites hacia adentro. La individualidad se refiere a aquel que lucha, que se esfuerza y no al que pudiera llegar a ser representado en el infierno de Dante:

⁷⁶ *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 103

...entre los que no tienen esperanza de muerte, entre los que vivieron sin infamia y sin alabanzas, entre los pobres neutros que no lucharon, que no agonizaron y a los que hay que dejar pasar sin hablar de ellos: *non raggioniam di lor, ma guarda e passas. (Infierno, III,57)*⁷⁷

La individualidad y la personalidad se descubren en la soledad, y aunque se pueden contraponer, también se pueden prestar mutuo apoyo. La vida viene a ser la manifestación de sí mismo en el tiempo, es decir, la personalidad; es lo que al término de la vida, la muerte pone en cuestión. "La personalidad es la obra que en la historia se cumple",⁷⁸ dice Unamuno, pero a la vez cuestiona su reducción a la historia temporal. La persona, el quien, es esencial a la vida, porque la vida es de cada quien y no se da sin ese quien, que es su sujeto, su dueño y señor. De ahí a que cada uno se convierte en problema para uno mismo y no eso confuso universal que se le llama "el hombre" sino que el propio yo, se hace cargo de uno mismo, del yo que cada cual es, ante la amenaza de dejar de ser yo después de la muerte.

La conciencia de uno mismo, la personalidad, no es algo puramente aparente o abstracto; por el contrario, es producto del dolor (como se adelantó en la primera parte de este capítulo); es una realidad sentimental descubierta en la misma vida personal, ya que la razón sólo muestra una sucesión de estados de conciencia sin un centro que los unifique. Ser hombre no significa solamente "saber el mundo" por la conciencia pensante, sino sentir las realidades del mundo objetivo y sentirse cada quien a sí mismo objetivamente, como un centro indivisible en el cual lucha la realidad dual sujeto-objeto en toda su temporalidad encaminada hacia la muerte. Ser hombre es tener conciencia dolorosa de la temporalidad y del límite, conciencia que se alcanza gracias a la soledad. De ahí que para Unamuno lo esencial de la conciencia es perseverar en sí misma, en el tiempo, siempre comprometida. Considera nuestro autor que a la conciencia le es imposible concebirse a sí misma como no existente; tener conciencia, es concebirse a sí mismo como indestructible ante la muerte. De aquí que la inmortalidad o es vida

⁷⁷ *La agonía del Cristianismo*, p. 94

real como la que se vive, o no sirve para nada. Pero como la evidencia de la muerte amenaza con la posibilidad de la aniquilación personal, surge un vacío que lo envuelve a uno y lo angustia, como hemos venido señalando.

Es que necesito vivir; vivir no como animal mamífero, vertical que come, bebe, duerme, se reproduce y juega, sino como hombre que piensa(...) ¡hay tanta gente que no siente la necesidad de pensar! Y cuando a estos desgraciados se les quiere incitar a que piensen se irritan. No se a quién le he oído que si a un eunuco se le administrara una droga afrodisiaca, no se consigue sino irritarle el organismo...⁷⁹

Como hemos venido explorando, para el autor se trata del vacío que se siente en la soledad, en el cual la angustia lo acosa a uno o lo sitúa ante la decisión suprema: el todo o la nada. Por eso el ansia de la realidad plena a la que se aspira, y que la misma inquietud revela, lo lleva a uno a descubrir a Dios, como veremos más ampliamente en el capítulo que sigue. Para Unamuno, Dios es lo único que nos puede salvar de la nada, lo que marca ya un punto de tránsito hacia lo trascendente.

El dolor, que es un deshacimiento, nos hace descubrir nuestras entrañas, y en deshacimiento supremo, el de la muerte, llegamos por el dolor del anonadamiento a las entrañas de nuestras entrañas temporales, a Dios, a quien en la congoja espiritual respiramos y aprendemos a amar⁸⁰

Dolor y angustia, conceptos fundamentales para nuestro autor, como nuevamente lo constatamos. Para él, la angustia es un estado existencial que manifiesta la inadaptación de los seres humanos a las condiciones concretas del ser y del vivir. Este sentimiento nos impulsa a buscar compañía de alguien que lo conforte –como ya se ha mencionado-, y una vez que pasa al plano de la conciencia, la persona puede asumir la condición de indigencia personal.

⁷⁸ Ibidem p. 37

⁷⁹ *Monodialogos*, p. 36

⁸⁰ *El Sentimiento Trágico de la Vida* p. 117

Los seres que no conocen la angustia, viven sumergidos en su mundo natural, falso y degradado; su existencia es también una existencia degradada e impersonal:

Es la congoja la que hace que la conciencia vuelva sobre sí. El no acongojado conoce lo que hace y lo que piensa, pero no conoce de veras que lo hace y lo piensa. Piensa, pero no piensa que piensa, y sus pensamientos son como si no fuesen suyos. Ni él es tampoco de sí mismo. Y es que sólo por la congoja, por la pasión de no morir nunca se adueña de sí mismo un espíritu humano⁸¹

Es la actitud de desgarramiento de los seres humanos lo que posibilita tanto el estado de angustia, como la vivencia de la soledad; de tal desesperación surge una posibilidad ontológica que estriba en establecer contacto con Dios, no para construir un sistema moral, sino para dar fundamento, para dar sentido a la propia vida y poder trascenderla y salvarla. Es la misma desesperación que lo lleva a uno a dudar de Dios.

No es, pues, necesidad racional, sino angustia vital, lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios es, ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista, y es querer salvar la finalidad humana del Universo.⁸²

El agonismo –tan característico de Unamuno-, resulta del sentimiento trágico de la vida, producto de la experiencia existencial del ser ante la muerte. El ser humano no se resigna a la nada, a pesar de que todo, excepto la voluntad, lo lleva hacia ella. Pero tampoco la voluntad le da a uno la seguridad absoluta, pues radica en la inseguridad de sí misma; de ahí la necesidad de la fe como salida desesperada.

⁸¹ Op. Cit. p. 217

⁸² La Agonía del Cristianismo p. 99-100

En la perspectiva de nuestro autor, la palabra agonía no designa el inicio de la muerte, sino por el contrario, la fuerza generadora de un vivir eterno. Agonizando es como se vive y por esa eterna agonía uno se vuelve merecedor de vivir eternamente: "el triunfo de la agonía es la muerte, y esta muerte es acaso la vida eterna."⁸³. Al mismo tiempo, esta angustia le patentiza a uno la soledad, el estar abandonado en el mundo para morir. El *cuando* de la muerte es indeterminado, pero hay siempre una amenaza constante y mantenerla así es tarea de la angustia, que viene a ser como un abrir algo; permite al ser humano darse cuenta de que, en cualquier momento, puede dejar de ser.

Como ya se exploró arriba, ante la evidencia racional de la muerte, el ser humano siente la soledad como una especie de abandono, como ausencia de alguien que lo salve de la aniquilación personal, y ello le impulsa a proponerse diferentes formas de trascender a la muerte. Sin embargo, al parecer de Unamuno, todas ellas coinciden en la necesidad de un Dios inmortalizador que garantice de una u otra manera la supervivencia de la propia conciencia personal después de la muerte. Cuando el individuo se enfrenta a la posibilidad de su propia muerte desde su soledad más absoluta, se siente abandonado en su existencia y siente un impulso para buscar cómo salir de ese abandono; un impulso para trascender sus propios límites, tanto en el tiempo como en el espacio, para encontrarse no sólo con su prójimo, -como se vio antes-, sino también con Dios. Porque la soledad –insiste Unamuno-, viene a ser la revelación de la propia condición ontológica, a partir de la cual se encuentra un sentido a la agonía, de la lucha por la inmortalidad. En Unamuno se dan etapas de agonía y de contemplación, es decir de lucha y de confianza, alternadamente.

2.4.3 La fe como salida desesperada

La fe es para Unamuno la voluntad de alguien hacia una verdad práctica, hacia algo que lo hace vivir a uno, y no solamente comprender la vida. Esto muestra que aunque la vida dependa en gran medida de la razón, la fe es también una potencia

⁸³ *La Agonía del Cristianismo*, p. 73

anímica, distinta de la inteligencia, la voluntad y el sentimiento, pues éstos se aplican sobre la materia ya dada. La fe crea. Es el poder creador del ser humano. Para Unamuno, no consiste en creer lo que no se ve sino en crearlo. Dice que se trata más de poder crear lo que no podemos ver. En este sentido, la fe se relaciona más íntimamente con la voluntad que con las otras potencias; no obstante el querer creer, es decir el querer crear, no equivale exactamente a creer o crear, sino al comienzo de ello:

La fe es pues, si no potencia creativa, flor de voluntad, y su oficio, crear. La fe crea en cierto modo, su objeto. Y la fe en Dios consiste en crear a Dios; y como es Dios el que nos da la fe en Él, es Dios el que se está creando a si mismo de continuo en nosotros.⁸⁴

“Personalizar” al universo significa llevar dentro de uno mismo a Dios como aquello que se espera. Creer en Dios es necesitarlo antes de conocerlo; al necesitarlo, se termina por verlo y descubrirlo en todo. Por eso, los que dicen creer en Dios, pero no lo necesitan, no creen en Él, sino en quienes les han enseñado que Dios existe. Del mismo modo -continúa Unamuno-, los que sin pasión piensan que creen en Dios, no creen sino en la idea de Dios. A veces la razón puede más que la voluntad.

Si -como asienta el autor-, la fe crea su objeto, éste no tiene realidad objetiva fuera de la propia fe. Para los creyentes intelectuales, creer en Dios es creer que Dios existe, pero conducirse y sentir como si no existiera, o como si hubiera abandonado al hombre. Por este camino, Unamuno afirma que el hombre crea a Dios y Dios se crea en el hombre; está convencido de que Dios sale al encuentro de quien lo busca. Por eso dice:

Creo en Dios como creo en mis amigos, por sentir el aliento de su cariño y su mano invisible e intangible que me trae y me lleva y me estruja, por tener íntima conciencia de una providencia particular y de una mente

⁸⁴ *Del sentimiento trágico*, p. 205

universal que me traza mi propio destino. Y el concepto de la ley -¡concepto al cabo!- nada me dice ni me enseña.⁸⁵

Unamuno sabe que la razón diría que tal Dios no es objetivo. Pero también afirma que el problema de la objetividad de las percepciones individuales es insoluble, pues todo lo que se conoce o lo que se puede conocer se encuentra en la propia conciencia; por eso sólo se puede afirmar que existir es obrar. La fe religiosa, al igual que la esperanza, no es racional. No obstante, nuestro autor también reconoce que además del elemento sentimental, en la fe entra un elemento racional; creer es una forma de conocer, aunque no sea otra cosa que conocer el anhelo vital humano y formularlo. La fe es confianza de quien asegura algo, lo cual supone un elemento personal y objetivo; supone una experiencia fundamental. Por otra parte, al considerar que la persona es voluntad, estará referida siempre al porvenir. Lo que es y lo que fue se cree únicamente como garantía de lo que será; Unamuno subordina la fe a la esperanza.

La fe es la sustancia de la esperanza; la esperanza es la forma de la fe. La fe es el anhelo de los seres humanos, de lo eterno, de Dios, de la esperanza en otra vida. De todo esto se concluye que el hombre crea a Dios, pero porque Dios hace al hombre capaz de crearlo. Se puede llegar a la concepción de un Dios racional -la proyección al infinito del hombre abstracto, del no hombre-, o se puede llegar al otro Dios, al Dios sentimental, la proyección al infinito del hombre concreto, de carne y hueso. Obviamente, para Unamuno sólo este último responde al anhelo fundamental de eternidad de las personas concretas.

El eterno sentimiento de Dios en el hombre es la eterna protesta de la vida contra la razón, el intento de personalización que nunca ha sido vencido. Porque:

El hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el universo, ni a ser un fenómeno objetivo más. Quiere salvar su objetividad vital o personal, haciendo vivo, personal, animado, el universo todo. Por eso y para eso ha

⁸⁵ Ibidem, p. 206

descubierto a Dios y la sustancia, Dios y sustancia que vuelven siempre en su pensamiento de uno o de otro modo disfrazados. Por estar consientes nos sentimos existir, que es muy otra cosa de saberse existente y queremos sentir la existencia de todo lo demás, que cada una de las demás cosas individuales, sea también un yo.⁸⁶

La necesidad de los otros yos –como vimos antes-, se revela en la soledad; manifiesta tanto la separación de los demás como la tendencia al encuentro con ellos. Es decir, hace patente la propia personalidad y la insuficiencia del aislamiento para realizar al ser personal. Puesto que lo que la persona anhela es la inmortalidad personal, requiere de alternar con el tu absoluto, que lo fundamente a uno sin absorberlo. No basta con descubrir a Dios en abstracto; se requiere un Dios con el que se pueda entablar una relación interpersonal, es decir, que se distinga de uno en su intimidad más radical, pero también que nos acoja a todos en su propia eternidad e infinitud. Y sólo se postula a un Dios semejante cuando se descubre como sufriente, cuando se encuentra algo en común con Él. Como se vio al inicio de este capítulo, para entrar en contacto es necesario el dolor y la soledad que nos revela a todos, a Dios y a los hombres, como conciencias personales únicas e inconfundibles entre sí; necesitados los unos de los otros y sostenidos por la invocación mutua.

Por eso, la única salida desesperada que Unamuno alcanza a ver para los hombres es la fe cristiana, en la que se conciertan el dolor y la soledad, la conciencia y la eternidad en Dios, a través de Cristo. Esto, como parte del concepto de Dios en nuestro autor, será explorado en el capítulo siguiente.

⁸⁶ Ibidem, p. 249

CAPÍTULO 3

*"Quién no conoció la inquietud,
jamás conocerá el descanso."*

Miguel de Unamuno

LA TRASCENDENCIA QUE LLEVA A DIOS

3.1 El sentimiento de Dios

Para Unamuno la vida humana es la conciencia creadora, el proyecto vital del yo y el mundo en el que se incluye la necesidad de permanencia; el ser humano es capaz de percibirse en cuanto persona al sentir la falta de algo perdurable. La agonía le hace experimentar la muerte como el deshacimiento supremo, situación límite que el anhelo de inmortalidad intenta trascender en la soledad; y en ese trance, aparece Dios:

Pero no un Dios consolador y ajeno, especie de Conciencia Universal objetivada, sino un Dios personal y subjetivo que sumerge su primera raíz en el hombre y va adquiriendo sustancia conforme el hombre necesita, cada vez más urgido, de Él.⁸⁷

Unamuno extrae a Dios del ser humano; lo considera como la proyección de este ser al infinito, donde ve resuelta su hambre de inmortalidad; sostén de la persona y garantía de la inmortalidad necesaria no sólo para pensar la existencia, sino para vivirla:

...la razón más bien aparta de Dios y no es posible conocerle para luego amarle, sino hay necesidad de comenzar por anhelarle, por amarle, por tener hambre de Él para luego conocerle.⁸⁸

Dice Serrano Poncela, no preocupa a Unamuno el problema de Dios como hipótesis para demostrar la esencia y la existencia del universo, sino como

⁸⁷ Serrano Poncela, S., *El pensamiento de Unamuno*, FCE, México, 1964, p. 145

⁸⁸ *Ibidem*, p. 147

sentimiento directo que se refiere a su propia existencia y a la prolongación de la vida después de la muerte. Para Unamuno, la evolución del “hombre de inmortalidad” en “hombre de Dios” se acerca más a la experiencia mística que al razonamiento, ya que la fe en este Dios consolador no se basa en un juicio de credibilidad, sino en la incertidumbre del escepticismo racional y en la desesperación sentimental. De ahí el enlace de la soledad en cuanto experiencia fundamental que muestra el camino hacia la trascendencia, como se ha venido mostrando.

Al no poder demostrar la existencia de Dios, Unamuno la crea a partir del sentimiento de soledad –lo vimos en el capítulo anterior-, para luego afirmar que esto es posible gracias a que el ser humano está sustentado por Dios, que: “Dios y el hombre se hacen mutuamente, en efecto, Dios se hace o se revela en el hombre y el hombre se revela en Dios”.⁸⁹

Dios puede llegar a ser una realidad sentida, sobre todo en los momentos de ahogo espiritual, lo que implica un sentimiento trágico, un hambre de inmortalidad, de Dios: “...creer en Dios ante todo y sobre todo, es querer que el alma sea inmortal...”.⁹⁰ Al hundirse el hombre en la desesperación sentimental y en el escepticismo racional que se juntan en la soledad, se incita el hambre de Dios.

La necesidad de Dios es lo que se requiere para fundamentar el hambre de inmortalidad y su presencia en el mundo. Y a este Dios no racional, hay que llegar por el camino de la fe –como veremos con mayor detalle más adelante-, que se encuentra en la soledad. Sólo la presencia de Dios, salva a las personas de la muerte, pues al ser la muerte la suprema soledad, no contar con una presencia más allá de la muerte equivale a dejar de ser.

⁸⁹ Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 206

⁹⁰ Unamuno, *Ibidem*, p. 185

Como se ha visto, para Unamuno, el ser humano necesita a Dios para conservar la propia personalidad aún después de la muerte. Cuando se descubre la finitud, se sufre, porque ama a su propio ser y se compadece a si mismo. Eso lo lleva a descubrir al prójimo como mortal, y es cuando se instaura entre todos una hermandad generada por el descubrimiento de ese dolor común, ante los límites que la materia impone.

La vida eterna es impensable, pero se puede intuir porque, igual que Dios, es necesaria. La intuición o el sentimiento de Dios por la fe, funda una religión que surge de la necesidad vital de dar finalidad humana al universo, que es la vía para poderse re-ligar con Dios, en el ansia de la inmortalidad.

Así, el Dios de los seres humanos es el de la inmortalidad, al que sólo se puede aceptar si se renuncia a la razón. La inmortalidad es el elemento divino específico; de no ser inmortal, Dios no tendría sentido: ¿para qué lo necesitaríamos entonces?

3.2 La fe, la soledad y el encuentro de Dios

Para entender a cabalidad la visión que Unamuno tiene de Dios y su importancia, es necesario retomar su concepto de la fe. El autor considera a la fe como un poder creador, la visualiza como aquello que hace que el hombre realice las cosas.

Es a través de la fe como se puede llegar a pensar en la inmortalidad, asunto totalmente extraño a la razón; sin embargo, pareciera ser que –para Unamuno-, la fe es más poderosa que la razón, ya que ofrece la posibilidad de vivir sin necesidad de conocer, como la razón lo exige.

Pero además, como se mencionaba anteriormente, sólo puede crear, más allá de la razón, el que quiere creer, el que tiene fe. Es así, que solamente a través de la fe se puede creer en Dios, y consecuentemente, en la inmortalidad del alma.

La resolución que Unamuno da a la fe, es de índole práctica; considera que la vida no requiere únicamente de soluciones racionales, pues aún cuando no existan, la vida continúa. Esto se ejemplifica de manera magistral en su novela *San Manuel Bueno Mártir*, en la que el sacerdote de una pequeña aldea pierde la fe en aquello que predica y decide abandonar las explicaciones tradicionales; aunque la razón haya dejado de satisfacerlo, continúa apelando a los designios y mandatos divinos, pero fundamentándolos en las explicaciones que él mismo comienza a descubrir por su propia experiencia y entendimiento.

Se puede entender así la necesidad que tiene el autor de seguir creyendo en Dios después de haberse enfrentado al precipicio de lo desconocido, aunque las explicaciones y respuestas que propone puedan estar fuera de la razón:

Tenga fe, y tener fe no es creer en tal o cual principio, sino abrigar confianza en que nada se pierde, en que todo conspira a un fin- sea el que fuere- y abrirse a la vida ⁹¹

El concepto de fe del autor apoya que no se crea en los dogmas *per se*, y por otro lado favorece la apertura para construir, para crear. Por supuesto que esto se presta para desarrollar una fe totalmente subjetiva, ¿pero cómo podría no serlo, si se ve involucrada la voluntad individual?

Lo que realmente determinará el obrar de las personas, serán las acciones que permanecen y que se derivan de esa fe de cada quien, de la manera en la que cada uno desee crear su propia trascendencia. Por ello, la persona debe obrar como si el universo tuviera un fin y cada persona pudiera contribuir a alcanzarlo; será esa voluntad la que llegue a crear causas finales y no la inteligencia, que sólo crea causas eficientes.

⁹¹ Unamuno, Miguel de y De Zulueta, Luis, *CARTAS (1903-1933)*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 46

Es posible percatarse entonces que la religión tradicional, para Unamuno, deja de ser la vinculación o relación entre el ser humano y su trascendencia; es la fe y lo que crea a través de su voluntad, lo que lleva al ser humano a trascender.

Sin embargo, considera el autor, debido a nuestra imperfección, la incertidumbre es la base de nuestra vida íntima, y se expresa en las preguntas ¿y si hay? ¿si no hay?; todas las personas que se han atrevido a cuestionarse, han vivido ese angustioso momento. Es entonces la incertidumbre precisamente la que va a favorecer la creencia, la fe.

La fe más auténtica, afirma, es la que se basa totalmente en la incertidumbre, en la duda, pero que de alguna manera calma la desesperación íntima que surge en esa lucha entre lo que dicta la razón, y el anhelo de inmortalidad. Es evidente que una preocupación fundamental de Unamuno es la de qué será de las personas después de morir. De eso depende cómo se enfocan los esfuerzos y deseos del ser humano para actuar en la vida; con base en ello determina las reglas de comportamiento que regirán su propia vida.

La fe que duda, continúa el autor, es la verdadera fe, ya que se cuestiona y se atreve, incluso, a crear a su propio creador, al que ha de hacerlo a uno eterno a pesar de evidencias objetivas; así de alguna manera se aminora toda la desesperación religiosa derivada de la ineludible soledad, del abandono en la existencia, la cual busca un fondo común y perpetuar el alma.

Y para encontrar la salvación, no se puede apelar al exterior; como vimos en el capítulo precedente, es solamente a través de la soledad que esta se encuentra. Como también se observó, dicho proceso genera miedo y la posibilidad de que la persona se pierda y recurra a salidas ficticias.

Sin embargo, después de superarlo, se genera el valor que le permite encontrar la verdad a través de la fe, que es la esperanza de salvación. De ahí que Unamuno pregunte: "¿quién te liberará del miedo?, ¿Es acaso el miedo otra cosa que la pérdida de la fe?; ¿y no se recobra ésta en fuerza de miedo?"⁹²

Confirmamos entonces que para Unamuno la fe es una adhesión a alguien; una confianza en alguien que brota de la intimidad de cada ser humano. En este sentido, Dios no vendría a ser una tabla de salvación, sino el ser que garantiza un fundamento ontológico para la conciencia personal, ya que el ser humano necesita la eternidad que sólo Dios puede darle:

¿Tabla?, la tabla soy yo mismo, no la necesito porque floto en ese Océano de que hablas y que no es sino Dios. El hombre flota en Dios sin necesidad de tabla alguna, y lo único que yo deseo es quitarte la tabla, dejarte solo, infundirte aliento y que sientas que flotas. ¿Fundamento objetivo dices?, ¿y qué es eso?, ¿quieres más objetivo de ti que tu mismo? Hay que echar a los hombres en medio del océano y quitarles toda tabla y que aprendan a ser hombres, a flotar⁹³ -

Unamuno insiste; solamente en la soledad se puede sentir la contingencia del ser que exige un fundamento para trascender a la muerte. Gracias al reconocimiento de las propias limitaciones es como la persona se puede abrir al Absoluto, que es el único que proporcionar una verdadera compañía. Lo enfatiza diciendo:

...ahora que en el fondo de la sima de la desgracia reconoces lo mucho que de tu amo te separa, ahora es cuando estás más cerca de él, pues cuanto más sientas tu distancia de él, más a él te acercas. Te pasa con tu amo, aunque en finito y relativo, lo que en infinito y absoluto nos pasa a tu amo, a ti, a mi y a todos los mortales con Dios, y es que cuanto mas sentimos el infinito que de Él

⁹² Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho Panza*, p. 78, Espasa-Calpe, México, 1985, p. 79

⁹³ *Ibidem*, p. 208

nos separa, más cerca de Él estamos, y cuanto menos acertamos a definirle y representárnoslo, mejor le conocemos y queremos más.⁹⁴

Para el autor no se trata simplemente de abrirse en soledad –como se vio antes-, sino que es necesario hacerlo a través de la oración constante. La oración establece un diálogo con la divinidad y así es como se participa de la compañía del Absoluto; se genera la tranquilidad necesaria en el alma y se alcanza la esperanza de salvación tanto individual como colectiva.

En este y en otros puntos nuestro autor se acerca al éxtasis que experimentan los grandes místicos, visionarios de los valores de la humanidad. Si no se quiere morir completamente separado de Dios, se debe optar por la fe, y porque que cada instante de la vida sea una lucha por alcanzar la intimidad con Él. Quien en vida no logre dicha intimidad, al morir no podrá lograr el sentimiento de supervivencia, y por consiguiente perderá la garantía de su inmortalidad. El autor se acerca así a la experiencia religiosa desde la perspectiva de la mística; el ser humano, sin intermediarios puede encontrar a Dios.

Regresando a la “supervivencia personal” de la que habla Unamuno, considera que se logra en la medida en que se disfrute la soledad, entonces se alcanza la apertura a la intimidad con el Absoluto que, como vimos anteriormente, resulta en la esperanza de una vida perdurable ya garantizada por Él. De modo que: “a la relación con Dios, a la unión más o menos íntima con Él, es a la que llamamos religión”.⁹⁵

El autor presenta una vía afectiva para llegar a Dios que se da espontáneamente, al intuirlo en forma poética a partir de la naturaleza misma y no como consecuencia de un proceso intelectual.

⁹⁴ Ibidem, p. 170

Debido a que Dios y Cristo y su palabra suelen ser fundamentalmente silencio – profundiza Unamuno –, su misterio se puede encontrar sólo a través del silencio. Por eso es que puede vivirse la soledad como abandono, no sólo como la falta de Dios, sino como la ausencia de un Dios personal que debería estar presente:

El canto eres sin fin y sin confines
eres, Señor, la soledad sonora,
y del concierto que a los seres liga
la epifanía. Cantan las esferas
por tu cuerpo, que es arpa universal⁹⁶

La soledad desde esta perspectiva, permite o se entrelaza con la intimidad ontológica, por lo que la compañía de Dios viene a ser el silencio puro, y éste, la voz de la eternidad. Esto permite que cada uno se abra a sí mismo, hacia el otro y hacia Dios.

Para ello, es necesario el reconocimiento de la fe como vía de acceso al fundamento ontológico de la conciencia personal pues, como se ha puntualizado, la razón no trasciende los datos objetivos y consecuentemente no llega a la intimidad ontológica que es la que revela la exigencia de un fundamento absoluto para la contingencia radical en cuanto seres humanos.

Si se utilizara exclusivamente la razón, sólo se podría llegar a una concepción panteísta de Dios en la cual no se lograría una verdadera trascendencia, ya que todas las personas forman parte de una misma sustancia, sino únicamente una trascendencia psicológica.

⁹⁵ Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 219

⁹⁶ Unamuno, "El Cristo de Velásquez" en: *Antología poética*, Editorial Porrúa, México, p. 141

3.3 El Dios del Cristianismo

La fe, permite reconocer la existencia de Dios como otro que uno mismo, con una intimidad propia que hace posible la relación con Él como otro yo, como otra soledad. De ahí que la opción de Unamuno sea la del Dios cristiano que comparte con los seres humanos su sufrimiento y su abandono ante la verdad de la muerte, y que ofrece un consuelo tanto individual como colectivo; el cristianismo es vida, preparación para la muerte y la resurrección, preparación para la vida eterna.

El autor señala que desde San Pablo, el cristianismo no fue doctrina sino el culto al Dios-hombre que nace, padece, agoniza, muere y resucita de entre los muertos para transmitir su lucha, es decir su agonía, a sus creyentes. Así, la cualidad del ser cristiano se encuentra en la agonía de la lucha, no en la paz; el cristiano debe ser el Cristo en agonía: "Y a este Cristo, al de ́ Dios mío, Dios mío ¿porqué me has abandonado? ́ (Mat., XXVII, 46), es al que rinden culto los creyentes agónicos, entre los que se cuentan muchos que creen no dudar, que creen que creen."⁹⁷

En la agonía de la soledad, como se había adelantado en el capítulo anterior, el misterio de la muerte es el lazo que une a las personas entre ellas mismas y también con Dios, formando así parte de un todo común, en el que cada uno conserva la identidad de su conciencia personal sin diluirse entre los demás; por ello encuentra que en Cristo se da la conjunción de lo divino y lo humano. Explica que el Cristo histórico, el inmortal, no fue el hombre de carne y hueso que vivió en una época determinada, sino aquel que ha vivido en cada uno de los que lo oyeron, dejando así su alma a la humanidad. El Dios inmortalizador no es el Dios de la razón sino es el Dios del amor, cuyo reino no es de aquí. En *El Cristo de Velásquez*, Unamuno canta:

⁹⁷ Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Editorial Losada, Buenos Aires, Séptima edición, 1984, p.22

Abandonado de tu Dios y Padre,
que con sus manos recogió tu espíritu
Te alzas en ese trono congojoso
de soledad, sobre la escueta cumbre
del teso de la calavera, encima
del bosque de almas muertas que esperaban
tu muerte, que es su vida. ¡Duro trono
de soledad! (...)

Las soledades
hinches del alma, y haces de los hombres
solitarios un hombre; Tú nos juntas,
y a tu soplo las almas van rodando
en una misma ola. Pues moriste,
Cristo Jesús, para juntar en uno
a los hijos de Dios que andan dispersos,
solo un rebaño bajo de un pastor.⁹⁸

Vemos una vez más que la desesperación a la que se enfrenta el autor por saber lo que hay después de la muerte deriva en un desarrollo y fortalecimiento espiritual. La relación dialéctica que se establece entre la razón que busca consuelo sin encontrarlo, y el sentimiento que de alguna manera intuye aquello que se encuentra fuera de la razón y que consigue brindar ese consuelo, provoca un desasosiego constante en la persona que está en búsqueda de una estabilidad espiritual, lo que resulta en un reto de crecimiento.

Uno podría también preguntarse si todo este fenómeno tenía como base la búsqueda de estabilidad espiritual, o más bien de estabilidad emocional, búsqueda derivada de las dudas existenciales a las que nuestro autor enfrentó.

⁹⁸ Unamuno, "El Cristo de Velásquez", en Op Cit, p. 157

En relación con lo anterior, la moral de Unamuno no se deriva del temor a la muerte, sino más bien de una muerte sin haber luchado por alcanzar una felicidad, que estaría representada como la armonía, una cierta estabilidad provocada por la sensación de trascender a través de los actos llevados a la práctica, como fue posible apreciar claramente en una de sus últimas novelas, *Un pobre hombre rico*. Y de ahí que su código de acción esté fundamentado en el temor que le produce que su alma no sobrepase a su muerte.

3.3.1 El Dios sufriente.

Unamuno sostiene que el “escándalo” del cristianismo es el de un Dios que se hace hombre para padecer, morir, resucitar. Como se vio anteriormente, la verdad de que Dios padece es la revelación del misterio del universo, de lo divino, del dolor, que Él mismo reveló a los hombres enviando a su Hijo para redimir a la humanidad con su sufrimiento y muerte.

Para Unamuno, Cristo es la única esperanza que le es dada al hombre para consolar el anhelo de inmortalidad personal. Aquí en la tierra sólo hay un Cristo de realidad, que es el Dios-hombre que comparte con cada quien su dolor, su agonía y su soledad.

Dolor por haber nacido, agonía por dudar de su divinidad y por contemplar, desde su altura, la miseria de la condición humana, y soledad por sentirse abandonado de su Padre y de los hombres. La piedad popular busca en Él la confrontación en el dolor y en la muerte, es decir, la esperanza de que el sacrificio no sea estéril: “¡Madre del Creador! He aquí el grito de congoja, el grito de agonía. (...) Desnacer es morir y desmorir es nacer. Y esto es una dialéctica de agonía”.⁹⁹

La fe cristiana nació del hecho de que Dios resucitó en Cristo, lo que no sólo supone una inmortalidad del alma del modo filosófico, sino la intervención de un

⁹⁹ *La agonía del cristianismo*, p. 25

don gratuito de Dios. Lo específicamente cristiano fue el descubrimiento de la inmortalidad.

Así cada uno por su lado, judíos y cristianos, llegaron al verdadero descubrimiento de la muerte, que es el que hace entrar a los pueblos, como a los hombres, en la pubertad espiritual, la del sentimiento trágico de la vida que es cuando engendra la humanidad al Dios vivo. El descubrimiento de la muerte es el que nos descubre a Dios y la muerte del hombre perfecto, del Cristo, fue la suprema revelación de la muerte, la del hombre que no debía morir y murió.¹⁰⁰

Para nuestro autor lo más importante de Jesús no fue su obra moral y pedagógica, sino su obra religiosa y, por decirlo así, “eternizadora”; con su resurrección garantiza la inmortalidad de cada creyente ya que el Dios-hombre, significa la posibilidad de que los hombres, a su modo se hiciesen Dios, esto es, inmortales:

Y el fin de la redención fue, a pesar de las apariencias por desviación ética del dogma propiamente religioso, salvarnos de la muerte más débil que del pecado, o de éste en cuanto implica muerte. Y Cristo murió, o más bien resucitó, por Mí, por cada uno de nosotros. Y establecióse una cierta solidaridad entre Dios y su criatura.¹⁰¹

El Cristo católico es el eternizador y el religioso. El eje de la piedad popular católica y el sacramento más específicamente religioso corresponde a la Eucaristía, en la cual se administra el cuerpo de Cristo que es pan de inmortalidad. Es, en esencia, el sacrificio plenamente realista, material e inmortalizador. Cristo es Dios agonizante, Dios en lucha por su propia inmortalidad, que sufre y muere en soledad.

Por eso Unamuno sostiene que la única religión que reconoce un Dios vivo y personal es el cristianismo, que ve a Dios sufriendo en Cristo, en quien a su vez, se sublima el linaje humano y la humanidad pasa a ser Dios convertido en hombre; el

¹⁰⁰ Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 151

¹⁰¹ *Ibidem*, pp. 163

Hijo de Dios. En el momento en el que el ser humano se solidariza con el sufrimiento, se descubre como su hermano y brota de cada uno el amor al Padre, que se hace uno entre todos para compartir el propio dolor.

El sentir a Dios como Padre, trajo la fe en la Trinidad; esta hace de Dios una sociedad, ya que no se puede concebir a Dios vivo como proyección de un yo abstracto, sino más bien de un yo vivo que es, en realidad, un nosotros. Unamuno concluye que de la conjunción del politeísmo pagano con el monoteísmo judaico, resultó el sentimiento del Dios católico, sociedad e individualidad a la vez; es el único que tiene una dimensión común con los seres humanos y se puede comunicar con esos hombres a través del sufrimiento y el abandono de la soledad.

3. 3.2. El Dios Padre

Unamuno propone al cristianismo como una salida desesperada, quizás porque a pesar de no poder racionalizar la inmortalidad que anhelaba, encontró en él una alternativa para su conflicto con la fe de su niñez, que no necesitaba de razones, sino que se abría a Dios en un inocente y confiado abandono de si mismo. Sin embargo, esta entrega sólo podía hacerla el autor en ciertas ocasiones, cuando la angustia que sentía era tan intensa, que si bien no sobrepasaba a la razón, acababa por no tomarla en cuenta. Y lo expresa así:

Una y otra vez durante mi vida heme visto en trance de suspensión sobre el abismo, una y otra vez heme encontrado sobre encrucijadas en que se me abría un haz de senderos, tomando uno de los cuales renunciaba a los demás, pues que los caminos de la vida son irrevertibles y una y otra vez en tales y únicos momentos he sentido el empuje de una fuerza consciente, soberana y amorosa. Y ábresele a uno luego la senda del Señor.¹⁰²

¹⁰² Ibidem, p. 246

Así, a partir de sus propias experiencias, Unamuno asegura que al intentar trascender esa situación límite que es la muerte, aparece Dios en el horizonte. Pero no sólo un Dios consolador y ajeno, sino un Dios personal y subjetivo que tiene su primera raíz en cada persona, y va adquiriendo sustancia conforme la necesita, con la urgencia individual cada vez mayor. No se trata de la idea de Dios como hipótesis para explicar la esencia y existencia del universo, sino de un sentimiento directo que surge en la propia existencia y se prolonga más allá de la vida terrena.

Ahora bien, las cuestiones metafísicas más graves, aparecen al tratar de concretar el sentimiento de inmortalidad, es decir, de representar para la persona lo que puede ser al más allá. La proyección del sentimiento trágico hacia una intemporalidad se debe a que una vida eterna es impensable desde la temporalidad y, sin embargo, es sensible; se siente porque se necesita. Unamuno empieza por criticar la solución que ofrece la religión católica; no acepta la absorción del alma en Dios porque en ella se pierde la conciencia, y esto no corresponde al ansia propia de la continuidad personal. Tal angustia la manifiesta así:

Anhela otra cosa, no absorción, no quietud, no paz, no apagamiento, sino eterno acercarse sin llegar nunca, inacabable anhelo, eterna esperanza que eternamente se renueva sin acabarse nunca del todo... la eternidad como un eterno presente, sin recuerdo y sin esperanza es la muerte. Así con las ideas, pero así no viven los hombres. Así son las ideas en el Dios-Idea, pero no pueden vivir así los hombres en el Dios-vivo, en el Dios-Hombre.¹⁰³

Cuando se trata de explicar de forma racional el anhelo fundamental de vida eterna consciente de sí misma y de su individualidad personal, los absurdos se multiplican. De todas maneras insiste en que hay que anhelar la vida eterna por absurda que parezca, que hay que creer en ella pues ahí se encuentra la única razón para vivir, aunque no para entender el universo:

¹⁰³ Ibidem, p. 243

Hay que creer en ella, y creer en ella es ser religioso. El cristianismo, la única religión que nosotros, los europeos del siglo XX podemos de veras sentir, es, como decía Kierkegaard, una salida desesperada (afsluttende uwidenskabelig Efferskrift, II, I, capítulo I) salida que sólo se logra mediante el martirio de la fe, que es la crucifixión de la razón, según el mismo trágico pensador.¹⁰⁴

Para nuestro autor, hay que aceptar el cristianismo y entrar en él interpretándolo y adaptándolo a las propias necesidades, para extraer de él una creencia firme en la otra vida, y en una vida eterna individual y personal a la vez, dentro de la cual cada uno sienta su propia conciencia, al tiempo de unirse sin confundirse con la conciencia suprema.

Así Unamuno establece su relación con Cristo como una relación interpersonal, ajena a dogmas eclesiásticos. Cristo es la más perfecta sublimación de su duda: hijo de Dios, creador de Dios y Dios a su vez; encerrado en la contradicción que significa morir para salvar la inmortalidad y efectuar el máximo acto de fe, que es la muerte. De la misma manera como en la soledad radical se manifiesta la propia realidad, en la soledad y muerte de Cristo se manifiesta la paternidad divina como fundamento personal que acoge a todos:

Si Cristo fue el que a corazón más lleno y la boca más pura llamó Padre a su padre y maestro, si el sentimiento cristiano se encumbra en el sentimiento de la paternidad de Dios, es porque en el Cristo sublimó el linaje humano su hambre de eternidad.¹⁰⁵

En el cristianismo Unamuno descubrió la relación de finalidad del hombre con Dios. El fundamento de la existencia perdurable de los hombres no sólo tiene que ser persona, sino, además, alguna parte tiene que ser trascendente ya que al parecer el único Dios que a nuestro autor le parece concebible como verdadero Dios eternizador es el Dios cristiano, porque es uno personal, inmortalizador, padre de

¹⁰⁴ Ibidem, pp. 243

¹⁰⁵ Ibidem, p. 187

los hombres, a los que salva de la nada, los resucita y los hace hijos suyos en Cristo. Además, existe una relación filial con Dios, cuya personalidad divina permite el amor de Dios a sí mismo y a los hombres, ya que:

El Dios del que tenemos hambre es el Dios al que oramos, es el Dios del *Pater noster* de la oración dominical, el Dios a quien pedimos, ante todo y sobre todo, démonos o no de esto cuenta, que nos infunde fe, fe en Él mismo, que haga que creamos en Él, que se haga Él mismo en nosotros, el Dios a quien pedimos que sea santificado su nombre y que se haga su voluntad –su voluntad, no su razón- así en la Tierra como en el Cielo, mas sintiendo que su voluntad no puede ser sino la esencia de nuestra voluntad, el deseo de persistir eternamente.¹⁰⁶

Unamuno interpreta a la muerte como soledad, y esto es muy importante, ya lo hemos dicho, como el camino que conduce a la propia interioridad, y de ahí, a la interioridad de los demás. En la soledad no solamente se encuentra a uno mismo, sino a todos aquellos que padecen el abandono en el ser y el silencio de Dios, y muy especialmente a Cristo, en quien se conjunta la humanidad toda con Dios.

Sólo Él, en cuanto hijo de Dios, puede brindar una esperanza de salvación personal; garantiza la resurrección personal y la existencia de un Absoluto personal después de la muerte. El autor encuentra en la paternidad divina, tanto la garantía de la alteridad personal absoluta y necesaria que responde a la necesidad de supervivencia eterna, como la existencia del amor necesario para toda personalización posible.

3.4 Las pruebas de la existencia de Dios.

Como hemos podido constatar, Unamuno procede a base de convicciones personales, no de ideas; una de estas convicciones es la de que el Dios de los seres humanos se revela en el contexto de la muerte y el ansia de supervivencia,

¹⁰⁶ Ibidem, p. 183

tal como a él le sucedió en la crisis de 1897. Esto también ayuda a explicar por qué rechaza la validez de las pruebas de la existencia de Dios:

...las supuestas pruebas clásicas de la existencia de Dios, refiérense todas a este Dios-idea, a este Dios lógico, al Dios por remoción, y de aquí que en rigor no prueben nada, es decir, no prueben más que la existencia de esa idea de Dios.¹⁰⁷

Por las pruebas sólo se abarca a la divinidad despersonalizada, que puede animarse solamente si el ser humano proyecta en ella su propia personalidad. La razón no prueba que Dios existe; tampoco prueba que Dios no existe. Dado que nuestro autor no se resigna a eso, surge su postura ambivalente en ciertos momentos, ni de afirmación ni de negación ante el problema de la existencia de Dios.

No obstante se empeña en develar el misterio de la existencia divina en atención a la necesidad de eternidad y a la revelación de la soledad. Unamuno es racionalmente agnóstico pero sentimentalmente creyente y esto es lo que le hace admitir el argumento del consenso universal como una vía no racional para aceptar a Dios.

Unamuno afirma que el sentimiento religioso en los seres humanos es el sentimiento de la divinidad. Y así como todo depende del concepto que de Dios se forme cada quien, tal concepto depende, a su vez, del concepto de ser humano. Esto es así porque "el hombre ha ido a Dios por lo divino más bien que ha deducido lo divino de Dios".¹⁰⁸

Para Unamuno, el sentimiento y el concepto de Dios, son colectivos, sociales, ya que parten de la idea de que el hombre primitivo, al vivir en sociedad, se sentía en comunicación con la naturaleza, tenía conciencia del mundo y se imaginaba que éste tenía conciencia como él. De ahí se deriva su convicción de que lo divino es la

¹⁰⁷ Ibidem, pp. 183-184

subjetividad de la conciencia proyectada hacia fuera, es decir, que a partir de la no distinción entre lo objetivo y lo subjetivo, se encuentra el concepto de divinidad.

Dios, el Dios único surgió pues, del sentimiento de divinidad en el hombre como Dios guerrero, monárquico y social. Se reveló al pueblo y no a cada individuo. Fue el Dios de un pueblo, y exigió celoso, se le rindiese culto a él sólo. Y de este monocultismo se pasó al monoteísmo, en gran parte por la acción individual, más filosófica acaso teológica, de los profetas. Fue, en efecto, la actividad individual de los profetas lo que individualizó la divinidad. Sobre todo, al hacerla ética.¹⁰⁹

La razón se apoderó de este Dios único y tendió a convertirlo en idea, transformó al Dios sentido en idea de Dios. El Dios racional de la teología, al que se llega por las vías de la negación, no es más que una idea de Dios, y las supuestas pruebas racionales de su existencia, no prueban sino la existencia de la idea de Dios, lo que no ayuda a comprender mejor la existencia, la esencia y la finalidad del universo.

El autor afirma que la existencia se extrae de la esencia, y decir que Dios existe, sin decir qué es Dios y cómo es, equivale a no decir nada, pues al ir purificando a Dios de atributos humanos, es decir, finitos, relativos y personales, se desvanece, al menos para la racionalidad humana.

No es más concebible el que haya un Ser Supremo, infinito, absoluto y eterno, cuya esencia desconocemos, y que haya creado al Universo, que el que la base material del Universo mismo, su materia, sea eterna e infinita y absoluta. En nada comprendemos mejor la existencia del mundo con decirnos que lo creó Dios. Es una petición de principio o una solución meramente verbal para encubrir nuestra ignorancia. En rigor, deducimos la existencia del Creador del hecho de que lo creado existe, y no se justifica racionalmente la existencia de Aquel, de un hecho no se saca una necesidad, o es necesario todo.¹¹⁰

¹⁰⁸ Ibidem, p. 183

¹⁰⁹ Ibidem, p. 183

¹¹⁰ Ibidem, p. 184

El Dios racional tendría que someterse a una razón de ser de las cosas, la cual bastaría por sí misma, sin necesidad alguna de Dios, ya que esa razón estaría sobre Dios. El Dios lógico será, por tanto, un Dios activo y que se le conoce a través de su obrar: "Dios no puede ser Dios porque piensa sino porque obra, porque crea, no es un Dios contemplativo, sino activo".¹¹¹ Como vemos nuevamente, Unamuno admite a un Dios que se revela en la soledad en el que se cree por fe; al Dios humano se llega por el amor y el sufrimiento y no por la razón que al pretender definirlo, no hace sino limitarlo en la mente.

A diferencia de la incertidumbre, para Unamuno, la creencia significa la duda, pero no cartesianamente, es decir en función de que se existe porque se piensa, sino más bien porque se tiene la esperanza de ser feliz, de perpetuar la existencia, de trascender; esto es, "...la desesperación de un anhelo que garantice la eternidad de la conciencia que nos lleva a creer en Él".¹¹² Pero no lo hace de manera desinteresada, sino buscando es una esperanza, de algo que va más allá de la vida. Por ello, ante su propia pregunta de que si Dios existe, se responde:

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o por lo menos creo creer en él, es ante todo porque quiero que Dios exista, y después porque se me revela por vía cordial en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Es cosa de corazón.¹¹³

El ser humano será quien cree la imagen de Dios según sus conveniencias, lo que lo convierte en un Dios subjetivo; si requiere de un Dios creador, lo crea; si necesita de un Dios Padre, identificará a un Dios amoroso y protector, si necesita a un Dios que haya vivido como viven los humanos, creará a un Dios que tenga la condición humana.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 185

¹¹² *Ibidem*, p. 195

¹¹³ Unamuno, M., *Mi religión y otros ensayos breves*, Austral, Madrid, 1987, pp. 11-12

Para el autor, Dios siempre será personal y por lo tanto subjetivo. Sin embargo, y a pesar de todo esto, para Unamuno, la existencia de Dios siguió siendo un verdadero misterio. Querer encasillarlo en razones es producto de la propia impotencia como mortales. La descripción de Dios que cada quien haga, corresponderá a la visión que se tenga del propio ego.

Dios es alguien que crea, el que da vida, el que sueña:

¡Oh Señor, tú que sufres del mundo sujeto a tu obra
es tu mal nuestro mal más profundo y nuestra zozobra!

Necesitas unirme al infinito si quieres hablarme,
y si quieres te llegue mi grito, te es fuerza escucharme.

Es tu amor el que tanto te obliga bajarte hasta el hombre,
y a tu Esencia mi boca le diga cuál sea tu nombre.

Te es forzoso rasgarte el abismo si mío ser quieres,
y si quieres vivir en ti mismo, ya mío no eres.

Al crearnos para tu servicio buscas libertad,
sacudirte del recio suplicio de la eternidad.

Si he de ser, como quieres, figura y flor de tu gloria,
Hazte, ¡oh, Tú Creador, criatura rendido a la historia!

Libre ya de tu cerco divino por nosotros estás.
sin nosotros sería tu sino o siempre o jamás.

Por gustar, ¡oh, Impasible!, la pena quisiste penar,
Te faltaba el dolor que enajena para más gozar.

Y probaste el sufrir y sufriste vil muerte en la cruz,
y al espejo del hombre te viste bajo nueva luz.

Y al sentirte anhelar bajo el yugo del eterno Amor,
nos da al Padre y nos mata al verdugo el común Dolor.

Si has de ser, ¡oh, mi Dios!, un Dios vivo y no idea pura,
en tu obra te rinde cautivo de tu criatura.

Al crear, Creador, quedas preso de tu creación,
mas así te libertas del peso de tu corazón.

Son tu pan los humanos anhelos, es tu agua la fe;
yo te mando Señor a los cielos con mi amor, mi sed.

Es la sed insaciable y ardiente de sólo verdad;
dame, ¡oh, Dios!, a beber en la fuente de tu eternidad.

Méteme, Padre eterno, en tu pecho, misterioso hogar,
dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar.¹¹⁴

Pareciera ser que necesita creerlo, pero también le inquieta saberlo. El que sabe, tiene cierta jerarquía ante lo sabido, por ello es que Unamuno dota al hombre de una capacidad creadora que limita al Dios que quiere conocer o que pretende saber.

Ese Dios tiene que entender su obra y de ahí que justifique a Cristo como Dios, que se comprende en la persona de Cristo y es Cristo el que lo lleva al Padre, según vimos en el apartado precedente. El contacto de lo humano con lo divino se hace patente en la agonía de aquel Dios hecho hombre, que siendo perfecto tuvo que morir para redimir su obra.

Unamuno clama a un Dios vivo, que justifique su propia existencia para que quede así justificada la existencia de cada ser vivo, de cada ser humano. Por ello, cuando se pide misericordia y comprensión, se recurre al Padre, que es Dios. Dios es un Padre Eterno.

Se reconoce la astucia – por así llamarla-, de Unamuno, para crear este concepto de un Dios muy personal, ya que no se resigna a ver a Dios como dogma o como idea, sino que es firme en la postura del Dios creador, el cual sólo se comprende en la medida que se siente. Unamuno se ve envuelto en el Dios que él mismo crea y éste, aparte de ser creador, es también creado. La creencia en Dios, la basa en

¹¹⁴ Unamuno, "Salmos", Salmo tercero en: *Antología poética*, Porrúa, México, 1987, pp. 36-37

la personalidad y espiritualidad de cada quien, porque en ella está la idea de Dios que la persona necesita para vivir, no en pruebas externas de su existencia:

La fe en Dios nace del amor a Dios, creemos que existe por querer que exista, y nace acaso también del amor de Dios a nosotros. La razón no nos prueba que Dios exista, pero tampoco que no pueda existir.¹¹⁵

Pueden entonces identificarse dos causas por las que para Unamuno es inminente la existencia de Dios; por un lado, le permite a la persona intuir la forma en la que debe actuar para trascender en esta vida; por otro, lo que para el autor es aún más importante, porque así puede “conservar” la inmortalidad de su alma.

La existencia de Dios es verdad porque la siente la persona. Unamuno considera que la incredulidad de los ateos se debe a que ellos no sienten a Dios en sus vidas. Unamuno pone los sentidos al servicio del instinto de conservación, es así que, a Dios se le siente, y ese sentirlo lleva a cada quien a la verdad de creerlo. El Dios que se siente, es el Dios que se vive.

Y entonces según nuestro autor, -como hemos venido constatando, Dios aparece para que cada quien salve la propia subjetividad vital y pasional, tal y como lo afirma en su obra fundamental, *Del sentimiento trágico de la vida*. Ante la imposibilidad de demostrar la existencia de Dios, Unamuno insiste en que hacerlo racionalmente es muy difícil. Más que una necesidad racional de conocer a Dios, es una angustia vital la que lo lleva a crearle, por tanto, Dios es garantía ontológica necesaria en cada quien. Es simplemente querer que Dios exista, según se ha explorado:

Y la fe en Dios no estriba, sino en la necesidad vital de dar finalidad a la existencia, de hacer que responda a un propósito. No para comprender el *porqué*, sino para sentir y sustentar el *para qué* último, necesitamos a Dios, para dar sentido al Universo.¹¹⁶

¹¹⁵ Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida...* p. 158

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 159

En *Del sentimiento trágico de la vida* Unamuno considera que los ateos personalizan la Nada por su imposibilidad y falta de coraje para creer en Dios, y reprocha a los que consideran necesario inventar a Dios, si no lo hay. Porque Unamuno crea al Dios que necesita, más que inventarlo, y- esto es fundamental-, la diferencia entre inventar y crear a Dios, la marca el hambre de inmortalidad.

Hay también una clara diferencia entre creer en Dios y crearlo porque, aunque pareciera que todo ser humano puede crear al Dios que requiere, no es así. Es decir, hay quienes pueden crear a Dios para que los demás creen en él, y de allí surgen los conflictos en cuestiones de religiosidad; porque todos quieren crear para creer y no solo creer, lo que genera que ese Dios personal se manifieste en lo colectivo.

Carlos París, estudioso de Unamuno al que hemos venido siguiendo, se refiere a ese asunto señalando que el ser humano, necesita un acercamiento con Dios; su contacto con este Ser Supremo, se da a partir de sus aspiraciones y del bagaje de posibilidades que existe en su intimidad y su colectividad. Lo sentirá en la intimidad y recogimiento de su ser, y lo proyectará en la comunidad.¹¹⁷

Así pues, la religión católica, como se vio más arriba, no puede satisfacer las interrogantes del autor. De esta religión es criticable su interés por sólo creer en Dios; para Unamuno, no sólo basta creerle y menos en comunidad, pues de esa manera se pierde la propia intimidad que vincula y abarca a la conciencia, respecto de la suprema heterodoxia de Unamuno¹¹⁸

En la solución que la Iglesia Católica ofrece respecto a la trascendencia o eternidad, la conciencia de cada quien se aniquila, es decir, uno está siempre en la intención de llegar a Dios sin hacerlo de forma personal; sólo se es parte de una conciencia pero una conciencia universal, ya no la propia. Esto es lo que Unamuno no quiere, una inmortalidad colectiva, sino más bien una inmortalidad en la que

¹¹⁷ Carlos París, *Unamuno Estructura de su mundo intelectual*, Anthropos, Barcelona, 1989

¹¹⁸ Juan Carlos Moreno Romo "El de Bilbao y Salamanca, y todos todos nosotros. Unamuno y Nosotros, Anthropos, Barcelona, 2011

cada uno rescate su continuidad, pero libre de todos los males que en esta vida nos aquejan. No le complace esta idea de inmortalidad en Dios, porque no le garantiza verdadera, personal, inmortalidad. El Dios católico es para Unamuno un Dios de sociedad, y así lo plantea en su obra.

Como ya se exploró antes, para Unamuno, religión es una relación o unión íntima con Dios. Pero no puede ser confundida ni con la religiosidad tradicional, ni mucho menos con la superstición. Se ha señalado que para él lo verdaderamente importante es que la religión se erija como la unión con Dios en la cuál a Éste se le sienta como cada cual puede hacerlo; esta es la única religión necesaria.

Continuando con su idea, se trata de la relación íntima y personal con un Dios humano, vivo, que comprende el ansia humana, que tiene voluntad, y al que se le puede reconocer cuando se repite la oración del Padre nuestro, « *hágase tu Voluntad* » y a ese Dios se llega por medio del corazón, en el camino del sufrimiento y el dolor, y al cual se le empieza a amar sin conocerle necesariamente, a anhelarle y también a temerle. Y la forma de llegar a Dios es a partir de la existencia personal.

Afirmaciones como la anterior provocaron que a Unamuno se le tachara de hereje y que sus obras: *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*, quedaran insertadas en el índice de los libros prohibidos.¹¹⁹

Lo que interesa a Unamuno es un Dios que le garantice pervivencia personal y además que en esa otra vida pueda seguir teniendo conciencia de sí. Y no es precisamente el Dios del cristianismo ni el del catolicismo y sus dogmas el que Unamuno acepta, sino aquel Dios que al sentirlo como un Dios vivo, que se le pueda vivir.

3.4 Algunas reflexiones sobre el Cristianismo en Unamuno

¹¹⁹ Antonio de Pildain, Carta Pastoral. Cuaderno Gris. (Monográfico: Unamuno y Europa: nuevos ensayos y viejos textos/ Pedro Ribas. 2002. páginas 259-268

Como se ha venido exponiendo, la promesa de la resurrección que implica el cristianismo llevó a Unamuno a preguntarse por la posibilidad de considerarlo como la verdadera doctrina salvadora del no-ser, pero esto no estuvo exento de dificultades.

Unamuno se encontró con que dentro del cristianismo también se presentan el conflicto y la tragedia; en el corazón del cristianismo encontró una contradicción desgarradora, a la vez que revitalizadora. Porque Unamuno afirma el cristianismo no como una doctrina a seguir, sino como un valor del espíritu universal enraizado en el núcleo de la individualidad humana, con el consecuente conflicto entre lo universal y lo particular, entre el espíritu objetivo y la radical subjetividad de la vida misma:

Aquí estriba la tragedia. Porque la verdad es algo colectivo, social, hasta civil, verdadero es aquello en que convenimos y con que nos entendemos. Y el cristianismo es algo individual e incomunicable. Y he aquí por qué agoniza en cada uno de nosotros ¹²⁰

Quizá el conflicto desaparecería si se declarara que el cristianismo como valor universal sólo existe en tanto que está enraizado en la experiencia, pero como Unamuno piensa que el mundo de la experiencia sólo existe cuando está enmarcado en la objetividad, en los valores y en la universalidad, el conflicto persiste de todas maneras.

Los componentes universales y particulares del cristianismo coexisten en pugna; para ser verdadero debe ser universal y para ser experimentado debe ser individual. El cristianismo consiste en una serie de dogmas y una serie de experiencias personales en una obvia paradoja.

Unamuno presta especial atención a la antítesis existente entre los Evangelios y los dogmas de la iglesia, al conflicto entre el carácter intemporal de una doctrina

¹²⁰ La agonía del cristianismo, p. 16

religiosa y la temporalidad de la vida, así como al contraste entre el cristianismo social y el individual.

El cristianismo social intenta curar los males de la sociedad siguiendo las normas basadas en los Evangelios y en principios sociales desarrollados por las iglesias cristianas, en particular la católica, para tratar con los problemas sociales de la edad moderna, para lo que propone como base indispensable de la sociedad cristiana, el orden justo de la misma.

El cristianismo individual, en cambio, se propone resolver únicamente el problema de la conciencia individual; puede aparecer como una actitud ética o puramente religiosa, el intento por *imitar* a Cristo. El cristianismo social mata la cristiandad o cristianismo individual que es para el hombre solo, ya que este carácter solitario del cristianismo no puede perdurar pues solamente una sólida sociedad de cristianos puede perpetuar la actitud cristiana:

Y como sin civilización y sin cultura no puede vivir la cristiandad, de aquí la agonía del cristianismo. Y la agonía también de la civilización cristiana que es una contradicción íntima. Y de esa agonía viven los dos el cristianismo y la civilización grecorromana u occidental. La muerte de uno de ellos sería la muerte del otro. Si muere la fe cristiana, la fe desesperada y agónica, morirá nuestra civilización, si muere nuestra civilización, morirá la fe cristiana. Y tenemos que vivir en agonía ¹²¹

Unamuno se encuentra ante una situación desesperada, el cristianismo social mata a la cristiandad y ésta disuelve al cristianismo; solamente si ambas se abrazan en la lucha, la actitud cristiana puede ser vital. De ahí que el cristianismo deba luchar continuamente consigo mismo para poder sobrevivir. Y Unamuno plantea que el modo de vivir, de luchar por la vida y vivir de la lucha, es dudar.

La duda agónica de vida, supone la dualidad del combate. Por eso dice: "dudo, lucho, agonizo como hombre, como cristiano, mirando al porvenir irrealizable, a la

eternidad".¹²² Él encuentra que la duplicidad viene a ser la condición esencial de la agonía del cristianismo y de la agonía de la sociedad.

Sin embargo, el cristianismo, es una experiencia individual e incommunicable, solitaria, cuyo objetivo es hacerse un alma inmortal:

Todo cristiano para mostrar su cristianismo, su agonía por el cristianismo, debe decir de si mismo *ecce christianus*, como Pilatos dijo: `He aquí el Hombre'. Debe mostrar su alma cristiana, su agonía por el cristianismo, la que en su lucha, en su agonía del cristianismo se ha hecho.¹²³

Porque el cristianismo auténtico es el agónico, el que se esfuerza y arriesga por conseguir algo en combate; el que se esfuerza y lucha por conciliar sus contradicciones en torno a los grandes temas desprendidos de la conciencia de su existencia, de su creencia creativa de Dios y de su hambre de inmortalidad, vistas a través de la letra evangélica.

Lo anterior es así debido a que "agonía quiere decir lucha"¹²⁴ y los Evangelios no son sino el testimonio del sufrimiento de Cristo, que transmite su agonía al resto de la humanidad por la necesidad de creencia que se da en los hombres y no por fe dogmática. En los Evangelios se produce la primera y gran contradicción en torno al futuro de los hombres, a saber, la resurrección de la carne y la inmortalidad del alma.

Del conflicto entre el cristianismo como doctrina civil y la cristiandad como conjunto de individuos entregados individualmente a la salvación de su alma, Unamuno desprende uno de los aspectos de la agonía del cristianismo aunado al problema de la muerte y el anhelo de la inmortalidad. Y por otra parte, la entrada

¹²¹ Ibidem, p. 80

¹²² Ibidem, p. 22

¹²³ Unamuno, Ibidem, p.17

¹²⁴ Ibidem, p. 16

en la agonía del cristianismo se deriva de la dialéctica entre la razón y la fe, al ser aplicada al Dios-hombre que es Cristo.

En los Evangelios Unamuno encuentra el testimonio de un Dios-hombre que murió y resucitó para transmitir su agonía a quienes creyeron en Él. Pero no a los que creyeron por fe dogmática sino por fe agónica, por necesidad de creencia, como el mismo Cristo, quien a la hora de morir hubo de exclamar "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", y lo cual refleja lo mismo que el hombre siente ante el misterio de la muerte: que uno está solo. Y como señala nuestro autor, la vida es lucha: "Sólo se pone uno en paz consigo mismo, como Don Quijote, para morir."

125

Unamuno concluye que todo el esfuerzo del ser humano es precisamente brindar a la historia una finalidad humana, aboga por un "cristianismo social".¹²⁶

Reconozco que la lucha interna y externa hace más agudo hace más agudo el sentimiento religioso. Sin embargo, esta lucha religiosa es para construir y no para destruir. Observando que en la actualidad estos procesos de lucha interior cada vez se perciben menos frecuentes, me atrevo a concluir que probablemente se deben a evitar aquello que sería una de las finalidades de Unamuno: "... y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el pozo del corazón, angustiarlos, si puedo".¹²⁷

¹²⁵ Unamuno, *La agonía del cristianismo*, p. 19

¹²⁶ *Ibidem*

¹²⁷ Unamuno. *De la desesperación religiosa moderna*. p 24

CONCLUSIONES

*Procuremos más ser padres de nuestro porvenir
que hijos de nuestro pasado.*
Miguel de Unamuno

La obra de Miguel de Unamuno refleja la crisis filosófica de los inicios del siglo XX caracterizada por la contraposición entre lo racional y lo anti-racional. Unamuno intenta explicar por qué el ser humano está expuesto a las dicotomías razón-vida, logos-fe. Se mueve en la paradoja de creer en la duda, al tiempo de dudar de la creencia, y se propone probar el alcance de la eficacia tanto de la fe, como de la razón, sin lograrlo del todo. Desde este punto de vista, tanto la angustia como las paradojas que aparecen en sus escritos son un testimonio de que se ubicó como hombre y como –como vimos desde un principio-, en el espíritu y problemática de su tiempo.

Sus aparentes contradicciones demuestran una poderosa capacidad intuitiva para desentrañar los conflictos a los que se enfrentaba, aunque no llegara a resolverlos del todo. Además, asumió profundamente esas contradicciones ya que consideraba que la vida misma es, toda ella, una contradicción, comenzando con la dicotomía fundamental: vida y muerte. De ella surgió su planteamiento sobre la inmortalidad.

Otra de las contradicciones que enfrentó era la de llegar al conocimiento de la vida ya fuera a través de la razón o a través del sentimiento, para él, igualmente importantes. De esta contradicción precisamente surgió su filosofía, en la que ratifica su forma de ver a la vida, al ser humano y al universo; en una palabra, su manera de sentir.

Como ya se señaló desde el primer capítulo, Unamuno desarrolló su filosofía personalizando los conflictos filosóficos a los que se enfrentaba y llevándolos posteriormente a un plano universal en el que era posible proponer soluciones que, si bien en primera instancia eran para él, también eran de utilidad para todos

sus congéneres: a todos nos atañen tales conflictos. Por ello en su filosofía se encuentra cierta frescura; no toma los problemas filosóficos que la humanidad se ha planteado, sino que descubre y les va dando respuestas que pone al servicio de la humanidad.

En su manera de pensar y desarrollar sus intuiciones respecto al problema del ser, encontramos un verdadero compromiso con la verdad y con el sentido de la existencia. Unamuno busca respuesta a estas inquietudes a través de sus muy personales observaciones de los factores que integran la complejidad del ser. Una de las formas de manifestarlo, es a través de la poesía, en la cual establece una comunicación espiritual con el ser. Para él la filosofía y la poesía presentan aspectos complementarios del ser. Esto se debe a que la filosofía puede llevar a la poesía cuando se llega a la más honda intimidad personal y se enfrenta a la parte creadora del sujeto, impulsándolo a recrear la realidad. La poesía puede también llevar a la filosofía cuando se trata de profundizar en la revelación del ser y de contemplarlo más detalladamente.

Nuestro filósofo expresa lo que capta del ser bajo la forma de poesía y establece entonces su compromiso con la verdad, con la búsqueda sincera, aunque en ocasiones contradictoria, del sentido último del ser. En ello estriba su filosofía y esa fue la esencia su vida. En su vida y obra mantuvo la constante de presentar los dos extremos opuestos de las cuestiones que analizaba para después resaltar la importancia del término medio. Para él los pensamientos y las ideas no son relevantes en cuanto a sistemas racionalmente justificados, sino como elementos para expresar intuitivamente la vida, pues llegó a percatarse de las limitaciones filosóficas del pensador racional. Por ello planteó que la razón no es el único modo para conocer la realidad, y a través del aspecto sentimental y volitivo logró llevar las ideas a una vivencia personal. Esto permitió que el lector las pudiera hacerlas propias -no como meras fórmulas sino como vivencias personales-, y de esta manera ser impulsado a desarrollar su propio proceso filosófico.

Durante el proceso filosófico, es en el momento en el que el ser se descubre a sí mismo en sus dimensiones y límites, -es decir, toma conciencia de su propio problema-, cuando surge el cuestionamiento de la mortalidad y por consecuencia la pregunta metafísica. Fue precisamente el anhelo de la inmortalidad el que llevó a Unamuno a suponer una estructura ontológica previa, cuya naturaleza intuyó a partir de sus impulsos y anhelos de "algo" que no alcanzaba a percibir a través de la razón.

Unamuno aborda el problema del ser considerándolo como un sujeto existente capaz de colocarse fuera de sí en el mundo gracias a la conciencia; no puede existir un ser humano que no sea un "ser consciente en el mundo". Sin embargo, sus cuestionamientos respecto a la inmortalidad, aparecen ante la perspectiva de la muerte o de la inconciencia. Nuestro filósofo llega a estas consideraciones y conclusiones a través de dos vías: por un lado, la del sentimiento trágico de la vida, es decir, la manera agónica resultado de la autoconciencia, y su búsqueda de la supervivencia eterna como una afirmación de la propia personalidad. La segunda es una vía más contemplativa, y se basa en una expresión afectiva de la tendencia a la inconciencia, íntimamente relacionada con la experiencia de la soledad, y permite que el ser humano se encuentre a sí mismo y le de un sentido a su vida. Como se puede ver, estos dos aspectos se complementan y son igualmente importantes. En su concepción el ser contemplativo es la esencia y el ser activo, la existencia que permite al ser vivir plenamente, en espera de la inmortalidad.

El misticismo de Unamuno y el hecho de haber perdido su fe a raíz del racionalismo y de sus propias crisis, fueron los factores que lo condujeron a estas dos maneras del ser y del saber; que si bien pudieran ser complementarias, en innumerables ocasiones se contraponen y ocasionan una total incertidumbre. En repetidos momentos de contemplación en los que Unamuno rechaza la agonía, se entrega totalmente al Todo, a Dios, sin que por ello desaparezca su conciencia respecto al ser agónico.

Para Unamuno – y esto es central en sus aportaciones-, la filosofía es un medio para intentar comprender al ser humano y el misterio de la vida; esto es posible a través de la soledad, y de esa manera llega a la fundamentación del ser a través del individuo como ente fundamental e irreductible. El autor presenta la expresión poética como una posibilidad humana fundamental; separó la filosofía de la ciencia y la acercó a la poesía, a la literatura, a la moral y a la mística, a la vez que la confrontó con la religión. Sin embargo, a pesar de este gran avance filosófico, el autor no llegó a reconocer la necesidad de una segunda reflexión que aclarara ese primer contacto con el ser. Probablemente a eso se deba que sus convicciones se encuentran entre una visión panteísta de la realidad, y una plenitud de la personalidad propia bajo la paternidad de Dios, sin llegar nunca a distinguir con toda la precisión un punto de vista de otro. De la misma forma se negó a aceptar la posibilidad de una respuesta definitiva y total al problema de la existencia, ya que para él esta respuesta sólo se encuentra en el interior de uno mismo.

Nuestro autor sostiene que la pura vida terrena o la permanencia como un simple recuerdo en la mente de los demás, no puede satisfacer necesariamente todos los anhelos del ser humano; el afán de salvación personal y la vida terrena, mueren igual que él mismo. Por ello considera que quien desee salvarse debe buscar algo que esté fuera del tiempo y del espacio; y fuera del tiempo sólo puede estar la eternidad, el fundamento mismo del tiempo.

De ahí que Unamuno plantee la cuestión de Dios como el fundamento último; cuando la filosofía no le es suficiente para encontrar una explicación, propone a la fe, quizás como una salida desesperada pues representa uno de los puntos más dolorosos de su vida angustiada. Tanto en la filosofía, como en la poesía, Unamuno encuentra elementos que le ayudan en su proyecto personal de insuflarle un sentido a la existencia; en ciertos aspectos una de ellas es más satisfactoria que la otra y en otras ocasiones, viceversa.

En la soledad, y gracias a la autoconciencia que en ella se genera, el ser humano puede descubrir su propio yo. A diferencia de los datos que proporciona la razón, la soledad revela que la conciencia no se agota en la autorreflexión, sino que implica una proyección más allá de sí misma para fundamentar su propio ser, ya que la razón es insuficiente para garantizar la inmortalidad personal. Los seres se encuentran en un mundo al que se le da un significado, es decir, el mundo de las personas y las cosas, con el cual las personas ansían comunicarse. De ahí la imposibilidad de encontrar un yo verdaderamente aislado o de conocer al ser humano desligado de la totalidad de sus relaciones.

Como se ha podido apreciar en el desarrollo de este trabajo, para Unamuno, la soledad significa toda una experiencia ontológica que puede proporcionar acceso al propio ser, y mediante la cual se puede identificar no sólo el sentido de la vida, sino también su finalidad. Pero para poder entender el sentido de la propia existencia, es necesario considerarla en su totalidad; en ella cada una de sus partes también tendrá su sentido propio, siempre y cuando no se haga de una parte, el todo. Ese sentido se descubre en la experiencia de sí mismo, es decir de comunicarse consigo mismo, pero también puede llegar a través de alguna experiencia que revele una conexión espiritual derivada de la realidad particular. Por ello, el sentimiento de soledad permite no sólo cuestionar la existencia, sino que conduce a la intuición de la totalidad de dicha existencia de acuerdo con sus propiedades y necesidades, tales como búsqueda de la inmortalidad, que no es sino una necesidad de ser. La soledad, según Unamuno, implica una auténtica intuición de la propia condición ontológica, no sólo en el sentido de que constituye un rasgo esencial de la existencia, sino de que en ella se revela el sentido de su totalidad. Por eso es importante no perder de vista el aspecto no agónico de su pensamiento.

A nuestro autor le fue necesario abocarse a la estructura total del ser personal para rebasar los aspectos meramente psicológicos de la existencia y encontrar el fundamento ontológico que tanto le preocupaba. Gracias a la soledad, Unamuno

descubrió en el ser personal un elemento de totalidad que va más allá de la autoconciencia y que le permitió ubicarse en el terreno metafísico. Se trata de aquello por lo cual cada quien puede vivir "en sí", sin confundirse con los demás, e independiente de ellos, en el sentido de tomar posición frente a la propia vida, según se le conceptualice a través de la soledad. Pero al mismo tiempo, se mantiene una estrecha relación con los demás, en cuanto que la vida personal no se agota en la autocomprensión, sino que incluye la comprensión humana global.

El elemento de plena autonomía, no es sino la intimidad más radical que descubre a las personas como sustancias concretas, existentes en sí mismas, no parcialmente, sino en forma total. Esto quiere decir que el ser personal no es un accidente, ni es la parte de un todo, sino que es una de las participaciones de la unidad. De ahí se deriva la afirmación de Unamuno de que tanto más es uno mismo cuanto más separado está de los demás. De ello deriva también que el ser personal implica un elemento de totalidad y plena autonomía -que se expresa como falta de comunicación y se vive como soledad-, y por otro lado, un elemento de trascendencia que se expresa como comunicación y se vive como amor. En ese amor, Unamuno encuentra la superación de la disyuntiva individuo-sociedad que se manifiesta constantemente en las personas. Mediante el amor, se trasciende los datos objetivos propios para alcanzar al otro en su intimidad radical, la cual no consiste sino en contingencia, tendencia al otro, o llamada a su subjetividad.

Todo esto significa que en el ser personal, la capacidad de autoconciencia es el núcleo del juego recíproco entre la interioridad y el mundo exterior de las cosas y las personas. Con esto se supera el riesgo de caer en el vacío de la pura autorreflexión consciente. De ahí que Unamuno reconozca en el ser personal la capacidad de autodeterminación como dominio de sí mismo, y de comunicación como consecuencia de la trascendencia. Se remite a la soledad porque hace patente la problemática de la existencia, del propio destino. También le revela la necesidad de la afirmación del ser, el mundo de los valores y la existencia de las dimensiones ética, estética y religiosa, cuestiones que sólo se explican porque la

persona cuenta con un nivel de tipo trascendente. Unamuno, ya se ha insistido, propone la soledad porque a través de ella se identifica una unidad personal que permite la unificación con otros seres cuya realidad se presiente.

La soledad remite a la trascendencia, porque en la medida que lleva al ser humano a tomar conciencia de lo anterior, propicia la preocupación por el ser. Si esto preocupa a la persona, es porque la aspiración a un fundamento trascendente para el ser, no es un simple anhelo, sino la manifestación de un impulso surgido de la profundidad del propio ser, que puede interpretarse auténticamente como un llamado a la concientización de la exigencia ontológica. Esto representaría una necesidad de plenitud que no va de acuerdo con un mundo sistematizado, funcional, ni con la monotonía de una sociedad donde los seres humanos se presentan cada vez más simples y menos cercanos unos de otros. Por medio de la soledad, Unamuno entra en contacto con una intencionalidad ontológica del ser consciente que no se agota en la relación social con los semejantes, ya que por la misma condición de ser, se buscan dimensiones más profundas. Lo que confirma que además de la autoconciencia, Unamuno intuyó en el ser personal una actividad no consciente de la cual emergen los actos y frutos de la conciencia humana. Quizá por eso no se conformó con los raciocinios en contra de la inmortalidad del alma y prefirió una vía de acceso al ser que no se atuviera a las leyes de la lógica, sino que se refiriera más directamente a la intimidad con el ser, sin que la considerara menos verdadera o menos válida por su carácter irracional.

Por ello, para Unamuno, hacer metafísica es algo que surge de la esencia más profunda del ser humano, es una necesidad que hace que este "sea", ya que se manifiesta no sólo en la filosofía, sino también en la religión y en el arte. Esto es fácilmente observable en la obra literaria y poética del autor. En esa experiencia metafísica surge algo que conmueve a la persona a tal grado, que la impulsa a buscar experiencias que la contacten con lo sublime. Y aquí es en donde se muestra la unión entre el humano de carne y hueso del que habla el autor, y la trascendencia ontológica; en otras palabras, se pasa de la cotidianidad de la vida

diaria, a un abrirse a aquello que está detrás o sobre esta vida, y que además se revela como el sentido de la misma.

Lo anterior significa abrirse a la trascendencia desde una experiencia fundamental, de la que surge el deseo de comprender esa realidad, deseo que es una necesidad metafísica que surge como una urgencia. Esto es lo que Unamuno quiere dar a entender cuando propone la soledad como un camino hacia la trascendencia. Sin embargo, en la búsqueda de esa trascendencia, nuestro autor encuentra que cuando las personas están a punto de comprender al ser en cuanto a tal, éste se vuelve incomprensible, y la única posibilidad de seguir siendo fieles a sí mismas es, precisamente, un acto de fe en la trascendencia.

Desde la soledad Unamuno deja de considerar a la conciencia como el fundamento último de la propia existencia para pronunciarse por una intimidad diferenciada que encierra todas las acciones y estados conscientes que comprenden a las personas de manera individualizada. Sus argumentos contra el aislamiento, indican la necesidad de trascender la autoconciencia para no reducir la existencia a un puro contenido de la conciencia. Lo anterior se supera al percatarse de que sólo se puede volver sobre uno mismo y descubrirse como intimidad en función de una exterioridad que ya no es uno mismo, pero en la que necesariamente está uno inmerso. La experiencia de la soledad no es sino una vuelta sobre la propia intimidad, que tiene que ver con una disposición básica en uno mismo y que va del hermetismo a la apertura. Quedarse en el hermetismo es pretender sustituir lo absoluto por lo relativo, ya que en ese caso no se acepta más que la conciencia propia como fundamento de la existencia, lo que no satisface al autor como una esencia del propio ser. La apertura, por lo contrario, provoca una profunda transformación interior, pues muestra la posibilidad de un fundamento más allá de la propia finitud; se trata del reconocimiento de un orden de ser superior e incondicionado gracias al cual se trasciende el aislamiento, pero que resulta inaccesible mediante la pura razón. Unamuno insiste en la importancia de lo afectivo, porque la apertura ocurre cuando en la soledad se siente la insuficiencia

de uno mismo para poderse autofundamentar ontológicamente, es decir, en cuanto se reconoce que es indispensable un fundamento ontológico superior.

Unamuno, lo hemos visto desde diferentes perspectivas, considera que la soledad es la experiencia que actualiza en cada quien la pregunta fundamental por el ser, y convierte el acceso al fundamento íntimo de cada quien en un acontecimiento sustancial de la existencia; nunca pudo considerar la existencia del ser personal con independencia de la conciencia. Surge de ahí la dificultad para acceder a una ontología rigurosa y su pronunciamiento por la fe. La apertura que descubrió en la soledad indica su aceptación de que tanto su naturaleza como el prójimo y la propia existencia personal, lo afectan a pesar de ellos mismos. Por ello, la vivencia de cada quien muestra el propio modo de ser y se encuentra por encima de la propia conciencia. Además, en esa experiencia de la soledad, Unamuno alcanza a percibir la revelación de Dios no simplemente como un ser, sino como ser personal absoluto que responde a la condición personal de cada quien, una condición finita e imperfecta. De la misma forma, ahí es en donde se manifiesta la forma de ver la plenitud del ser, y por eso exige que exista aquello que satisfaga la insuficiencia propia y la tendencia natural hacia el ser. Aquí es en donde el autor logra establecer la unión con la religión; en el afán de inmortalidad, que no es más que el anhelo de seguir siendo personas y que se garantice la existencia del yo en cuanto a tal.

Unamuno plantea la existencia humana en términos que van más allá del aspecto psicológico para referirse al ontológico, ya que sostiene que del encuentro profundo entre los seres, puede surgir la verdadera comunidad que supere el aislamiento; no se refiere a dos existencias por separado, sino a aquello que las trasciende a ambas y se cierne entre las dos. Esto no sería ni el aspecto individual ni el social por separado, sino más bien sería algo diferente que los englobe a ambos, es decir la dimensión personal. A través de ella Unamuno va desde el hombre concreto hasta un Dios personal como fundamento de su existencia. Es importante señalar que la participación amorosa que se desencadena de la relación

yo-tu, no es un sentimiento empírico sino una atracción hacia el otro que revela la trascendencia. En este punto es en donde Unamuno encontró la pauta para no quedarse en el ser simplemente como fundamento último, y proponer la existencia de un Dios con un cierto modo de ser.

El amor lleva a la persona más allá del ser que ama pues al revelarse al otro como tal, como otro, está revelando su subjetividad a la vez que su propia insuficiencia, puesto que depende del sujeto al que se le revela. Por eso, para Unamuno Dios y el hombre se crean mutuamente. Al no encontrarle una explicación racional a todo ello, Unamuno descubre un acceso a la fe a través del amor y la soledad, ya que ahí descubre el llamado a la intersubjetividad, el reconocimiento de uno mismo como insuficiente. Por ello, se exige una respuesta que apunta a un nivel superior. El "hambre de inmortalidad" que plantea Unamuno da respuesta a ese nivel superior, es la aspiración a la trascendencia, aunque se desconoce todavía el fin hacia el que tiende. Unamuno llega a sugerir que la existencia del propio yo no se puede demostrar estrictamente, sino que se revela en intuiciones vividas. La experiencia de la soledad viene a ser una de ellas.

La soledad implica una aproximación concreta al misterio del ser personal que se capta a sí mismo en su distinción individual, pero esencialmente abocado hacia lo que no es él mismo. De ahí la imposibilidad de afirmarse como personas sin afirmar al mismo tiempo aquello que está más allá de uno, no sólo en cuanto a individuos, sino en cuanto a colectividad, es decir, esa realidad que preside todas las iniciativas, pues es a la vez el principio y el fin de cada quien, es Dios. Aunque Unamuno no lo fundamenta racionalmente, si llega a la intuición de la soledad no como algo puramente individual y circunstancial, sino como un rasgo del género humano.

Cuando la persona apela a Dios en la subjetividad, pone de manifiesto la propia finitud y vulnerabilidad. La posibilidad de la nada hace que el ser humano se sienta amenazado en su propio ser e indefenso ante la vida y sobre todo ante la nada, ya

que no cuenta con elementos para combatirla. De ahí surge la necesidad de crearlos, es decir de crear a Dios. Esto será posible en la medida en la que el amor permita que el otro participe en la subjetividad de uno mismo, de tal manera que se percibe que la propia soledad se convierte en una co-soledad que le da sentido a uno mismo como tal, como insuficiente, imperfecto, vulnerable, ya que supone una especie de plenitud de ser. La sensación de no sentirse solo, pudiera ser la mejor prueba del amor, pues en ella se suscita una especie de intercambio entre sujeto y sujeto.

Una vez que Unamuno aceptó el orden de lo trascendente, aceptó también que el amor ordena de modo universal a todos los seres, ya que desde el amor, la comunicación trascendente adquiere nuevas dimensiones hasta alcanzar la forma suprema con el Tú Absoluto. Pero esto, ya no atañe a la razón, sino al ámbito de la fe. La experiencia de la soledad para Unamuno tiene dos raíces: una que proviene de que la esencia de uno se inclina hacia el Ser Infinito, y la otra, de que Dios oculta su presencia a los hombres y sólo se comunica con ellos como ausente, es decir a través del silencio. Esto significa que la aparente plenitud que le brinda al hombre la naturaleza, despierta en éste la ambición por una plenitud total, que Unamuno interpreta como el "eterno afán de la inmortalidad" y que culmina en el Tú Infinito, silencioso, que no responde. En oposición, cuando Unamuno se refiere al silencio de la soledad, lo hace como "poder callar", es decir, dejar de luchar y disponerse, abrirse para esperar la intervención de Dios en ella. Esto resulta difícil, pues supone depositar la confianza en alguien cuya existencia no es evidente, por lo que implica un momento doloroso en el que Dios no se presenta, pero además surge el temor de que no lo haga, dejando a los seres humanos completamente abandonados ante el vacío de la nada.

Después de atravesar por varias crisis religiosas y a pesar de que el ambiente de su época le exigía pruebas de la existencia de Dios, Unamuno llegó a aceptarlo porque a partir de la experiencia de la soledad sintió la necesidad de recuperar los lazos que unen a los hombres con Dios, quizá por haber intuido ciertos indicios de

la existencia de dichos lazos. En la soledad Unamuno descubrió una manifestación de la inclinación de la conciencia hacia el ser, como una exigencia de eternidad, ya que se trata de una experiencia que tiene una connotación de abandono, es decir, de la ausencia de alguien que debería responder a la invocación de cada quien. Este alguien no se experimenta únicamente como un "no-yo" impersonal, sino como la ausencia de una persona que podría ser la Persona Divina. No se trata sólo de trascender los límites individuales en busca de un fundamento relativo, sino los límites del género humano en cuanto a individuo colectivo que, por su finitud y vulnerabilidad, requiere de un fundamento absoluto.

Por lo anterior, se puede afirmar que la experiencia de la soledad ofrece elementos existenciales que despiertan en los seres humanos una exigencia fundamental de trascendencia, un llamado hacia ser auténtico, que comienza por la revelación de la falta de plenitud propia. Y se convierte en una exigencia fundamental porque no surge del exterior, sino todo lo contrario; desde la más profunda de las intimidades surge el cuestionamiento respecto a la propia existencia. Al reconocer únicamente la existencia del hombre concreto, Unamuno identifica la necesidad de ir más allá de uno mismo para fundamentar la existencia concreta, buscando aquello que está por encima de toda naturaleza, de aquello que trasciende y que sería la verdadera esencia. Por ello, también sugiere una fundamentación metafísica de los principios que se encuentran en todo ser. Sin embargo, por las dificultades que enfrentó para distinguir entre conciencia y ser, no dio mayor importancia a la metafísica para llegar a resolver el problema existencial humano, y sólo pudo proponer la fe como posible opción a la trascendencia.

Unamuno señala la aspiración de los seres humanos a la totalidad, lo que representa cuestionarse respecto a su propio ser; la respuesta es que con la inteligencia racional se pueden elaborar conceptos que satisfacen algunos deseos de universalidad. Lo que no acepta es que la universalidad se explique por sí misma; aduce que necesita estar fundamentada en algo permanente, lo cual no se encuentra en uno mismo, sino que lo trasciende. Por todo ello, Unamuno nunca

pretendió analizar sistemáticamente sus intuiciones, aunque si se ocupó de transmitir sus conclusiones a través de su poesía y de sus "Monodialogos". Lo que hizo nuestro autor fue expresar sus intuiciones desde una perspectiva filosófica.

Como se mencionó antes, quizá resulte criticable que nuestro autor haya elevado su problema particular y personal a un nivel universal, pero también es justo admitir que al hacerlo señaló intuiciones esenciales que nos atañen a todos, tales como la preocupación por el sentido de la propia existencia, punto central desde el cual desarrolla toda su obra filosófica. Por otra parte, una de sus grandes aportaciones es haber intentado concientizar al ser humano de que las respuestas jamás vienen del exterior, sino que cada quien debe acudir a su más profunda intimidad para encontrarlas. Lo que Unamuno pretendía era activar la necesidad de que las personas se cuestionaran ese sentido de búsqueda y que lo convirtieran en una urgencia y en una prioridad de sus vidas.

Por todo ello se puede considerar que Unamuno está en lo correcto al plantear que la experiencia de la soledad constituye un aspecto fundamental para responder a la pregunta filosófica respecto al sentido de la propia existencia, ya que actúa como una intuición original que permite dar una explicación a la misma. Esta respuesta sólo puede darse después de un enfrentamiento de la persona consigo misma y no a través de un raciocinio lógico. Es posible concluir entonces que la soledad es una fuente vital para el cuestionamiento filosófico, pues en ella se revela la experiencia de la existencia mediante la separación de las circunstancias que lo rodean a uno. Sin embargo, al final, parece que la única respuesta que Unamuno encuentra a todo el planteamiento filosófico del sentido de la vida, es el de la existencia de un Dios a través de un orden en la vida y de su amor. Cuando la persona se encuentra ante una encrucijada sin respuestas, necesita vivir una experiencia religiosa que resulta, cualquiera que ésta sea, un misterio, que le permite abrirse a muchas posibilidades, ya sea en su vida personal, o en el mundo en el que se mueve; o quizá aún en otro, más allá de su entendimiento.

El deseo de la persona de acercarse, aunque sea por algún instante, a ese otro mundo, no es más que su necesidad metafísica que lo orienta hacia Dios. Por ello, el autor afirma que ese Dios se convierte en algo "sensible" en la intimidad más honda, que no es más que la intensa, profunda soledad, que es la que re-liga o acerca al hombre a Dios. La soledad llega a constituir el significado de lo metafísico en la persona, en donde se evidencia un modo de ser humano, una situación radical en la que es posible reconocer la propia naturaleza y limitaciones, las cuales el autor solamente puede comunicar a través de su poesía.

Así, por ejemplo, en el canto siguiente expresa la inevitabilidad de la muerte, y su espera llena a la vez de temor y esperanza:

"Vendrá de noche"

Vendrá de noche cuando todo duerma,
vendrá de noche cuando el alma enferma
se emboce en vida,
vendrá de noche con su paso quedo,
vendrá de noche y posará su dedo
sobre la herida.

.....

Noche ha de hacerse en cuanto venga y llegue,
y el corazón rendido se le entregue,
noche serena,
de noche ha de venir... ¿él, ella o ello?
De noche ha de sellar su negro sello,
noche sin pena.
Vendrá la noche, la que da la vida,
y en que la noche al fin el alma olvida,
traerá la cura;
vendrá la noche que lo cubre todo
y espeja al cielo en el luciente lodo
que lo depura.
Vendrá de noche, sí, vendrá de noche,
su negro sello servirá de broche
que cierre al alma;
vendrá de noche sin hacer ruido,
se apagará a lo lejos el ladrido,
vendrá la calma...
vendrá la noche...

Fragmentos, de *Romancero del destierro*, 1927
(Unamuno M., Antología poética, Porrúa, 1987, pp.285-286)

En su obra Unamuno ha dejado muy claro que a través de la vida, se viven experiencias fundamentales, determinantes, que serán las que marcan precisamente la forma de vivir. Esas experiencias permiten acceder, aunque sea de manera momentánea, a una visión, a una ráfaga de luz, que hacen que las personas se cuestionen respecto a su destino, a la forma de plantearse su propia vida, su sentido, y también la propia muerte.

En mi opinión, lo más importante de este planteamiento, es que ya sean unas u otras, las experiencias que marcan a la persona, no son ajenas a nadie, sino parte de un fondo humano común; y que la soledad está tan ligada a la propia existencia, como la vida y la muerte. Cuando ambas se le revelan al humano, le permiten ver con mayor claridad cuál pudiera ser ese sentido de la vida y la orientación que le debiera dar a la misma, más allá de las comodidades de la cotidianidad y el modo de ser común. Comprometerse y hacerse cargo de ese sentido que ha descubierto, por difícil que así parezca, requiere de gran valor, y también de constancia. Unamuno mismo es un ejemplo de este compromiso, y de la trascendencia e inmortalidad que logró al seguirlo, y por supuesto, al expresarlo con la fuerza que caracterizó a su poesía, en gran medida también, filosófica.

"Al partir"

Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo.
Buscadme, si me os pierdo,
en el yermo de la historia,
que es enfermedad la vida
y muero viviendo enfermo.
Me voy, pues, me voy al yermo
donde la muerte me olvida.
Y os llevo conmigo, hermanos,
para poblar mi desierto.
Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos.

Aquí os dejo mi alma –libro,
hombre-, mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en ti vibro.

Fragmento, en *Cancionero. Diario Poético*. (1953)

(Ibidem, p. 331)

ANEXO 1

UNAMUNO EL HOMBRE

Para comprender el sentido de la obra de Unamuno, es preciso conocerlo como hombre, como escritor, y en particular, como filósofo. Aunque no es el propósito de este trabajo, es importante echar una rápida ojeada biográfica a nuestro autor, sobre todo porque para él, precisamente, su filosofía es fruto sentido de su vida.

En las más de las historias de la filosofía que conozco se nos presenta a los sistemas como originándose los unos de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron ocupa un lugar secundario. Y es ella, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica¹²⁸

Miguel de Unamuno nació en 1864 en Bilbao España, en un ambiente familiar católico, particularmente tradicional en el territorio vasco, y muy exigente. Esta influencia será determinante a lo largo de toda su vida, de diversas maneras. Quedó huérfano de padre a los seis años, por lo que su segunda infancia transcurrió en el ambiente de un hogar de viuda. Aunque frágil, no era un niño enfermizo, pero si taciturno y algo melancólico, características que lo acompañaron casi hasta el final de sus días.

Su infancia transcurrió en el marco de las formas culturales propias de la España de la Restauración, es decir, católica, conservadora, tradicionalista, de vida familiar rígida, dentro de una comunidad sometida a una rutina de pre-establecida. Sin embargo, una experiencia dejó una huella imborrable en su alma infantil; la guerra, el sitio de Bilbao por las tropas Carlistas. A partir de ese momento, pareciera que Unamuno tuvo una percepción trascendente, global, de su vida y de un papel en la historia. Comenzó a reconocer su propia vida dentro de un conjunto

¹²⁸ Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 7

mayor, a buscar su significado, a cuestionarse más allá de las limitadas fronteras de su entorno local.

La guerra modificó la rutina de su vida e hizo que los lazos familiares se estrecharan debido a la ansiedad y el miedo en el que se vivía; las escenas de violencia y de muerte quedaron grabadas en su mente y en su corazón; éstas marcaron su estilo literario en todos los géneros que exploró; ensayo, novela, poesía, periodismo, teatro.

Cuando cursaba la secundaria Unamuno vivió las primeras experiencias religiosas profundas que también determinaron su vida. Muy joven enfrentó la disyuntiva entre ser santo, y por otro lado, unir su vida con Conchita Lizárraga, al parecer su primer y único amor. Él mismo hace esta confidencia en una carta a su amigo J. Ilundian:

Hace muchos años, siendo yo casi un niño, en una época que más imbuido estaba del espíritu religioso, se me ocurrió un día, al volver de comulgar, abrir al azar el Evangelio y poner el dedo sobre algún pasaje, y me salió éste: "Id a predicar el Evangelio por todas las naciones". Me produjo una impresión muy honda y lo interpreté como un mensaje de que me hiciese sacerdote. Más aún ya que por aquel entonces a mis quince o diez y seis años estaba en relaciones con la que hoy es mi mujer, decidí tratar de nuevo y pedir aclaración. Cuando comulgué fui a la casa, abrí otra vez y me salió este versillo, el 27 del capítulo IX de San Juan: Respondiédles, yo os lo he dicho y no habéis entendido, ¿por qué lo queréis oír otra vez? No puedo explicar la impresión que esto me produjo ¹²⁹.

Como era de suponerse dado el temperamento de Unmuno, tomó muy en serio este suceso y su vida no recobró equilibrio más que bajo el signo de un apostolado laico, apoyado siempre por su mujer. Pero antes de que esto se definiera, en 1880, se trasladó a Madrid para ingresar a la Universidad donde tuvo una

¹²⁹ Serrano Poncela, S., *El Pensamiento de Unamuno*, FCE, México, 1953,2ª. Reimpresión 1978, p.15

impresión que lo deprimió, en comparación con la luz que él veía en su provincia vasca. Sin embargo, gracias a ello, sus inquietudes intelectuales pudieron encontrar respuesta en el contacto directo con figuras intelectuales y políticas, como Pérez Galdós, Castelar, Giner de los Ríos, Valera, Pi, Margall, Clarín, entre otros.

En esos cuatro años que permaneció en Madrid, se enfrentó a varias crisis de valores, en especial religiosos. El primer año en la universidad trató de defender su religiosidad por medio de la fidelidad a sus prácticas espirituales. Recurrió a estudios académicos que consideraba necesarios para fundamentar su fe, pero lejos de hacerlo, sus hallazgos lo convencían de que las ideas que profesaba eran algo obsoletas, además de que tales estudios no le proporcionaban las respuestas que necesitaba; al contrario, cada vez lo alejaban más de aquello que nuestro autor estaba buscando.

Como señala Serrano Poncela, al querer dar fundamento racional a su fe, la pierde. Como debido a su crianza llevaba a Dios en lo más profundo, sentirlo era más un acto reflejo que una creencia. No necesitaba ser creyente, pero cuando va al mundo tiene que luchar y sus energías y sentimientos morales desfallecen, siente cansancio y que el mundo le devora el alma. Su antigua fe católica -en apariencia incuestionable aunque en el fondo normal cede ante el ansia de saber (su filosofía, su amor a la sabiduría) y su necesidad de ubicarse en la historia.

Aunque le aterra el casamiento como fórmula social, se une con Concepción Lizárraga -su Concha, su "costumbre"-, como le decía. Establece con ella una relación firme, sin demasiada ilusión romántica. Dicen sus biógrafos que se sentía un poco padre y un poco hijo de su esposa.

"Tengo el matrimonio por cosa seria y mi espíritu de cuáquero lo acepta como el mal menor del mundo, dispuesto a toda su prosa. Ella es una flauta casera y yo un oso casero; resultará todo bien"¹³⁰

En un primer esfuerzo trató de racionalizar la fe, buscando conocer el contenido de la ley y el dogma: esto lo alejó aún más de ella, hasta que acabó perdiéndola. Esto hizo que se refugiara en pensadores y filósofos como Hegel, Spencer, Comte, Leopardi, Carducci, Woodworth, Coleridge. Se llegó a comportar como un auténtico racionalista, positivista y científicista, llegando a una especie de ateísmo teórico.

Es entonces que se identifica y después forma parte de la *Generación del 98*. Con los representantes de esta generación tiene en común una serie de características, formas de ser, vivir y convivir, pero a la vez mantiene una experiencia muy diversa y personal. También Pascal, Kant, William James, Ibsen y Kierkegaard ejercen honda influencia sobre su pensamiento. Con este último le hermana un estrecho parentesco espiritual. Pero nuestro autor, que llegó a ser el rector de la Universidad de Salamanca era, además de filósofo, poeta, novelista, dramaturgo, ensayista, digno representante del saber enciclopédico.

Hay quienes afirman que Unamuno era totalmente indiferente en materia religiosa, un astuto actor y, sobre todo, un hombre que se interesaba en los problemas religiosos, existenciales y filosóficos tan sólo estéticamente. Hay en sus obras demasiado calor, y hasta fuego humano, para creer que se trata únicamente de posturas estetizantes. Cualquiera que fueran sus dudas, nunca se le calmó el dolor del misterio. Tenía -como el estudioso Hernán Benítez ha expresado con acierto- corazón católico y mente protestante.

Miguel de Unamuno era, en apariencia, un intelectual frío, austero, mordaz. Pero quienes le conocieron íntimamente constataron su ternura sutil, su sentido de justicia y su gran amor por la humanidad. Era un cordero al que le gustaba disfrazarse con una piel de león. Tanto se escondía de los demás que a veces no se encontraba él mismo.

En 1884, cuando regresó a Bilbao todavía como ateo, se dedicó a impartir clases mientras se preparaba para alcanzar un puesto académico que le permitiera mejores condiciones de vida y así poder casarse. Pero su libertad de pensamiento, a pesar del reconocimiento a su saber, hizo que sólo hasta 1892 obtuviera una cátedra de griego en la Universidad de Salamanca, misma que supo alternar con la docencia privada y con su labor periodística. De 1892 a 1900, fue una etapa de grandes inquietudes intelectuales e intentos de producción. Se orientó temporalmente hacia un socialismo de tipo anarquista y colaboró con el diario *La Lucha de clases*.

En 1895 aparecieron sus primeros libros: *Paz en la guerra* y *En torno al casticismo*, los cuales, aunados a la intensidad de sus clases en la universidad, le fueron trayendo fama. A pesar de ello fue deliberadamente "mal profesor" según los criterios del momento, pues no le interesaba tanto transmitir conocimientos como incitar al prójimo e inquietarlo con paradojas que le llevaran a una búsqueda personal de la verdad. Esto fue en gran parte, su intención más fuerte en vida y en obra.

En 1897, Miguel de Unamuno tuvo otra crisis a la que contribuyó el nacimiento de un hijo hidrocefálico, asunto que le ocasionó un grave sentimiento de fracaso; las cosas se empeoraron cuando él enfermó de angina de pecho, sintiéndose morir sin haber logrado encontrarle algún sentido ni a su vida ni a su muerte, y angustiado por caer en la nada sin sentido. "Todo ello le llevó a descubrir el dolor compartido como la realidad del amor y de la caridad como esperanza frente a la nada. Todo este proceso se presenta de diversas formas en su obra. Cuando la razón ya no le bastó para relacionarse con Dios, el amor de su mujer lo llevó al descubrimiento de la gracia de la fe y al de Dios. Es en ese momento cuando comienza una etapa espiritual en donde inicia la lectura de los místicos y teólogos protestantes como Kierkegaard."¹³¹

¹³¹ Sánchez Barbudo, Antonio., *Miguel de Unamuno*,. p.160

En 1901 fue nombrado rector de la Universidad de Salamanca donde más que enseñar a sus discípulos, como han dicho sus biógrafos, "se enseña" con ellos, los estimula. Más tarde imparte la cátedra comparada de latín y castellano, marcando una posición moral con una ética austera. En asuntos de política fue independiente y agresivo, posturas que lo llevaron a la destitución de su cargo en 1914, cuando se manifestó ideológicamente a favor de Francia e Inglaterra en el momento del inicio de la primera Guerra Mundial.

Emprende campañas antimonárquicas contra Alfonso XIII y protesta fuertemente contra la dictadura de Primo de Rivera, lo que había de costarle el destierro a Fuerteventura en 1924. Se declara republicano aunque después dejó de serlo. El director del diario *Le Quotidien* le ayudó a huir a Francia, pero París le disgustaba, y más aún los franceses, pues su espíritu le parecía superficial.

Su obra se enriqueció con estas experiencias, ya que fue en ese entonces que publicó algunos de sus mejores títulos: *Abel Sánchez* y *La Tía Tula*, aunque siempre proyectando su dolor por la salida de su tan querida España. En París su melancolía se agravó, y tuvo otra crisis de muerte el 31 de mayo de 1925. En esta ocasión además de sentir la ausencia de Dios, se cuestiona respecto a una posible farsa de su propia personalidad. Ese mismo año, una vez que comenzaba a salir de su crisis, se estableció en Hendaya, en donde se pudo tranquilizar y evocar sus momentos religiosos, que le hicieron que retomara su fe en algo que, como dijimos antes, ya no requería de fundamentos filosóficos ni teológicos.

El 9 de febrero de 1930 Unamuno regresó a España. Recibe homenajes y, actos de desagravio, los periódicos hablan de él en páginas enteras. Todos los partidos políticos lo requerían, pero él no quiso comprometerse con ninguno. Le causa amargura que le exijan una definición política, siente que no le entienden y ni siquiera le escuchan, pues está convencido de que es indefinible.

La mayor parte de su vida estuvo enfocado a la academia, y recibió varios reconocimientos tales como: Rector Vitalicio de la Universidad de Salamanca, Ciudadano de Honor de la República, Alcalde *ad perpetum* de la ciudad de Salamanca, entre otros. A pesar de todo ello, Unamuno se sentía más solo que nunca. Esto lo encontramos reflejado en obras como las siguientes: *Cancionero (Inédito)*; *San Miguel Bueno y Mártir*; *La agonía del cristianismo*, *El otro*; *El Hermano Juan*; *Raquel*, *La Esfinge*, y una serie de monólogos periodísticos.

Tenía el deseo intenso de retomar los viejos problemas españoles y ponerlos en la mesa de discusión abierta, lo cual no logró del todo; no hallar eco le hacía sentirse desmotivado, además de solo. Dicha situación que se agravó en 1934, cuando el 15 de mayo murió su esposa. Los últimos años de su vida los dedica, este perpetuo rector de Salamanca, a “los hijos de la carne y del espíritu”. Cuando explota la Guerra Civil Española, se le vio del lado de Franco, aunque dos meses más tarde ya se oponía a sus ideas y a su proceder, por lo que perdió sus cátedras en la Universidad, lo mismo que todos sus honores. Sintiéndose, quizás, humillado e incomprendido, se encierra en sí mismo una vez más, hasta su muerte, el 31 de diciembre de 1936.

En el momento en el que Unamuno comenzó a escribir ensayos, cuya clasificación filosófica en aquel entonces no era fácil de distinguir, causó cierta extrañeza entre sus lectores. En cuanto a sus novelas, también eran inusitadas por la manera tan vivida de tratar los temas de la cotidianidad. Por lo que respecto a sus versos, se les consideraba como “raros”, carentes de musicalidad y con mayor cantidad de ideas que las usuales. Cuando se estrenó alguna obra teatral, el público opinó que no era teatro; y cuando escribió libros doctos, llenos de citas en diversos idiomas, nadie se decidía en tomarlos como filosofía o como ciencia. En el teatro político, tanto sus partidarios como sus enemigos, no supieron nunca a qué atenerse en cuanto a él. Sus afinidades y sus hostilidades fueron siempre equívocas aunque con un núcleo de sentido profundo que en aquel entonces nadie se interesó en quiso profundizar.

Unamuno era un extraño en los círculos literarios e intelectuales madrileños, pero siempre se supo mantener en contacto constante con el pensamiento europeo. Se movió más en el ámbito de los problemas intelectuales europeos, nutriendo su espíritu de ese pensamiento.

ANEXO 2

UNAMUNO EL FILÓSOFO

Como ya se ha señalado, mucho se argumenta que a la obra de Unamuno le hace falta un sistema estructurado en el cual las verdades se apoyen las unas sobre las otras; esto se debe a que él no le concedía tanta importancia al aspecto racional para hacer filosofía. Sostenía que los sistemas filosóficos que más consistencia y vida tienen son los que representan el anhelo de integrar el espíritu de su autor.

La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y la vida y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes, tal vez.¹³²

Por eso considera que la filosofía se inclina más a la poesía que a la ciencia, pues ésta cumple un fin fuera de las personas y las primeras, por el contrario, nacen de las experiencias y sentimientos de las mismas personas.

Para Unamuno, el sujeto y supremo objeto de la filosofía es el ser humano concreto, unitario y sustantivo cuya esencia es el esfuerzo que pone en seguir siendo humano, en no morir. Considera que la filosofía es un producto humano cuyo punto fundamental de partida es personal, es el ansia de no morir y será ésta la que se verá reflejada en todos sus trabajos. Para él, si las personas quieren saber sus propias causas y sus fines, es porque no quieren morir del todo:

¹³² Unamuno, M. *Del sentimiento trágico de la vida*, p.8

Sólo nos interesa el por qué en vista del para qué, solo queremos saber de dónde venimos, para mejor poder averiguar a dónde vamos¹³³.

Por ello la filosofía se refiere al destino de la persona, a su actitud frente a la vida y al universo, y su mayor problema es conciliar las necesidades intelectuales con las afectivas y las volitivas, ya que se filosofa con la razón, la voluntad, el sentimiento, el alma y el cuerpo; no se puede dejar de ser personas completas. Esto es así porque la filosofía obedece a la necesidad de tener una visión unitaria de la realidad: además de pensar también sentimos, y el sentimiento revela ciertas verdades que conforman a las personas (recordemos las razones del corazón de Pascal); en una palabra, lo que él pretende es pensar para poder expresar el sentimiento respecto a la vida, a los seres humanos y al universo.

La conciencia

Para Unamuno lo que determina al ser humano es un principio de unidad en el espacio debido al cuerpo- en la acción y en el propósito, y además un principio de continuidad en el tiempo por la serie de estados de conciencia que se experimentan. Por ello, el autor define que el ser humano no es un medio sino un fin y que la civilización se orienta a cada una de las personas en cuanto a conciencia personal y lo expresa:

¡Ea! –exclamará de nuevo el mismo lector- volvemos a aquello del catecismo: Pregunta: ¿Para quién hizo Dios el mundo? Respuesta: para el hombre. La hormiga si se diese cuenta de eso y fuere persona consciente de si misma, contestaría que para la hormiga y contestaría bien. El mundo se hace para la conciencia, para cada conciencia¹³⁴.

De ahí que al afirmar al ser humano, se afirma uno mismo, y con ello se afirma la propia conciencia porque la única conciencia de que se tiene conciencia es la de

¹³³ Ibidem, p. 34

uno. La cuestión fundamental de la filosofía de Unamuno está en la pregunta por la constitución de la conciencia ya que desea saber en dónde se da el ser real, dónde tiene su base y conciencia; esto revela ya una mínima ontología, ya que de esta conciencia humana depende la existencia del hombre, del universo y de Dios; de ahí que identifique el problema de la conciencia con el problema del ser.

Para Unamuno, el "ser o no ser" significa la alternativa entre autoconciencia y plenitud o inconciencia y aniquilación; la primera preocupación no es por el ser existente, sino por la conciencia existente.

El problema de la conciencia tiene para Unamuno una dimensión infinita, comienza por la conciencia personal, pasa por la existencia temporal del hombre y termina en la existencia de Dios; más exactamente es el problema de la existencia de la conciencia en absoluto, pues lo que no es conciencia no es nada y si el universo no se refleja en una conciencia, sino es él mismo consciente, no es nada, y Dios si no es una conciencia universal y eterna, soporte de las conciencias todas, no es nada¹³⁵.

Según Unamuno el ser se opone a la nada en tanto llega a afectar la conciencia y no antes, por lo tanto, todo cuanto cae fuera del ámbito de la conciencia, no lo es. La realidad constitutiva del yo se realiza en cuanto reflejada en la conciencia igual que la del universo y la de Dios. Por eso, para Unamuno el valor supremo es la propia conciencia, con la que las personas se sienten y se perciben como existentes, pues en el momento en el que no son conscientes de la existencia de las cosas es como si éstas no existieran.

Por eso, el yo es existente desde el primer momento, pues concientizarse es existir. Para él, el ser sólo es accesible a través del existir, mientras que lo existente ha de ir enriquecido por lo que es. De ahí su afirmación de que se es

¹³⁴ Ibidem ,p. 17

consciente de que se es no en cuanto se es, sino en cuanto se existe, lo que significa que se es objeto de uno mismo en la reflexión de la conciencia. Para Unamuno, la conciencia de uno mismo es la esencia entre el mundo exterior y el mundo interior. Sostiene el hecho de que la conciencia de uno mismo es lo que une el mundo interior con el mundo exterior.

Adquirir y acrecentar la conciencia es, para Miguel de Unamuno un gran placer. La conciencia agónica es aquella que tritura y acongoja el ser íntegro. Intenta un suicidio ontológico, al pensar que no existe. Pero *es imposible tener conciencia de la inconsciencia*. No se puede concebir como no existiendo. A la conciencia se le opone la aniquilación. Conciencia y aniquilación son términos contrarios o más aún, contradictorios.

Mientras tengo conciencia, es imposible imaginarme o pensar que no puedo tenerla. Y, sin embargo, la esencia actual es el anhelo de nunca morirnos. Quiere decirse que la esencia, lector, la mía, la del hombre Spinoza, la del hombre Butler, la del hombre Kant y la de cada hombre que sea hombre, no es sino el conato, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en no morir.¹³⁶

Pero no se trata solamente, para Unamuno, de persistir por siempre, sino de un:

...empeño por universalizarse; es el hambre y sed de eternidad, de infinitud. Todo ser creado tiende no sólo a conservarse en sí, sino a perpetuarse y, además, a todos los otros, a ser los otros sin dejar de ser él, a ensanchar sus linderos al infinito, pero sin romperlos. No quiere romper sus muros y dejarlo todo en tierra llana, comunal, indefensa, confundiéndose y perdiendo su individualidad, sino quiere llevar sus muros a los extremos de lo creado y abarcarlo todo dentro de ellos. Quiere el máximo de individualidad con el máximo de personalidad, aspira a que el Universo sea él, a Dios.¹³⁷

¹³⁵ Collado, J.A. *Kierkegaard y Unamuno*, Editorial Gredos, Madrid, 1962, pp. 79-80

¹³⁶ Universidad de Buenos Aires, Instituto de Publicaciones, *El drama religioso de Unamuno*, 1949, p. 658.

¹³⁷ *Ibidem*, pp. 844-845.

Para Unamuno la conciencia y el autoconocimiento como principio de otro conocimiento representan la realidad onto-psíquica; el primer postulado de su filosofía es el autoconocimiento, la afirmación del "si-mismo" de cada quien, como la certificación inmediata del propio ser en la autorreflexión de la conciencia que se refiere al ser, cuya medida son los hombres. Establece que el autoconocimiento es la realidad primera y primordial que da la vivencia inmediata y solitaria del propio ser y de contenido universal ya que trasciende a éste. El problema del conocimiento en cuanto tal no le interesa, sino considera que lo importante es que el ser se conozca a uno mismo y que se perciban otros yos y otros objetos, aunque sean percibidos en si mismo. Unamuno toma el autoconocimiento como la intuición inmediata del propio yo, en la cual va incluida la experiencia consciente del mundo externo. De aquí la afirmación de Unamuno de que el problema fundamental de la filosofía es la conciencia, problema que redundante en el problema ontológico universal: ¿por qué el ser es ser y no más bien nada? ¿por qué nuestro ser es limitado y no más bien ilimitado?, ya que el ser limitado equivale a tener ser y nada al mismo tiempo. Como lo expresa Collado, el problema de la conciencia es el problema del ser.

El agonismo

Para Unamuno la autopercepción consciente es el supremo criterio de certeza, ya que lo único real es lo subjetivo; de ahí que el individuo existente sea un postulado que no se puede demostrar, ni sea necesario hacerlo. Desde este punto de vista, la autoconciencia no es una objetividad de lo que es uno mismo como una simple idea, sino una percepción más originaria en la que se revela el ser en su inmediatez. Este yo empírico interno del que habla Unamuno es también percepción del universo y conciencia de Dios como conciencia Universal y soporte de todas las demás, creado por el supremo esfuerzo de la propia conciencia en su proyección al infinito. Para él la conciencia es lo único sustancial, pues es la única garantía que se tiene de ser, por lo que requiere de un dinamismo constante que la actualice, al que denomina "lucha agónica". Esta lucha consiste en el esfuerzo

constante de la conciencia por no morir, por permanecer alerta, pues lo que no es conciencia no es nada. La conciencia no puede reposar, dice Unamuno, pues todo lo que implique quietud implica el riesgo de no ser, por no ser lucha, es decir conciencia. Paradójicamente si nuestro filósofo habla de lucha, es porque reconoce en el ser humano una tendencia al reposo y a la inconciencia que se opone a la conciencia.

Paralelo al agonista clásico que busca y necesita la limitación de lo temporal como única evidencia de su ser, en Unamuno se encuentra una tendencia a que lo ilimitado eterno se mantenga quieto, y en algunos temas –como la soledad-, ciertos símbolos básicos –el silencio- y un cierto vocabulario. En el fondo de todo ello, se percibe un concepto central: el de la continuidad inconsciente de la vida personal y de la historia y de la tendencia que siente a entregarse a dicha continuidad, que no es sino el fondo del propio ser, la quietud y el silencio de la eternidad. Y no se trata de quietud en el sentido de falta de ser, sino de la intuición de la eternidad continua que, por darse junto en el silencio, es indescriptible. El problema que sigue es evidente: ¿cómo llenar de significado una intuición que no se puede describir?, ¿cómo se nombran su plenitud y su vacío vividos inconscientemente?

Se puede decir que en los momentos más negativos de su abandono, Unamuno declara que la realidad intuida en el silencio es la nada, el vacío absoluto, incluso la misma muerte que le aterró en la crisis del 1897, es la que se percibe. En este sentido, la paz que se encuentra en el seno de la inconciencia, no es, desde el punto de vista agónico, más que engaño. Otras veces, como en sus momentos de mayor soledad, Unamuno llena de contenido positivo tanto sus intuiciones de lo consciente como su tendencia al abandono: lo intuido entonces no es el silencio total y vacío, sino el silencio sonoro, la continuidad armoniosa del hombre y el universo, de su alma y de las otras cosas, de lo interior suyo con lo externo de él, la realidad verdadera en que se confunden todos los contrarios: la eternidad y a

veces Dios. Desde ese punto de vista, Unamuno acepta la posibilidad de abandonarse en paz auténtica y dichosa, anegado su yo temporal y agónico en el tu eterno, que es otro, lejos ya de la razón provocadora de la agonía.

Estas son las dos maneras extremas y contrarias de calificar la intuición de lo inconsciente o silencioso que tiene el autor para nombrar la misma realidad. Unamuno percibió una tendencia a abandonarse a lo inconsciente, que para él algunas veces es la nada, y muchas otras, es el todo, Dios. Lo importante es el hecho de haber percibido una inclinación irracional al entregarse a lo inconsciente, que va de la mano con una incontrollable voluntad de entregarse. Tendencia y voluntad contra las que lucha vigorosamente el autor, pero a las que finalmente se entrega gracias a alguna experiencia fundamental más allá de la razón, tal como es el caso de la soledad, según vimos en el desarrollo de este trabajo. Esto quiere decir que así como se han buscado las raíces del autor en su infancia, también se ha podido encontrar cierta continuidad de la misma a través de la soledad, y que al parecer coexiste en alternancia con el aspecto agonista de su personalidad.

Afirmar esta dualidad de la personalidad de nuestro autor, implica pensar que así como el Unamuno contemplativo era real, también era real la agonía del Unamuno activo y que ambas facetas no son sino complemento de una personalidad compleja. La agonía de la vida unamunesca consiste en la duda, contradicción, lucha. Hablaba desde distintos ángulos; se dividía en muchos interlocutores; se proyectaba en todo un pueblo.

En otras palabras, nuestro filósofo soñaba con desempeñar un importante papel como "activador socrático". No quería sacrificar el pueblo -todos y cada uno de los hombres- a la nación, porque "el destino individual del hombre, por importarle a todos y a cada uno de ellos, es lo más humano que existe"¹³⁸ .

¹³⁸ Unamuno, M., "La vida es sueño (1898), en *Ensayos* Editorial Aguilar, Tomo 1, p. 216

El sentimiento trágico de la vida

Unamuno insiste repetidamente en el sentimiento trágico de la vida como un sentimiento agónico, de lucha subyacente en cada persona, más o menos consciente, pero siempre determinante de la actitud de cada uno hacia el mundo y hacia la vida. Afirma que por constituir el fondo de la conciencia personal, revela el propio ser siempre en conflicto entre la exigencia del ser y la insuficiencia de la condición ontológica, lo que lo coloca a uno frente a la realidad más radical: que se está solo frente a la muerte. En esta revelación se encuentra que la agonía del sentimiento trágico se conecta con esa otra dimensión de la existencia que no consiste en el activismo agónico: la soledad, donde Unamuno encuentra con mayor claridad la revelación de la inmutabilidad y la eternidad de las cosas. Porque frente a la realidad objetiva y racional del movimiento y el cambio, él también afirma la verdad subjetiva de los momentos en que el curso de la vida parece detenerse en plenitud, para participar en un punto inexplicable de la quietud y armonía de lo eterno.

Nuestro filósofo se da cuenta de que el activismo agónico también requiere de una base que lo sustente, y se remite a la soledad como parámetro de quietud en el que lejos de anonadarse, la conciencia se pone en contacto en el fondo eterno que posibilita el fondo vital sobre el que ella misma se yergue. Esto, lo hemos apuntado ya, da una idea más clara de la importancia que tiene la soledad para Unamuno; por otra parte constituye la revelación de la propia condición existencial finita y contingente, dada la insuficiencia para persistir por uno mismo. Todo ello pone de manifiesto la característica más personal: la apertura al otro, ya que a partir de la carencia de plenitud propia vivida y asumida, se presenta la necesidad no sólo de los demás, sino precisamente de aquello que lo trasciende a uno y fundamenta a todos: el "otro absoluto", Dios.

ANEXO 3

PONENCIA UNAMUNO Y EL SENTIMIENTO CÓMICO DE LA VIDA

Noviembre 20, 2006

Universidad Autónoma de Querétaro

Facultad de Filosofía

Buenas tardes, mi nombre es Virginia Fabián. En los últimos años me ha interesado el concepto que Unamuno tiene respecto al sentido de la vida, y siempre, como se lo he comentado al doctor Moreno, Unamuno me ha parecido un hombre taciturno, nostálgico, conflictuado, indeciso, con serias dudas ante la vida, estas últimas, quizás como le pudieran surgir a los grandes filósofos.

Algún día en la UNAM tuve un maestro que decía que no conocía a un verdadero filósofo que fuera feliz, en aquel momento me sorprendí, sin embargo, al cabo del tiempo entendí lo que quería decir, un filósofo nunca va a estar conforme con las respuestas, siempre va en busca de más.

Bueno, pues volviendo a la lectura que había tenido del célebre Don Miguel, y recorriendo las librerías, resulta que doy con esta entretenida narración que nos hace Unamuno a través de esta novela: *Pobre Hombre Rico* o el Sentimiento cómico de la vida, escrita en Bilbao en 1930; en las que por primera vez encuentro al célebre filósofo enseñándonos a reír de nosotros mismos. Y es por eso que me gustaría compartir con ustedes, querido auditorio en esta memorable ocasión mi lectura de esta obra. Porque como bien dice Unamuno *¿De cuándo acá ha de ser el autor de un libro el que mejor lo entienda?*

Quizás, insistiendo en su lucha continua respecto a ser aquel que cada quien desea ser y no el que otros esperan que sea, Unamuno nos regala esta amena novela

basada en la vida de Emeterio Alfonso, en la que nos podríamos ver reflejados, probablemente, algunos de nosotros.

“Yo no alcanzaría a imaginar una vida que simplemente vaya pasando, en donde se haga lo mínimo para vivir y de esta forma evitar conflictos, problemas o situaciones difíciles de manejar, llegando a realizar el mínimo esfuerzo únicamente para sobrevivir. Buscando siempre la tranquilidad donde pareciera ser que no hay ninguna meta por alcanzar. “

Y así comienza esta obra, donde Celedonio, fiel amigo de Emeterio lo invita y enseña a jugar ajedrez, un arte, nos dice el autor, entretenido, inofensivo, honesto y saludable, para descifrar charadas, jeroglíficos, palabras cruzadas y problemas inocentes. A pesar de que se percibe una manifiesta capacidad intelectual en Emeterio y una inquietud por hacer algo en la vida, prefiere no tomar compromiso alguno, con nada ni con nadie, ni siquiera consigo mismo.

Es probable que este hecho se presente por la imposibilidad o por el miedo de tener un contacto consigo mismo, con su propio yo, en el que pudiera identificar algo más que le atrajera y lo hiciera sentirse vivo, que tuviera una vida propia sin tener que recurrir a la simple observancia de la vida de los demás

Pero este hecho, le representaría tener que realizar algún esfuerzo adicional a los ya conocidos de su vida rutinaria y su acostumbrado juego de ajedrez y sobre todo, en el que tuviera que cuestionarse quién era el y cuál era su intimidad, más allá de la que había elegido en la hospedería de doña Tomasa, en donde se sentía, casi como en familia.

Parecía que su única motivación era la hija de Tomasa, de nombre Rosita, quien sólo en los sueños y deseos internos le hacía vivir y renovarse, ya que ella representaba la frescura, la vida. Sin embargo, prefería sacrificar todo aquello con tal de no asumir un compromiso ante cualquier otro tipo de relación, y se

conformaba con observarla y soñar tantas cosas que pudieran ser y que, al parecer nunca se darían, ya que él sabía que ello representaría cargar con ella y con doña Tomasa.

No obstante, ya había un juego de seducción de Rosita hacia él, pero Emeterio continuaba en esa vida supuestamente apacible y sin problemas, en la que no tenía que gastar nada, no sólo su dinero sino ni siquiera gatearse el. Y así fue como cada día fue amasando una gran fortuna ¿y para qué? Cuando Celedonio le sugería e incluso lo animaba a que le declarara su amor a aquella joven, él sólo pensaba en no tener problemas.

A pesar de la gran obsesión que Emeterio llegó a tener por Rosita, y con tal de no adquirir algún compromiso, tomó la drástica decisión de salir de aquel lugar, y fue así como se trasladó con su mundo a otra casa de huéspedes, aunque nunca tuvo el valor de despedirse de aquel, su frustrado amor; pero eso sí, no sin antes asegurarse que su cuenta se transfería a otro banco que le quedara cerca; dejando atrás todo aquello que le pudiera representar una tentación a la que no estaba dispuesto a caer.

Lejos de que lograra desvanecer de su mente aquella obsesión por Rosita que ya se había vuelto casi una pesadilla, su vida se volvió un tormento porque fue en ese momento cuando se pudo dar cuenta cuán prendado había quedado de aquella joven a quien jamás se atrevió a confesar su amor. Entonces fue cuando surgieron sus grandes dudas, sus sufrimientos, sus miedos, todo aquello que jamás quiso enfrentar, y que ahora lo acosaban preguntándose una y otra vez si habría hecho bien en huir.

Su buen amigo Celedonio le hacía ver que necesitaba aquella tentación, aquello contra qué luchar para sentirse vivo. Y como una ironía, Emeterio, que no había querido luchar por un amor en la vida, se encuentra luchando contra los fantasmas de la obsesión. Y ahora, que no tiene nada, más que soledad interior, añoranza y

desesperación, se da cuenta que aquello de lo que huyó, no estaba tan mal, y que ni siquiera estaba solo, porque al menos, la ilusión de tener a Rosita lo acompañaba.

Es hasta ese momento que comienza a comparar lo que antes tenía con lo que ahora tiene y entonces puede valorar ese pasado y lo que había representado Rosita en su vida. ¿Será quizás que al tener aquello que se desea se deja de tener sentido o ilusión y de luchar por ello?

Y así, el pobre Emeterio, que había evitado una vida intensa, con compromisos, riesgos y responsabilidades, está ahora pensando en el futuro que pudo tener o lamentándose por el pasado que ya no se tiene. Y comienza a darse cuenta que hasta su salud había estado siendo cuidada por Rosita y al fin aprecia el verdadero significado de una familia y sobre todo, de un hogar, en donde se sentía cuidado.

A pesar de que finalmente se da cuenta de lo que es valioso en la vida, una vez más decide sacrificarlo, ahora, el motivo es lo que puedan llegar a pensar aquellos que lo vieron partir pues sentía que tenía que darles alguna explicación. Diría el autor: *Refinada soberbia es abstenerse de obrar por no exponernos a la crítica.*

Y uno se pregunta, ¿porqué tendría Emeterio que dar explicaciones a los demás de un acto valiente que lo único que hace es poner de manifiesto que se ha atrevido a llevar a cabo algo que le esta quemando dentro de si, algo que el quiere, algo que nadie le dijo que hiciera?

Emeterio sabía que Rosita ya había contraído nupcias con Martínez, hombre preparado y culto y eso le provocaba gran consternación, ya que aquel que buscaba una vida apacible y sin problemas, aquel que no deseaba sentir emociones que lo hicieran sufrir, probablemente estaba sufriendo más y sin ningún sentido. Cuando un día se encontró a Rosita más hermosa que antes, paseando del brazo de su ahora amado esposo, fue que pudo reaccionar y darse cuenta de

que esa vida pudo haber sido la de él, sin embargo, nuestro protagonista había elegido el camino que en ese momento le parecía era el menos complicado y que resultó ser el más tormentoso.

Una vez más, como todo aquel que no quiere asumir su responsabilidad ante la vida, encontrará alguna justificación para sus errores, y cuando Celedonio, su amigo le hace ver de lo que se perdió, nuestro amigo se concreta a responder "Y lo que se ha perdido Rosita"¹³⁹. El clásico al fin que ni quería, yo valgo más, aunque en el fondo el sabía que daría cualquier cosa por cambiarse en el lugar del bueno de Martínez. Emeterio se daba cuenta que su vida íntima se iba acabando, ya nada le importaba, ni siquiera aquellas charadas que llegaron a ser su único entretenimiento en la vida, le parecía todo tan intrascendente, sin sentido, sólo deambulaba, parecía un muerto en vida. Como diría el autor: *Los seres empiezan a vivir de veras cuando quieren ser otros que son y seguir al mismo tiempo siendo los mismos.*

Y de pronto, un día se da cuenta que aquello que había representado el único objetivo de su vida que era el haber ahorrado tanto dinero, y acumular esa gran riqueza, también ya había perdido el sentido. Cuando su jefe, el responsable del banco le preguntó para qué quería acumular tanto dinero nuestro amigo se quedó paralizado y no supo qué responder, ya no encontró respuesta alguna. Ya nada parecía tener sentido para Emeterio.

Cuando volvía a su casa por las calles solitariamente aglomeradas, se preguntaba y para qué soy rico? pero su angustia se acrecentaba porque no encontraba respuesta alguna, y venían sus propios reproches por haber huido de aquel lugar, por no haberse atrevido, por no haberse tirado de cabeza. Su vida no era vivir, solamente la iba pasando, y se entretenía en imaginar la vida interior de las personas con las que se tropezaba, pues ya ni siquiera quería pensar en su propia

¹³⁹ 81

vida y fue así como comenzó a vivir a través de vidas ajenas, ya que suponía una serie de cosas de los demás, pero jamás se imaginaba su propia vida porque eso lo destruía.

Cuando un día se volvió a encontrar a su leal amigo Celedonio, éste le comentó cómo lo veían los demás, ya que a pesar de toda esa riqueza que había acumulado, lo único que les inspiraba era lástima por esa soledad y la vida tan inútil que llevaba; y porque incluso, ya hasta le había dado por seguir a las parejitas en las que viviera lo que el no había podido lograr, porque era más fácil comprometerlas a ellas que comprometerse a si mismo.

Emeterio se defendía diciendo que para el siempre había sido más fácil vivir o continuar lo que otros hacían que iniciar algo nuevo, por eso, incluso, comentaba a Celedonio que en algún momento de su vida pensó en volverse cura, pero no crea amable auditorio, que porque buscaba una vida más espiritual, no, más bien para que la gente se confesara con el y le platicara su vida.

Y así pasaron los días y los meses y los años, y Emeterio se fue haciendo viejo: agravándose su vida, llegando a resultarle imposible con una profunda soledad interior. Aunque por fuera estuviera igual de solo, su soledad interior era la que cada día lo iba destruyendo. Su mayor tristeza era en los momentos en los que contemplaba a las familias unidas, divertidas, enojadas, calladas, dialogando, conversando, peleando, en una palabra, conviviendo; y eso, eso era lo que no tenía nuestro solitario amigo.

Un día se encontró a Celedonio y ante la clásica pregunta de cómo estás, la triste respuesta de Emeterio fue: "Ya no se quien soy....ya no se ni si soy....o si vivo"¹⁴⁰. Pero hubo una inyección de vida cuando Celedonio le contó de la muerte de Martínez, el que había sido esposo de Rosita y de que la había dejado viuda y con

una hija; lo que aprovechó su buen amigo para insinuarle que el también, algún día moriría, pero sin dejar nada más que una cuenta en el banco.

Sorpresivamente la vida le ofrece un nuevo reto a Emeterio. Un día cuando nuestro amigo seguía muriendo en vida se encuentra a una mocita cuya mirada le dijo muchas cosas, ¿Quién era aquella mujer que lo arrastraba a seguirla? Atinadamente nuestro hombre que ya casi se sentía desfallecer, la siguió y cuando llega a su casa, se encuentra que aquella es la que había sido “su casa”, “su hogar”; de donde salió Rosita en persona, que resultó ser la madre de aquella intrigante muchacha llamada Clotilde.

En ese momento Emeterio vuelve a sentir que la vida corre por sus venas y tiene el atrevimiento de solicitarle a Rosita su permiso para casarse con aquella damita. Pareciera ser que una vez más se pone una meta inalcanzable, precisamente para no llegar a ella. Una vez más el miedo al compromiso ya que en el fondo sabe que jamás será aceptado por aquella damita.

Cuando Rosita le comenta la propuesta de Emeterio a Clotilde, ésta, siendo más valiente o quizás inconsciente se atreve a increpar a su madre argumentando que jamás se juntaría con un vejstorio, ya que ella si quiere vivir su vida y casarse con su Paquito. Pero la madre, con el afán de asegurar el futuro económico de ella y de su hija, insiste en que vale la pena que se sacrifique y se case con aquel, que le conviene, llegando incluso a sugerir que muy pronto podrá quedar viuda, de buen ver, con mucho dinero y que así podrá tener todos los Paquitos que ella quisiera.

Sin embargo, hubo más prudencia y valor en aquella chiquilla que supo luchar por lo que quería, fuera bueno o malo, todo era relativo, porque desde la perspectiva de la madre era muy malo, ya que no aseguraba su futuro, pero desde su propia perspectiva era lo mejor, porque era lo que ella buscaba, no lo que otros le querían imponer, iba a vivir su propia vida no a través de otros.

Cuando finalmente regresa Emeterio a casa de Rosita por la respuesta, se encuentra con la rotunda negativa de la muchacha, ante lo que un poco desconcertado contesta: "...me sería tan grato a mi edad...siempre tan solo.. tener un hogar..., criar una familia,...la soltería ya me pesa..."¹⁴¹. Una vez más encontramos a nuestro personaje pensando sólo en él, sin embargo, ahora, por primera vez, ese egoísmo pudiera beneficiar a otros. Pero después de pensarlo un momento se pregunta ¿y por qué no? Ahí estaba Rosita ¿no era a la que siempre había querido? Y finalmente, amable auditorio, le ofrece matrimonio, compartir su riqueza e incluso, llevarse a Clotilde, y hasta al mismo Paquito.

Este hecho, ha rejuvenecido a Emeterio, ha propiciado que finalmente Rosita tenga al amor que quiso tanto y que nunca se atrevió a confesar. Y es cuando el propio Emeterio reconoce que no es un hombre rico, que siempre ha sido un "pobre hombre rico", ya que nunca había disfrutado el placer de la risa y concluye diciendo que hay que cultivar el sentimiento cómico de la vida. Termina burlándose de si mismo, de la forma trágica en la que había vivido. Se da cuenta que se había tomado demasiado en serio la vida y que de ella, sólo se obtiene lo que se invierte, y si invierte dinero, obtiene dinero y si invierte amor, tendrá amor.

Entonces, les pregunto amable auditorio ¿tuvo que pasar todo esto para que finalmente cada quien supiera lo que era más valioso en sus vidas? Quizás más bien, ese sentimiento cómico de la vida, unos lo captan antes como la propia Clotilde que está dispuesta a jugársela con su Paquito, otros después como pudo haber sido Rosita o el mismo Emeterio y otros, jamás.

Finalmente le quedó claro que su vida anterior había sido completamente inútil, que se había dedicado a ahorrar dinero sin ningún sentido, y al final aprendió que pudo dar sentido a su vida cuando puso su fortuna al servicio de aquella que fue su familia y su hogar alguna vez. Entendió lo que Celedonio le hizo ver en su última charla cuando le dijo que el problema de su vida había sido el aburrimiento

¹⁴¹ 94

de la soledad ahorrativa y que por amor, vale la pena arriesgarlo todo, porque eso representa vivir.

Después de haber analizado el texto, nos puede quedar muy claro que nos vamos haciendo, a lo largo de la vida, a través de otros, por ello, debemos aprender a ser nosotros, realmente nosotros a pesar de los otros. Es por eso que en ocasiones es necesaria la soledad, para aprender a identificar ese yo interior, pero como claramente lo define Unamuno en el Sentimiento Trágico, no en esa soledad en la que nos encontramos a pesar de estar con otros, sino más bien esa soledad que debemos aprovechar para acompañarnos de nosotros mismos y entonces si, ser nosotros mismos.

Evidentemente, hay que analizar esta narración en el contexto histórico de aquella época; sin embargo, lo más difícil de aceptar es que después de más de un siglo, este problema subsiste en la humanidad y quizás hasta es cada vez mayor; y es que no queremos claudicar a aquello que nos va aniquilando en nuestra esencia y preferimos seguir una vida cómoda que no nos llena pero en donde no tenemos que hacer grandes esfuerzos para sobrevivir, aunque irónicamente, a lo largo del camino, resulte más extenuante y estéril esa vida.

Porqué no mejor nos cuestionamos, ¿hasta dónde somos realmente los que queremos ser en nuestra introspección, en nuestra interioridad? y dejemos de buscar una vida fácil y cómoda

Después de todo, a nadie le tenemos que dar cuentas más que a nosotros mismos de lo que hicimos con nuestras vidas, por eso, más vale que encontremos un sentido a lo que hacemos, aunque no necesariamente, sea lo que nos agrada.

Y les pregunto, amable auditorio, ¿tenemos que llegar al ocaso de nuestra vida, tenemos que vivir una tragedia, una pérdida, un gran dolor para que finalmente

nos atrevamos a ser quienes deseamos ser? De ser así, bienvenidas las tragedias, bienvenido el dolor y el sufrimiento.

La riqueza de este texto, se encuentra en que invita al lector a atreverse a asumir su responsabilidad ante la vida, a ser él mismo, a que se cuestione quién es, qué quiere, qué le gusta a dónde va porqué va para allá y lo más importante cómo quiere ser, considerando que en el camino de lograrlo, va a tener tantos tropiezos que más vale la pena aprenderse a reír de uno mismo y encontrarle el sentido cómico a la vida.

Para concluir, quisiera mencionarles una frase, en donde encierra la esencia de esta novela:

"Quién no conoció la inquietud, jamás conocerá el descanso."

Muchísimas gracias por su atención